

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba — — —



JULIO A SEPTIEMBRE 1944
AÑO XV. — — NÚM. 50

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
I.—Académicos ilustres. El Marqués de la Fuensanta del Valle.....	3-251
II.—Origen y arte de los juglares músicos callejeros. Discurso de recepción, de don Francisco Algaba Luque.....	5-253
III.—Contestación al anterior Discurso, por don Mantel Enriquez Barrios.....	22-270
IV.—Botánicos y Farmacéuticos cordobeses del periodo musulmán. Discurso de recepción, de don Antonio González Soriano.....	25-273
V.—Contestación al anterior Discurso, por don Rafael Castejón.....	61-309
VI.—Algo sobre la copla andaluza. Discurso de recepción de don Antonio Arévalo García.....	67 315
VII.—Contestación al anterior Discurso, por don Rafael Castejón.....	95-343
VIII.—Los cordobeses en el siglo XVII.....	115-363
IX.—Antología de Córdoba.....	119 367
X.—Bibliografía.....	125-373
XI.—Noticias.....	130-378

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia

Dr. D. Manuel Enríquez Barrios, Censor de la Academia.

D. José M.^o Rey Díaz, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 20 pesetas al año Número suelto 5 pesetas.

Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

La estación prehistórica de Alcolea, por don Antonio Carbonell T.F., don Vicente de la Puente y don Aurelio Rodríguez.—1924.—Folleto de 32 páginas.—2 ptas.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, por don Julián Ribera.—3.^a edición.—1925.—5 pesetas.

Versos de Góngora, Edición del III Centenario, por don José Priego López.—1927.—372 pgs. en 8.^o—5 ptas.

Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813, por don Miguel Ángel Orti Belmonte.—1930.—302 pgs. en 4.^o—15 ptas.

Ideas sobre la tectónica de España, por R. Staub, versión española de don Antonio Carbonell T.-F.—1927.—88 pgs. en 4.^o

Hospitales de Córdoba, Monografía histórico-médica, por don Germán Saldaña Sicilia.—1936.—266 pgs. en 4.^o, con numerosas fotografías y un plano.—12 ptas.

BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XV

Julio a Septiembre 1944

Núm. 50



1944

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

Fundada en el año de 1810

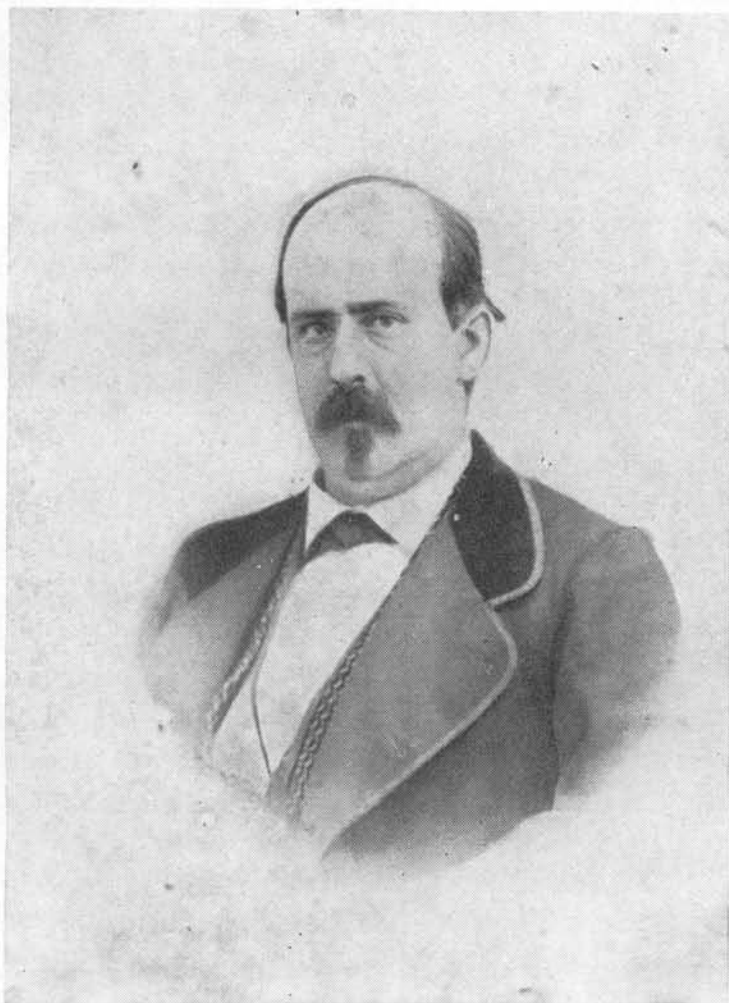
AÑO XV

JULIO A SEPTIEMBRE 1944

NÚM. 50

ACADÉMICOS ILUSTRES

EL MARQUES DE LA FUENSANTA DEL VALLE



Don Feliciano Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca. De ilustre prosapia cordobesa, nació en Cádiz en 9 de junio de 1826, y murió en Córdoba en 29 de mayo de 1896. Fué Abogado, Juez, Magistrado y Director general de los Registros. Cuando murió era Senador por Córdoba. Su valiosa biblioteca, que sirvió de fundamento a la publicación de gran parte de la "Colección de documentos inéditos para la Historia de España", se desperdigó a su muerte, pasando muchos de sus ejemplares a bibliotecas americanas. Perteneció a nuestra Academia y a las Reales de la Historia y Ciencias Morales y Políticas de Madrid.

Origen y arte de los Juglares Músicos Callejeros

Discurso leído por Don Francisco Algaba Luque, en su recepción de Académico Numerario en la Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de la ciudad de Córdoba, el 12 de mayo de 1942.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuando vuestra gentil benevolencia puso en mi cuello la medalla de miembro correspondiente, de esta docta Corporación, vine a tomar posesión de mi cargo con afán, con amor y con orgullo; porque yo que nunca desee ocupar altos cargos en la magistratura estatal, ni ostentar condecoraciones honoríficas, sí sentía un anhelo vivísimo por pertenecer a esta ilustre Academia, compendio de todas las disciplinas del intelecto humano. Nunca, sin embargo, solicité tal merced, ni siquiera me atreví a revelar a nadie este secreto afán de mi espíritu; porque examinando mi capacidad científica, literaria y artística, no encontraba nada, en mí, que me acreditase para miembro de esta Corporación.

Mas un buen día pensasteis que los titulos consintiendo Dios que, por una vez, fuéreis injustos a trueque de otorgarme esta complacencia en los últimos años de mi vida.

No hace mucho tiempo representaba la música en esta Academia un gran artista, un inspirado compositor, un preclaro hijo de Córdoba: Don Cipriano Martínez Rücker. ¿Verdad que nuestros labios cordobeses se enorgullecen pronunciando este nombre?

Pero no es a él a quien yo sucedo en el sillón académico. Es mi



Don Francisco Algaba Luque, Abogado, agricultor e inspirado compositor musical. Nació en Castro del Río (Córdoba), el 19 de mayo de 1871. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente en abril de 1939.

lugares de la misma aconsejaban el nombramiento de un Académico que representase, dentro de vuestro seno, el arte musical y os fijásteis en mi modesta persona, sin más títulos para ello que mi arraigada afición a este arte que si no es divino bien merece serlo. Y aquí donde existe un Conservatorio con profesores competentes y dignísimos, tuve la fortuna de ser elegido para vuestro compañero,

antecesor otro gran cordobés, de estirpe ilustre, que supo llevar dignamente y con gloria su apellido y el nombre de su cuna: Don Angel Torres Illescas. Fué Ingeniero Militar, y no sabemos que era en él más digno de encomio y de respeto, si el ingeniero por su ciencia y su talento, o el militar por su valor, disciplina y bizarría.

Mudos y perdurables testimonios de sus méritos son las cruces, menciones honoríficas, medallas y diplomas que, con toda justicia, le fueron concedidas, así como sus varios inventos no por modestos menos útiles y dignos de admiración y sus conferencias y artículos sobre asuntos económicos y de ingeniería.

Su fallecimiento, ocurrido el día 4 de Junio de 1937, dejó vacante el lugar que, tan merecidamente, ocupaba en esta Academia y su sillón quedará vacío intelectual y científicamente por todo el tiempo de mi vida.

Y dicho esto me entro por tierras provenzales y castellanas para enfrentarme con los juglares que, por allí, andaban en tiempos medievales y estudiar la función social que estos hombres realizaban en aquella lejana época.

No busqueis en mi discurso nuevas aportaciones a nuestro acervo histórico, científico, literario o artístico. Quédese ello para capacidades superiores a la mía.

Todo cuanto yo os diga, en este mi trabajo académico, se ha dicho ya antes en libros, folletos, anales y cancioneros. Si algo nuevo hay en mi discurso es considerar a estos hombres de placer como funcionarios sociales.

En efecto: La humanidad, por ley de naturaleza física y moral, tiene necesidad del placer, de la alegría, del solaz, del recreo.... He oído decir a un acreditado médico de esta capital (Don Julián Ruiz Martín) que estima la alegría como eficaz agente preventivo y curativo de muchas dolencias y que él la recetaría, de primera intención, a todos sus enfermos si se vendiese en las farmacias.

.....
¡Es posible vivir sin reír; pero sin llorar alguna vez...!

Esto dijo el inmortal Gustavo Adolfo Becquer en uno de sus pensamientos poéticos. Muy bello sí; pero falto de verdad, carente de realidad.

No es posible la vida sin la risa. Y el gran poeta que no supo, no quiso o no pudo reír, vivió enclenque, enfermo, miserable y rindió tempranamente su tránsito por la vida.

Los que viven sin conocer la risa, acaban en el agotamiento físico y moral cuando no en la desesperación, como el Werter de Goethe ó el Tristán de Palacios Valdés.

Conociendo esta gran verdad fundaron los alemanes «La fuerza por la alegría» y nuestra Falange ha creado «Educación y Descanso».

Santo Tomás de Aquino reconocía que, siendo necesarias las diversiones para la vida humana, el oficio de histrión ordenado para solaz de los hombres no es ilícito *secundum se*.

Para satisfacer esta necesidad de nuestra naturaleza, la humanidad tuvo siempre sus divertidores u hombres de placer.

Ya en el antiguo imperio de Egipto, aparecen en relieves, regular y repetidamente, artistas, flautistas y cantantes, formando, a veces, verdaderas orquestas y coros. Y cuando en el año 1500, antes de Jesucristo, los poderosos faraones de la XVIII dinastía extendieron su dominación hasta el asiático país de los dos ríos, los reyes sometidos hicieron a sus vencedores la ofrenda de bellas esclavas que, con sus cantos e instrumentos orientales, alegraban la vida del pueblo egipcio.

También por las calles de Menfis y riberas del Nilo pululaban los músicos ambulantes de humilde rango, que juntamente eran prestidigitadores, acróbatas y danzarines, ofreciendo al público sus recreativas habilidades, muy especialmente en las ferias internacionales de Alejandría.

El rey Amenfis poseía una orquesta siria para su solaz.

La ciudad de Tiro era tenida por los judíos como una gran meretriz con la lira. Y fué tal la abundancia de estas livianas divertidoras del pueblo que hizo exclamar al Profeta Isaias con acento de indignación y reproche: ¡Toma el kinnor y pasea por la ciudad, olvidada mujerzuela!

Desde la época de los reyes aparecen en Israel músicos profesionales y una organización musical. David y Salomón crearon para su servicio un cuerpo de cantantes de ambos sexos y el Sumo Sacerdote fué encargado de reclutar músicos para el traslado del Arca de la Alianza a Jerusalén.

Tanta importancia llegó a tener la música entre los judíos que, según Flavio Josefo, había al servicio del templo de Salomón 200.000 cantantes, 200.000 trompeteros, 4.000 tocadores de kinnor y 400 sonadores de sistros. ¡Qué espantosa sonoridad!

Las Babilonios creían que la diversión no solo era necesaria a los hombres si que también a los dioses, y así, mañana y tarde, actuaban

unos cantantes en el templo de Ningirsu para alegrar el corazón de las divinidades. ¡La diosa Nina daba la orden al sacerdote súmero Gudeal

En Asiria la orquesta real ejecutaba conciertos públicos para solaz del pueblo. Y en Grecia celebrábase los juegos Olímpicos y los Píticos de Delfos en donde poetas, músicos, corredores de carros y atletas disputábase el premio divirtiéndose a las muchedumbres. Y es fama que, en un Agón, el auleta Siakadas describió, con el doble oboe, la batalla de Apolo con los dragones, imprimiendo tal realismo a los rugidos de las fieras moribundas que produjo en los espectadores terrorífica impresión.

Y ya en este punto de mi discurso quiero daros a oír un fragmento melódico de Eurípides que, como los demás poetas trágicos de Grecia, puso música a sus obras para ofrecer al público el espectáculo a la vez literario y musical, que el infante Don Juan Manuel reputaba como el más deleitoso regalo del hombre.

Dicho fragmento mesurado, armonizado e instrumentado por mí, es como sigue: (*Música*).

No fueron bastante para el recreo de los romanos las representaciones en el Coliseo, los recitados poéticos, la música, las célebres bailadoras de Cádiz, que como nos dice Marcial y Juvenal, alegraban los festines con sus danzas, sino que además crearon el sangriento espectáculo del Circo, donde los gladiadores ofrendaban la vida para solaz de los hijos del imperio.

Medios de diversión y divertidores de la humanidad fueron: El majurí de la Persia, los bardos galos, los escopas godos, los cantadores y laudistas de la Arabia, los vihuelistas españoles..... Y viniendo a los tiempos modernos ¿No tienen esta misión entre nosotros? ¿No son hombres de placer los cómicos, concertistas, *cantaores*, prestimanos, acróbatas, toreros, pelotaris y otros, sin olvidar a los pobres músicos callejeros?

Pero cuando los divertidores de la humanidad llegaron a su apogeo fué en la Edad media con los juglares y trovadores.

¿Y qué era un juglar? Menéndez Pelayo dijo que la juglaría era el modo de mendicidad más alegre y socorrido.

No pensó con acierto, en este asunto, el gran polígrafo español. Estimó la mendicidad como esencia de la juglaría y el juglar no era un mendigo ni un hombre pobre en todos los casos. En 1316, en tierras de Lugo el juglar Fernán Pérez Marcón donó todas sus heredas a Don Rodrigo Obispo de Mondoñedo.

Mejor se encaminan en este negocio Fray Luciano Sáez, Feral, Berganza, Gautier y Menéndez Pidal, para los cuales era la esencia de la juglaria el divertir a la humanidad.

Conforme con este criterio, definimos los juglares diciendo: Personas que en la Edad media hacían profesión de divertir a los hombres con la música y recitado, recibiendo por ello dinero o especies en cantidad raras veces convenida.

«*Illorum officium tribuit leatitiam*», dice en sus leyes Palatinas Jaime II de Mallorca.

Y ¿cuando comienza la juglaria?

Dice Wolf, en su historia de la música, que «con la decadencia de la cultura greco-romana cesa la música de desempeñar aquel papel dominante que la antigüedad le había concedido por los misteriosos poderes inmanentes que le atribuía. El músico profesional pierde su prestigio y el arte popular tan distinguido en los antiguos agonos pasa a manos de ioculadores o juglares, mímí o ministriles, músicos de medrada categoría, plebeyos y ambulantes».

Esto acontecía en la Europa central el siglo VII, y en España los poetas del siglo XIII nos hablan de los juglares que concurrieron a las bodas de las hijas del Cid. Pero cuando en rigor histórico aparece por primera vez en nuestro suelo el nombre de juglar fué en Sahagún el año 1116.

Feral, Gautier y otros ponen el origen histórico de los juglares en los mismos romanos. Rajna, Paris y con ellos Menéndez Pidal lo extienden a los escopas bárbaros, músicos y escamoteadores ambulantes de Roma y a los poetas y cantores árabes,

En mi invalora opinión el origen natural de los juglares está en la necesidad que sentimos los hombres de esparcimiento, solaz y recreo. Y sus precedentes históricos lo forman toda esa gama de divertidores que comenzarían con la vida de la humanidad, nos son conocidos desde el imperio Egipcio y acabarán, ciertamente, cuando finen los hombres en la tierra.

¿Y de que modo realizaban los juglares su función social? ¿Qué artes poseían? Es digna de tener en cuenta, a este respecto; la siguiente regla que transcribe en su obra el ya citado historiador Wolf: «sepas bien inventar y rimar y en apuestas y concursos, dar buenos acertijos. Con garbo toca el tambor y los platillos y la rústica lira. Has de saber echar manzanitas al aire y cazarlas al vuelo con cuchillo; imitar el canto de las aves, hacer juegos de manos con los naipes y saltar a traves de cuatro aros. Has de saber tocar la cítola y la

mandolina, el monocordio y la guitarra; has de saber encordar la rotta de diez y siete cuerdas, tratar bien el arpa y acompañar con el violín para hacer más agradable el canto juglar. Debes saber componer y arreglar nueve instrumentos (vielle, zampona, flauta, arpa, lira, violín, dedacordio, sarterio y rotta). Si aprendes a tocarlos bien estarás en condiciones de satisfacer a todas las exigencias; toca también el organillo y has de sonar los cascabeles».

No era tan extensa en España la modalidad juglaresca. En la *declaración* que el trovador Giraldo Riquier atribuye al Rey Sabio de Castilla se nos dice: Que si bien el nombre de juglar se dá en Provenza a muchas clases de personas, no sucede así en España, donde hay nombres diversos para cada clase. En efecto: conocíase el de sagrer, zaharrón, esgrimidor, trasechador, remedador, albardan o truhan, el caballero salvaje y el cazurro.

También la mujer tomó buena parte en la juglaria, a la que aportó su delicado espíritu femenino. Juglaresas o juglares asistían a los festines en palacios de reyes, obispos y magnates.

Floración degenerada de la juglara fué la soldadera, de la que dice un distinguido historiador que vendía al público su canto, su baile y su cuerpo mismo.

Tal fama de liviandad pesaba sobre estas mujeres que de ellas se escribió en el cancionero de Baena:

Mas comunamente vemos que las gentes
Usaron o usan estrañas maneras
Dexan las fermosas o bien parescientes
E fazen sus fijos en las soldaderas.

Después va desapareciendo el nombre de soldadera y es sustituido por el de cantadora, que es el que se generalizó merced al Arcipreste de Hita, y perdura hoy en las *cantaoras andaluzas*.

De lo dicho se infiere que el verdadero juglar en España solamente ejercía su función social mediante la música vocal e instrumental y el recitado.

En sus comienzos fueron los juglares autores de las obras que ejecutaban, pero más tarde surgieron, en la Provenza, los trovadores, hombres de más elevada estirpe y de mayor cultura que, con espíritu liberal y delicados decires, inventaron canciones y poesías con que nutrieron el repertorio juglaresco. Estos románticos artistas se refugiaron en Castilla, Aragón y Cataluña al terminar la guerra albigense con la victoria de Luis IX de Francia; y acogidos por reyes y magna-

tes con hidalga hospitalidad, dieron días de gloria y esplendor a nuestro arte musical y poético.

Y *agora* señores (como diría un juglar), solicito vuestra atención para escuchar tres composiciones musicales que os ofrezco como muestra de arte juglaresco.

Es la primera una bellísima canción de Moniot d'Arras, en lengua de oc que he armonizado e instrumentado en forma contrapuntística conforme a los usos de aquella época. (*Música*).

La segunda es un majurí que tiene el ritmo de la actual habanera española, interpretación del señor Rivera en el Cancionero del Arsenal. (*Música*).

La última es una cántiga del Rey Alfonso el Sabio, cuya espléndida belleza podrán apreciar ustedes al oirla. (*Música*).

En un principio predominó, en los reinos españoles, la ya bastante recia y madura juglería occitánica, introducida en la corte del emperador Alfonso VII por el gascón Marcabré, quien predicó a los señores del sur de Francia la cruzada contra los almorávides, componiendo a tal efecto el religioso canto del Lavador «Pax in nomine Domini». Como tipo de poesía occitánica transcribo la siguiente del Vizconde de Bergadan, que, estando en prisión, la escribió para pedir al rey su libertad, encomendando a un juglar que la recitase ante el monarca.

Juglars no-t desconortz
e va t'en d'espero;
no i quartz augurs ni sortz,
vas lo rey d'Aragó
que-m traga de presó.

Decadente la poesía occitánica en el reinado de Fernando III, ocupó el lugar que ésta dejaba vacío la lírica gallega, por la cual mostró siempre gran predilección el Santo Rey, quizá porque criado en Galicia, era el arte de esta bella región el que más emocionaba su espíritu y recreaba sus sentidos.

Fué genuino y notable representante de la juglaría gallega en Castilla, Pero Da Ponte, que dedicó su último serventesio a la muerte de aquel rey a la par Santo, Sabio y Heróico

He aquí, señores Académicos, como muestra de este arte, el siguiente cantar *de amigo* (modalidad especial de la poesía galaica) del juglar Pedro Añoz. En él, la enamorada recuerda con arrobamiento la nocturna visita de un galán y su inefable canto amoroso:

En, velida non dormía,
 e meu amigo venía;
 non dormía e cuidava
 e meu amigo chegava.
 E meu amigo venia
 é damor tan ben dizia;
 é meu amigo chegava
 é damor tan ben cantava.

A mediados del siglo XIV aparece en el centro de nuestra península la lírica castellana de la que fué excelso cultivador Don Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Suyo es el inspirado «Libro de buen amor», obra cumbre de aquella lírica medieval.

Con el desarrollo de ésta corre pareja el decaimiento de la poesía cantada, que alternando en la función juglaresca, con la prosa y versos recitados, a la manera del chantefable francés, fueron a mi juicio los preliminares de la moderna zarzuela.

En el «Libro de buen amor» halló la juglaria amplio y adecuado repertorio para satisfacer los diferentes gustos del público, y entre sus numerosas y geniales poesías es digna de mención la cántica serrana que comienza así:

Cerca la Tablada,
 La sierra pasada,
 Falléme con Alda
 A la madrugada.
 Encima del puerto
 Cuydème ser muerto
 De nieve o de frío
 E dese rrucio
 E de grand' elada.
 Ya a la decida
 Dy una corrida:
 Fallé una serrana
 Ferosa lozana
 E bien colorada.

Forma muy usada en la lírica castellana fué el estribote, consistente en un dístico enunciador del tema que glosaba el juglar en varias sextinas, volviendo al villancico que coreaba el público. Estas intervenciones del auditorio eran siempre de éxito seguro. Y para popularizar sus obras con honra y provecho han usado del procedimiento algunos autores modernos.



Véase el siguiente cantar de amores en Cruz:

Mis ojos no verán luz
pues perdido he a la cruz.
Cruz cruzada panadera
tomé por entendedora,
tomé sentada por carrera,
como andaluz;
(y cantaba el auditorio)
Mis ojos no verán luz
pues perdido he a la cruz. etc. etc.

Poco después floreció, como poeta palaciego de la lírica castellana, Alfonso Alvarez de Villasandino, del cual es la poesía en estribote, que comienza así y que muestra la profesión juglaresca del autor:

Señores; para el camino
dat al de Villasandino.

Y para finir este punto y no dar demasiada extensión a mi discurso, trataré muy sucintamente el último modo de solaz y recreo que usaron los juglares en los siglos XIV y XV. Me refiero a la poesía narrativa, gestas y romances generalmente recitados, pero servidos, a veces, en bandeja musical. Cualquiera que fuese su forma de expresión el juglar solía suspender el relato, en el lugar más interesante de la obra, para pedir dinero al auditorio.

De estos juglares se tienen pocas noticias, pues siendo su arte eminentemente objetivo, lo que importaba, primordialmente, era el hecho relatado y no el actor ni el autor.

Como tipo de este juglar andariego y vagabundo, podemos citar a Juan de Valladolid o Juan poeta que, a mediados del siglo XV, paseó triunfalmente nuestra literatura épica y romancesca por Italia y Palestina. Fué a un tiempo cantor de las gestas ya decadentes y recitador del romance cuya floración comenzaba.

El «Libro de Apolonio» nos dice como la princesa juglara, Tarsiana, cantaba y recitaba en las plazas públicas este género literario.

Entre las obras pertenecientes al mismo merece ser citado, en primer término, el poema del Mío Cid, del cual dijo Don Prudencio Mudarra, que era grandioso pórtico que daba entrada a nuestro Parnaso. Digno es también de mención el poema de Santa María Egipcíaca; la aventura del Rey Witiza con la bella Oliva, hija del conde Don Julián; el cantar de la mora Zaida; la leyenda del Conde Fernán-González; los romances de Bernardo del Carpio y otros muchos recopilados por Santullano en su romancero.

Y ¿por qué los hombres de placer llegaron a su apogeo en la Edad media?

El arte que es naturalmente reflexivo, dijo el gran Liszt, solo se desarrolla en un medio reflector. «Nunca se le vió ni se le verá jamás desenvolverse, con amplitud, en una atmósfera desprovista de resonancia».

No germina ubérrima la semilla, ni florecen lozanos los arbustos, si no se les dá tierra fértil y adecuada en clima propicio. Y esto aconteció, en la época medieval, con los juglares; porque dividida España y la Provenza en pequeños reinos, condados y señoríos, fué posible el sostenimiento de estos artistas trashumantes y andariegos unos, y al servicio otros de reyes, señores, ciudades y obispos.

La poderosa y extensa clientela del juglar los colmaba de bienes y favores y en los antiguos palacios y castillos encontraban aquellos artistas errantes y vagabundos fortuna, placeres, espléndida hospitalidad y alguna vez hasta el amor.

Eran los juglares, además, pregoneros del valor y gentileza de los caballeros y de las virtudes y belleza de las damas. ¿Y mirad cómo la codicia abre, espléndida, la bolsa cuando la vanidad y el orgullo aconsejan al corazón?

Buen ejemplo de ello fué la ostentosa boda del condestable Miguel Lucas.

Por otra parte disputábanse en aquel tiempo dos razas y dos pueblos, en larga y cruenta guerra, el dominio del suelo español. Era, además, aquella una lucha espiritual entre el cristianismo y el mahometismo, entre los Evangelios y el Corán, y la pasión que los hijos de España ponían en la dura contienda, hizo que los juglares, portadores de noticias y cantores de las gestas gloriosas de nuestras legiones y mesnadas, fueran recibidos siempre y en todas partes con interés y complacencia.

Otra circunstancia contribuyó, poderosamente, al auge de la juglaria en el medioevo. Fué ello la aparición de la música ficta, que tuvo su origen en los moros andaluces y adquirió su plenitud con los vihuelistas españoles. Así lo afirman muy fundadamente los grandes musicólogos Gevaert, Rienman, nuestro erudito compatriota don Julián Rivera, y así lo comprueban también las cantigas del rey Sabio.

La música *ficta* con su cromatismo, su variedad tonal, su nueva armonía tan preciada por Francon de Colonia, sus medidas rítmicas y su estructura estrófica, rompió los viejos moldes del diatonismo

modal litúrgico y puso en manos de los juglares un poderoso instrumento de solaz y de recreo con las nuevas posibilidades que ofrecía al compositor.

Esta música fué motejada de falsa por los devotos ministros y monagos del modismo clásico; pero, al fin se impuso por su belleza y fácil acomodo a los gustos populares, extendiéndose por toda Europa como viviente larva de la música moderna.

Fueron los juglares propagadores de este novísimo arte juntamente con el romance y demás idiomas desprendidos del latín y así no es de extrañar el interés con que era acogida su presencia por todos los públicos.

Como ejemplo de música ficta, ofrezco a ustedes la audición de un *anexir* del siglo XI que muestra claramente su prosapia arabigo-andaluza.

He utilizado la guitarra en su instrumentación para darle ambiente más propio y evocador. (*Música*).

También es del mismo origen la siguiente bellísima melodía, en la que aparece por primera vez, en la música, el elemento expresión, en forma que pudiéramos llamar prosódica. (*Música*).

Y con esto doy por terminada la primera parte de mi discurso y paso a tratar de los músicos callejeros.

MUSICOS CALLEJEROS

¡Últimos juglares!

¡Los más infimos divertidores de la humanidad!

Mendigos pundonorosos que quieren pagar con su mezquino arte la limosna que reciben.

Su canto es una grosera degeneración de la canción popular; pero es también, a veces, el odre donde se conservan las viejas melodías del pueblo.

El músico callejero ha sido siempre y en todas partes una pobre floración del arte de los sonidos, tanto más triste cuanto que la ceguera fué, generalmente, tierra propicia a recibir la semilla. El tipo del artista ciego procede de Egipto, país azotado por las enfermedades de los ojos. Y la historia del viejo imperio nos habla de músicos ambulantes que concurrían a las ferias Alejandrinas, de donde probablemente procede la costumbre en estos desgraciados de asistir a nuestros rodeos andaluces, de cuyas típicas buñolerías son principal ornato.

En el museo de París existe un bronce griego representando a un músico callejero de Nubia; y en el de Berlín es de admirar la lámina que representa a un nómada sirio que andaba por Egipto tocando la lira dos mil años antes de Jesucristo.

Pausanias, en sus descripciones de las maravillas griegas, nos habla de canciones populares cantadas por músicos ambulantes. Y en un mosaico romano que lleva por lema «músicos callejeros» aparece un hombre en actitud de cantar y bailar, otro batiendo un pandero, una mujer tocando el oboe y un muchacho sonando un sistro.

En el siglo IX andaba por las calles andaluzas cantando sus célebres mohaxahas, en lengua romance, el ciego Mocaden ben Moafa de Cabra, y mucho después nos habla Boncompagno de ciegos juglares y callejeros a los que dedicó el Arcipreste de Hita la siguiente cántiga:

Varones buenos e honrados
queretnos ayudar
a estos ciegos lazrados
la vuestra limosna dar.

No es posible asomarse a la historia interna de la humanidad sin tropezar con estos desgraciados que mendigan la limosna al triste ritmo de su mezquino arte. En la Enciclopedia Espasa, tomo 37, se dice: «existen en la India trovadores que recorren las calles tocando y cantando las proezas de los héroes, lo que les vale donativos en dinero o en especie».

En resumen: Que el músico callejero, esa pobre piltrafa del arte que la humanidad abandona en el arroyo, es de todas partes y de todos los tiempos.

Pero no todos los músicos callejeros fueron miserables vagabundos; hubo uno que, lejos de ser mendigo, fué un pródigo de su arte y de sus mezquinos haberes.

¡Parraguirre! El último bardo, como lo llama Salaverria. ¡El magnífico loco! El cantor errante que surge de los profundos valles de Vasconia y huye dando el grito jubiloso y retador del hombre que está más allá de las leyes que rigen, por naturaleza, a los demás hombres.

Cuando adolescente empuña las armas para defender la causa carlista y las rancias ideas ultramontanas. Herido en la campaña, no se adhiere al pacto de Vergara, y se lanza a un destierro de voluntaria y romántica bohemia. Y recorre Francia, Italia, El Tirol, Inglaterra, siempre con su inseparable guitarra. Siempre cantando como

pájaro escapado de la jaula que vuelve a la selva virgen: sin saber por la tarde qué cenará ni donde dormirá aquella noche; pero abriéndose siempre el camino de la vida con su genio sublime e inmortal. Y fuerte, hermoso, jovial, bebedor, dionisiaco, despreocupado, noble, leal, con algo nostálgico en su acento y un atrayente arrebató en su persona, se puso a cantar en calles y plazuelas, hallando así el natural camino de su vida. ¡Ya no sería Iparraguirre más que músico callejero: Cantor del pueblo hasta morir!

Y así desarrolló su arte espontáneo e insuperable cantando canciones amatorias y patrióticas que él mismo se acompañaba a la guitarra con una dulzura y una gracia tan seductora que el público le escuchaba con efusivo deleite.

Y no solo las cantaba sino que las hacía. Una noche dió en el antiguo café madrileño de San Luís la primera audición de su Guarnikako Arbola, inspirado zortzico que fué declarado más tarde himno regional de la Vasconia.

Otros dos colosos de la música: Dos genios españoles fueron, también incidentalmente músicos callejeros, Pablo Sarasate y Julián Gayarre.

Paseaban en un otoñal atardecer estos dos gloriosos artistas por una extrema plazuela de la capital de Francia, en donde un pobre ciego tocaba su viejo violín. Ambos amigos se estremecieron de compasión ante aquel desdichado, presa de la miseria y, con santo entusiasmo, decidieron dar en la plazuela un concierto a beneficio del viejo mendigo. Acercóse a él Sarasate y le dijo: Hermano, ¿quiere usted prestarme su violín por unos momentos? Tome usted cien francos como precio de alquiler... Poco después el mago del violín comenzó a preludiar una bella canción española. Al oír el ciego aquel purísimo sonar de su instrumento exclamó con estupefacta admiración: ¿Pero ese es mi violín? Y Sarasate siguió tocando. Tras unos breves compases comenzó Gayarre a cantar con aquella voz purísima a la vez dulce, potente, sonora, plena de sugestivas inflaciones, que sabía reír y sabía llorar, que nos hablaba de un mundo rebotante de belleza y de sentires... Y Sarasate le acompañaba con bellísimos arpegios y contrapuntísticas melodías de irreprochable traza.

Poco después los balcones se llenaban de oyentes y la plazuela era un inmenso corro que escuchaba, con religioso silencio, aquel improvisado concierto que daban dos *músicos callejeros*... Son españoles, se decía muy quedito. ¡Gayarre y Sarasate! Y cuando ter-

minó la canción, pasaron sus sombreros por el público, que éste llenó de monedas (para el cieguito), prorrumpiendo en aclamaciones y aplausos tan entusiastas que ninguno otros penetraron tan profundamente, en sus aimas de artistas, durante su vida triunfal.

¡Fué aquella una *españolada* plena de belleza, de arte, de emoción y de caridad. Como cuadra al espíritu idealista, caballeresco y al corazón cristiano de los hijos de nuestra Patria inmortal

Finalmente, señores académicos, os voy a hablar de un músico callejero que conocí en Madrid hace más de cuarenta años. Tal impresión me produjo aquel desgraciado, que aún no se ha borrado la huella sentimental que dejó en mi aima.

Asistía yo, en aquel tiempo, a todas las funciones de ópera que daba en el Teatro Real un escogido elenco. Y cuando plenamente satisfecho de los más exquisitos refinamientos artísticos. Cuando después de ese blando viaje aéreo, por las regiones de lo infinito, a que nos lleva la música. Cuando después de oír el misterioso lenguaje que nos habla de ideas y sentimientos sin emplear razonamiento alguno. Cuando palpitantes aún las emociones que me hacía sentir el espectáculo cumbre del arte caminaba hacia mi hospedería, encontraba, todas las noches, en la encrucijada de dos calles de segundo orden, pero de gran tránsito, un pobre viejo y ciego que vistiendo raído chaqué, con una mugrienta bufanda por todo abrigo, se apoyaba en la esquina y tocaba, en su estropeado clarinete de boje, una música que expresaba todo el dolor de su alma. Aquellas tristes melodías nos hablaban del lúgubre piañir de las hadas misteriosas de la noche y sus notas llegaban palpitantes al corazón, porque salían de otro corazón llagado por el infortunio.

Simplicidad, veracidad y naturalidad, dijo Gluck, son los tres grandes principios de la belleza en toda producción artística. Nuestro nocturno músico callejero era el más intuitivo observador de estos principios que he conocido en mi vida.

La música que yo oía en la ópera tenía un gran valor académico; era cálida, humana y nos sugería ansias mundanales. Pero las melodías del pobre ciego eran algo abstracto, lejano, impreciso, fuera de nuestro alcance que nos hablaban de mundos intangibles, pero de clara realidad como dice Turner.

Una noche, el viejo del clarinete no estaba en su lugar de costumbre.

Aquella ausencia me produjo, a la par, dolor y remordimiento.

¿Habría muerto de hambre o de frío? ¿Hice yo lo que pude por arrancar a aquel desgraciado de las garras de la miseria? ¿Hicieron algo los demás?...

Para tranquilizar un poco mi sublevada conciencia se me ocurrió la peregrina idea de dedicar una poesía al pobre ciego que fuese a manera de epitafio oculto en el fondo de mi alma. Esta, para mí honorable circunstancia, lo hace salir de su escondrijo y un poco rectificado y remozado es como sigue:

La cuerva noche tenebrosa y fría
Bate sus alas de rizar plumaje
Sobre la vieja urbe coronada,
La escarcha que caía
Con la parca en funesto maridaje,
Aleve y despiadada,
Asesinas güadañas esgrimía.
¡Y las estrellas fulgen el consuelo
de otra vida mejor, allá en el Cielo!

.
El público camina, presuroso,
A hito de festines mundanales,
Hacia el hogar dichoso
Que alivia nuestros males
Y es de la vida plácido reposo.
Y camina..... camina
Sin reparar el ciego de la esquina
Que toca, con pausado sonsonete,
En su viejo, rojizo clarinete,
Una arcaica elegiaca melodía
Como la noche lúgubre y sombría.
¡Qué injusticia la vida nos ofrece!
¡Qué contrastes nos brinda la existencial!
¡Un artista que triunfa en la opulencia!
¡Otro mísero artista que perece
Aterido de frío en la indigencia!

.
La ópera, tan plena de armonía
¡Qué profunda emoción!
Pero el cieguito de las noches frías
Tocando aquellas tristes melodías
Me llegaba más hondo al corazón.

Seguidamente oirán ustedes un nocturno, gemelo de la anterior poesía, que he compuesto en memoria de aquel pobre músico callejero que hacía llorar a su viejo clarinete en la fría oscuridad de las noches madrileñas. (*Música*).

Y termino, señores, con la efusiva expresión de mi gratitud por la religiosa atención que me habéis prestado y pidiéndoos que me perdoneis el abuso que hice de vuestra paciencia. Más antes del punto final quiero endulzar un poco vuestro delicado paladar estético con la intervención en este acto de la distinguida profesora ████████████████████ ~~Teresa García Moreno~~, que accediendo, gentilmente, a mis ruegos se dignará cantar en esta mansión de las Ciencias, las Letras y las Artes, una canción cuya letra y música compuse hace algún tiempo. Ella con su exquisito arte, su voz purísima, su perfecta afinación y bellissimo decir, hará de mi mediocre composición algo deleitoso y capaz de compensaros del tedio que, ciertamente, os habrá producido la audición de mi desaliñado y vulgar discurso.

Llamo a mi canción «Córdoba Serrana» y la letra dice así:

¡Córdoba! Tu serranía,
 campo de eterno verdor,
 tiene la dulce poesía
 del canto del ruiseñor.
 Y en sus esmeraldinos
 valles rientes,
 como eternal
 canturia de los pinos,
 fluyen ambientes
 de madrigal.
 Madrigal que la flora
 a orar invita,
 y la fauna cantora
 canta y recita.
 Madrigal que rebosa,
 tierno y sencillo,
 de la voz candorosa
 del zagalillo.
 Madrigal que es un beso;
 sal de pasión,
 y hace latir, por eso,
 al corazón.

De penas y dolores,
noble cendal....
¡Dios ha escrito en sus flores
un madrigall
Córdoba, tu serranía,
campo de eterna poesía,
nunca la podré olvidar.
Pues en sus cumbres benditas
la cristiana devoción,
levantó entre las Ermitas
al Divino Corazón. (Música).

HE DICHO.

Fran.º Alvarez Luján

NOTA.—La Srta. Cristina Alvarez Rambla cantó las composiciones como se indica en la página 20-268. Una pequeña orquesta, dirigida por D. Rafael Gan, las interpretó. Por el arte gracioso y acertado de ambas ejecuciones, el autor se complace en demostrarles públicamente su agradecimiento.



Contestación al anterior Discurso que, en nombre de la Academia, leyó el Numerario don Manuel Enriquez Barrios. (1).

En su Discurso de contestación el Numerario don Manuel Enriquez Barrios, se congratula, en nombre de la secular corporación, de la llegada del nuevo académico, cuyas prendas personales, literarias y artísticas evoca.

Nacido en el hermoso pueblo cordobés de Castro del Río, don Francisco Algaba Luque constituye un digno ejemplar del patricio que ha compartido una noble y fecunda vida entre las actividades de la agricultura y del arte.

Hizo sus primeros estudios en el Instituto de Cabra, donde siempre se destacó alcanzando la nota de sobresaliente. Cursó la carrera de Abogado en la Universidad de Sevilla, siempre también con iguales notas y distinciones.

Hijo de labradores, hubo de dedicarse al cuidado del patrimonio familiar, llevando una de estas hermosas labores, plenas de fecunda actividad virgiliana, características del suelo cordobés. Introdujo en sus explotaciones notables mejoras agrícolas y llevó a cabo extensas plantaciones de olivar, destacándose en la elaboración de aceites finos, en cuya producción tanto ha adelantado nuestra región en este siglo, por lo cual ha sido galardonado repetidamente en las exposiciones de aceites.

Desde muy niño, apenas cumplidos los ocho años, se despertó en el señor Algaba la afición a la música, tanto que a los nueve años tomaba parte como instrumentista en funciones religiosas tocando la

(1) Ofrecemos sólo un extracto del notable Discurso de contestación, a causa de haberse perdido su original, con otros papeles, en el fallecimiento del Secretario de la Corporación.

flauta. Desde entonces ha sido la afición musical la más sentida dedicación de su espíritu.

A los cuarenta años estudia armonía y composición, e inicia formalmente la creación de obras musicales. La primera de ellas de gran altura es el oratorio titulado *El Calvario*, en el que logra alcanzar los profundos y solemnes acentos reveladores del drama del Gólgota, cuya obra fué la confirmación plena de su formación de compositor.

Otra obra, hondamente reveladora de sus sentimientos espirituales es la *Misa de Requiem*, que compone con motivo del fallecimiento, en la flor de su edad, apenas iniciada la formación de un juvenil y feliz hogar, de su única hija, golpe que ha marcado honda huella en la vida del nuevo académico, quien, en dicha composición, expresa las notas patéticas que manifiestan el dolor del padre por tan desgarradora pérdida y el profundo dramatismo de tan elegíacos sentimientos.

Ha compuesto además diversas marchas fúnebres, de magestuosa descripción, y como le gusta pulsar las diversas tonalidades emotivas del alma, es igualmente autor de otras composiciones para banda y orquesta.

No hace muchos años trasladó su residencia a Córdoba, e impregnado aún más del espíritu de la ciudad, escribió sus *Bocetos cordobeses*, en los que ha aprisionado vívidos trozos del ambiente cordobés. Los capítulos de dichos Bocetos, titulados «A media noche en el barrio», «La Sierra», «Las Ermitas» y «El Perol», contienen bellas descripciones literarias, nocturnos sentidísimos, escenas populares, canciones de rancia solera y trozos musicales de inusitada inspiración. Han sido representados en ocasiones diversas, en el Gran Teatro de Córdoba, en el Centro Filarmónico «Eduardo Luena», y junto a los muros de la Mezquita Catedral con motivo de los populares festejos de la Virgen de los Faroles, donde han encontrado su marco más ajustado, siendo éstas y otras ocasiones, aportaciones benéficas o artísticas con que el espíritu altruista del señor Algaba se complace en deleitar a los cordobeses.

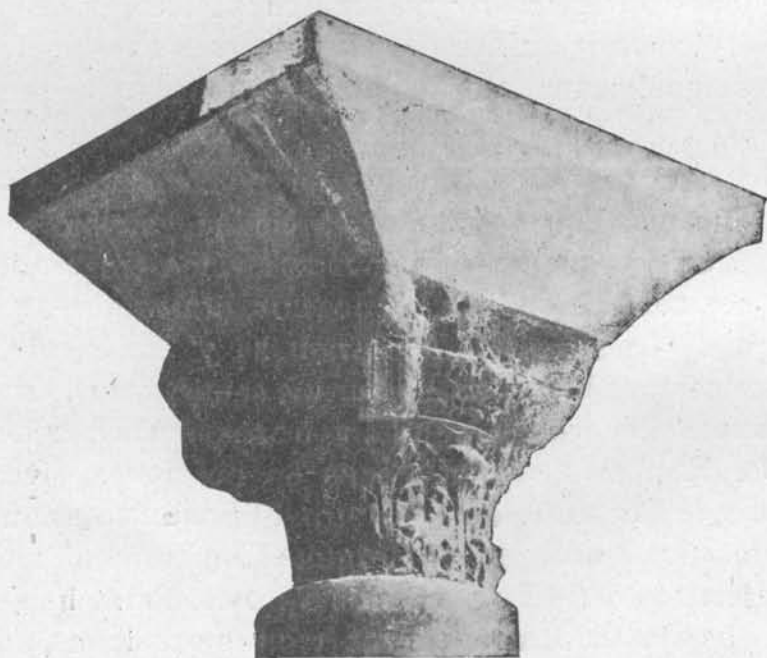
Es poeta inspirado y escritor de buena cepa, y por ello adorna sus composiciones musicales con versos armoniosos y con esmerada prosa, reveladores de su depurado gusto.

No hace mucho, además de otras aportaciones académicas en el seno de nuestra corporación, dió una conferencia cuya lectura aún

perdura en quienes la disfrutaron. En ella trató el señor Algaba de las sensaciones que el alma humana percibe a través de la música, desplegando una serie de sugerencias psicológicas y anímicas del más alto interés.

Nuestro nuevo compañero goza además de aquella serenidad de ánimo que dá discreción en el juicio y fortaleza en la conciencia, y por ello es inestimable consejero de amigos y de estudiosos, y orientador de todas las cuestiones, especialmente músicas, que se someten a su clara discriminación.

El señor Enríquez terminó esta semblanza del recipiendario con frases de encomio para el señor Algaba y de congratulación para la propia Academia que ha alcanzado una valiosa adquisición.



Botánicos y Farmacéuticos cordobeses del periodo musulmán

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, del Sr. D. Antonio González Soriano, leído el 28 de Noviembre de 1942.

Nada más fácil que recurrir a los artificios de la retórica o que espigar bellas frases entre los ejemplos de ingenios sobresalientes en el supremo arte de la elocuencia para revestir y adornar la expresión de la gratitud; pero estos recursos, si bien dan brillantéz a la palabra, oscurecen y bastardean el verdadero sentimiento cuando brota espontáneo de las profundidades del alma. Huyendo de este error, y para que resplandezca con toda nitidez la deuda que contraigo con vosotros, por el honor que dispensais, me limito a deciros: Gracias.

Gracias, no solo por mí, encumbra-
do sin mérito alguno a tan alto pue-
de la inmemorial y nunca extinguida cultura cordobesa, donde las Ciencias, las Letras y las Artes, hermanadas en perfecta simbiosis, se prestan mutuamente el auxilio de sus enseñanzas, de tal modo que cada una, con la cordialísima ayuda de las otras, se pulimenta y her-
mosea y adquiere vigor y energías para seguir avanzando por la interminable ruta del progreso. En esta admirable hermandad no ha faltado jamás el concurso de los farmacéuticos, porque la Academia,

to, sino también y de modo especialísimo por la clase farmacéutica a cuya familia, por tantos títulos ilustre y gloriosa, tengo la honra de pertenecer y a la cual, en realidad, otorgais esta ambicionada distinción, pues solo a mi condición de farmacéutico debo atribuir mi acceso a la Academia.

Es esta Corporación una síntesis maravillosa y hábilmente lograda



Don Antonio González Soriano. Farmacéutico. Nació en Córdoba el 11 de Noviembre de 1885. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente el 7 de Marzo de 1923.

con clara intuición de las realidades científicas, ya desde su origen— en estos días se cumplen ciento treinta y dos años de su fundación— cuando todavía la Farmacia no había logrado constituirse en Facultad mayor universitaria, había reconocido la importancia de los estudios farmacéuticos, su influencia en el desarrollo general de las Ciencias y la Industria y su independencia de la profesión médica, independencia que no es oposición, ni significa relajación de sus relaciones, sino que favorece la comunidad de esfuerzos dirigidos a la misma finalidad y llamó a su seno, como socios fundadores, a dos distinguidos farmacéuticos.

Comprendió la Academia, mirando por encima de la opinión vulgar, que el farmacéutico no es solo el hábil artista que sabe dar forma adecuada y atrayente aspecto a la prescripción médica, ni el atento mecánico que ajusta en la balanza el delicado engranaje de las dosis fisiológicas, sino que además de esto y sobre todo es el paciente investigador de la Naturaleza; el severo analizador que diseca, extrae y aísla del complicado organismo vegetal el precioso alcaloide que ahorra fatigosas dudas al terapeuta; el químico que prevé y realiza nuevas combinaciones para corregir y mejorar la acción de variados productos; el biólogo que busca el por qué de las reacciones íntimas de los seres vivos para deducir de ellas tratamientos medicinales de suprema eficacia; el higienista vigilante que advierte desde su modesto laboratorio la contaminación de las aguas, la adulteración de los alimentos y en trances de terribles conflagraciones guerreras, cuando el espíritu de Caín flota sobre el mundo envolviéndolo en nubes de rencores que se deshacen en gases deletéreos, dá normas para identificarlos y paliar sus efectos desastrosos.

Consecuentes con este tradicional criterio, honráis en este acto una vez más a la clase farmacéutica, aunque cometiendo el error de personalizarla en mí. Procuraré hacerme digno de esta confianza colaborando con el mayor celo en vuestra obra.

Para mayor humillación mía y para que resalte más vuestra grata equivocación, quereis que ocupe el lugar que dejó vacío aquel ilustre sabio y maestro incomparable, aquel hombre bueno, modesto, trabajador ejemplar, prez de la Academia y honra de Córdoba que se llamó en vida don Rafael Vázquez Aroca, espíritu generoso para quien era una necesidad imperiosa y un placer gratísimo el difundir a su alrededor el enorme caudal de sus extensos y sólidos conocimientos, como si tuviera presente en todo momento la máxima de Platón: «El hombre no ha nacido para sí, sino para su patria y sus semejantes».

Permitid que rehuse el hacer el bosquejo de su semblanza; fuí su discípulo y su amigo; cerca de cuarenta años de trato diario crearon entre ambos una comunidad de afectos e intimidades que habrían de desbordarse ahora alterando el ritmo de esta solemnidad. Yo os ruego que perdoneis si el dolor por su pérdida y la vergüenza de usurpar su sitio me impiden hablaros de él. Desde el fondo de mi ser elevo a Dios una plegaria—mezquino homenaje a su memoria—pidiendo le sea concedida la eterna felicidad.

Yo quisiera, para corresponder a vuestra gentileza, presentaros algún trabajo tan original, tan lleno de doctrina, tan acabado y erudito, tan pulido y ameno que no desdijera de los que vosotros mismos habeis leído con general aplauso en idénticas ocasiones; pero esta aspiración es inasequible para mí. Es la originalidad flor preciosa de ingenios privilegiados y la erudición producto necesario de largos y meditados estudios. Mi afición al de la Naturaleza en lo que tiene de más bello y vario, de más pacífico y benéfico, me mueve, casi sin quererlo yo, a ocuparme de alguno de los mil interesantes aspectos de la Botánica, donde es casi imposible mostrarse original y donde lo erudito es sospechoso de copia o plagio. Por imperiosas exigencias de mi pobrísima cultura científica, del respeto debido a vuestra paciencia y del tiempo precioso que sacrificais en mi honor y muy especialmente por el deber de contribuir en la medida que me sea posible al mejor conocimiento de las glorias cordobesas que en tanto sean más conocidas serán más estimadas, me limitaré a refrescar la memoria de algunos botánicos y farmacéuticos musulmanes que en Córdoba vieron la luz y en ella esparcieron el aroma de su ciencia.

* * *

Poco más de un siglo había transcurrido desde que la espada de Odoacro deshizo el Imperio romano de Occidente y aún se estremecía Europa al paso de las bárbaras legiones desbordadas de las orillas del Danubio, cuando llama vigorosamente a las puertas de la Historia, para ocupar ancho campo en sus dominios, un pueblo hasta entonces casi desconocido, sin relieve ni personalidad. Era el pueblo árabe constituido por los descendientes de Agar e Ismael, la esclava y el hijo bastardo de Abrahan.

Durante muchos siglos estuvo—y aún lo está parcialmente—dividido en tribus dedicadas al pastoreo y de vez en cuando al bandillaje, haciendo, en consecuencia, vida nómada, rica en aventuras, acci-

dentes y lances guerreros, pero incompatible con toda labor intelectual que requiere paz, quietud y serenidad de espíritu.

Solo la Arabia feliz, el Yemen, de clima suave, agua abundante y vegetación fácil pudo ser asiento de pueblos agrícolas y pacíficos capaces de crear y sostener una manifestación cultural cualquiera, como en efecto la disfrutaron por su contacto con los grandes imperios vecinos de Egipto y Persia, o por sus relaciones comerciales con la lejana India y aún con los remotos puertos de la China. Herodoto y Estrabón hablan de esta región como de la más rica del globo: en ella había palacios opulentos con mobiliarios de oro y plata, pórticos dorados y techos de marfil y piedras preciosas; jardines maravillosos, canales de irrigación y fortalezas potentes. Bajo el reino de Balkís, la reina amiga de Salomón, se construyeron las famosas esclusas de Morab, gracias a las que alcanzó la agricultura la mayor prosperidad. (1).

Pero sea por el arraigo de seculares tradiciones supersticiosas, por los vaivenes y mutaciones políticas de aquellos países, por los estragos de las frecuentes invasiones guerreras o por natural resistencia a todo esfuerzo intelectual, característica de la raza, el hecho es que no es posible encontrar vestigios de formación científica entre los árabes antes del siglo VII de nuestra Era, hasta que las guerras ordenadas y emprendidas por Mahoma para conquistar e islamizar el mundo dieron a sus sucesores el dominio absoluto de toda la Arabia, de Persia, de Egipto, y más adelante de todo el Norte de Africa y de la riquísima Península Ibérica. Consecuencia de ello fué la comunicación frecuente con estos pueblos, la modificación de sus costumbres adoptando en parte las de los países conquistados y, sobre todo, el despertar de un afán de saber, de sobresalir, de imperar, no solo por las armas, sino también por las Artes, la Literatura y las Ciencias, entendiéndolo con notorio acierto, como lo han entendido siempre los pueblos grandes, que estas tres formidables palancas del espíritu humano, articuladas en un ideal religioso, son los verdaderos e indestructibles fundamentos de todo Imperio.

Pero las doctrinas de Mahoma, como dictadas por un hombre de escasa ilustración (sabido es que el Profeta no sabía escribir), si bien favorables al cultivo de las Ciencias, cuyo estudio recomienda, hubieron de encerrarse bien pronto en los estrechos cauces impuestos por el fanatismo intolerante de las diversas sectas que se disputaban el

(1) Le Bon - La Civilización de los árabes.—Trad. L. Carreras.—Barcelona, 1886, pág. 35.

predominio religioso, especialmente, en lo que a España concierne, por los *malaquies*, extremadamente celosos de toda enseñanza que pudiera suscitar cualquier asomo de heregía (1). Por otra parte, el Korán no contiene, en cuanto a Medicina se refiere, más que algunos consejos higiénicos, mostrándose enemigo del empleo de remedios para la curación o alivio de los males del cuerpo considerados como castigo o prueba enviados por Dios a quien únicamente corresponde restablecer la salud. Es seguro que con semejante dogma se hubieran perpetuado las prácticas de superstición y magia a que estaban acostumbrados en su mayoría los nuevos adeptos del islamismo. Fué precisa la intervención de las vencidas naciones de cultura más antigua y extensa para evitar tan funesto daño y para incorporar al rudo y belicoso agareno a la corriente general del progreso científico.

Por fortuna, en la segunda mitad del siglo VI, el Emperador de Constantinopla decretó la expulsión de los Estados bizantinos de la secta cristiana de los nestorianos. Viéronse éstos obligados a refugiarse en Persia, en donde subsistieron largos años ejerciendo una poderosa influencia política y social. Practicaban los nestorianos la Medicina y no tardaron en traducir los libros griegos fuentes de su saber, enriquecido bien pronto con los conocimientos y prácticas adquiridos en la misma Persia y en la India, con lo que su preponderancia científica llegó a límites extraordinarios. Era Persia, al tiempo de la dominación árabe, la más adelantada y culta de las naciones sometidas al yugo mahometano y, por razón natural, la que más directa e inmediatamente podía inyectar en el espíritu árabe la vigorosa sávia de la civilización oriental tan fecunda en manifestaciones artísticas, a cuyo amparo se pudieron infiltrar y adquirir desarrollo las enseñanzas científicas y a esta labor se aplicaron fervorosamente los nestorianos.

Hay que atribuir, por consiguiente, al genio cristiano la introducción de las Ciencias Naturales entre los árabes y, en verdad, que no pudo sembrar en tierra más propicia, no tanto para el perfeccionamiento, cuanto para la divulgación de tan útiles enseñanzas.

Con ser grande el caudal de conocimientos atesorado por los emigrados de Bizancio, en cuanto a dichas Ciencias respecta, adolecía, sin embargo, de los defectos con que había nacido en sus fuentes originales y de las adulteraciones sufridas al pasar de un pueblo a otro en el curso de las edades. No era el menor inconveniente la falta

(1) Ribera (Julián) - La Enseñanza entre los musulmanes españoles.—Córdoba, 1925, pág. 29.

de fijeza y concordancia en la designación de hechos y de cosas, cuyos nombres y descripciones hubieron de ser objeto de numerosas traducciones realizadas a veces por gentes ignorantes de la materia, por lo que su primitivo y acaso exacto conocimiento quedó desfigurado, cuando no perdido o inutilizado para siempre. Mayor obstáculo ofrecía para el estudio razonado y normal desarrollo de las Ciencias la superposición de extrañas creencias y leyendas míticas anejas a todo producto natural, con lo que se dificultó gravemente su empleo racional en la vida práctica.

El fondo principal de la cultura médico-farmacéutica de la Persia de los sassanidas tenía su origen en Grecia, pero había recibido también otras poderosas corrientes que, al confluir en aquella privilegiada región, formaron el rico veneno que dió vida a la incipiente civilización árabe, llevándola al grado de esplendor que todavía nos admira y embelesa.

No en balde habían florecido en las orillas del Tigris brillantes civilizaciones que, si bien desaparecidas hacía mucho tiempo, habían dejado recuerdos imborrables. En Asiria había fundado Belo catorce siglos antes una Escuela filosófica a la que asistían botánicos especializados en el conocimiento y preparación de plantas medicinales. Otras Escuelas semejantes descollaron en Erec, Borsipa y Nínive. Al tipo de lo que hoy llamamos *jardines botánicos* correspondieron los famosos de Babilonia y es probable que lo fueran de aclimatación los que poseyó en la desaparecida capital caídea Merodachbaladan II. En la Biblioteca de Arsubinapal, que reinó en el siglo VII, antes de Jesucristo, se ha encontrado un «Tratado de Medicina», especie de Antidotario, entre cuyas recetas sobresalen numerosos polifármacos compuestos en su mayoría por multitud de plantas como la rosa, el ajo, la serpentaria, las semillas de lino, el incienso y la mandrágora (1).

La India había contribuido a enriquecer la botánica medicinal suministrando la pimienta, la canela, el gengibre, el cardamomo y preciados frutales, así como dió a la Industria el algodón (2); pero también aumentó la superstición por la costumbre de utilizar numerosos productos en sus ritos mágicos y ceremonias litúrgicas. Así, por ejemplo, el Código de Manú dispone que los brahmanes usen bastones de *milva* o de *palasa* (palmera) y en ciertas fiestas de *vata*

(1) Folch (Rafael) - Elementos de Historia de la Farmacia.— 2 ed.—Madrid, 1927. pág. 37.

(2) Zimmerman - Historia Natural.—Trad. J. A. Pérez.—Barcelona.—t. XV. pg. 70.

(ficus religiosa) o de *Kadira* (acacia espinosa). En los sacrificios celebrados en honor de sus dioses eran preceptivas las libaciones con el *soma*, licor extraído de una planta que actualmente se identifica con la asclepiadácea *sarcostema viminalis* L., así mismo reverenciada por los asirios en la creencia de que servía de alimento a sus divinidades. El jugo fermentado de esta planta produciría en aquellos brahmanes una especie de embriaguez que ellos consideraban propicia para la adivinación y, por tanto, para el diagnóstico de las enfermedades. Los *rishis*, médicos, herboristas y farmacéuticos, todo a la vez, sabían preparar jarabes, pomadas, colirios, cerveza y eran grandes conocedores de productos venenosos y de sus antídotos.

Otro manantial que vertió sus aguas en el gran receptáculo persa tenía su origen en la China. A Yu, fundador de la dinastía Hia, primera en la cronología imperial, se deben las normas para el cultivo del trigo, del arroz, del cáñamo y de otros muchos vegetales, atribuyéndosele la introducción del té en el consumo alimenticio y medicinal. Unos 2.700 años a. de J. C. el Emperador Tchen-Nung escribió un libro, el «Pen-King», que trata de las virtudes curativas de las plantas. Su sucesor Hoang-Ti, en 2.698, dió a conocer su obra «Nung-King», donde aparece descrita por primera vez la práctica de tomar el puiso. Fué este ilustre soberano un magnífico propulsor de las Ciencias y las Artes en el Imperio chino. Bajo su reinado se divulgaron la brújula, la pólvora, la explotación del cobre y otras notables invenciones, entre las que algunos cuentan la imprenta, compartiendo la gloria de este prodigioso progreso con su esposa la bellísima Lui-Tsen, iniciadora del cultivo del gusano de la seda y del aprovechamiento de ésta para la fabricación de tejidos. De estos y de otros escritores más modernos, como el también emperador Cho-Chin-Kei, autor de un famoso libro de Farmacología (siglo II a. de J. C.) proviene el conocimiento y extensión del uso de medicamentos tales como el ruibarbo, el ginseng, el opio, la asafétida, la polígala, el hinojo, el alcanfor, etc. (1).

Del primitivo y común acervo de conocimientos útiles y seguramente de los citados y de otros remotos países, entre los cuales no dejaría de figurar Tartessos (2), sacaron y nutrieron los egipcios el riquísimo fondo de su arsenal terapéutico que, aumentado con los

(1) Folch.—Ob. cit. pág. 27.

(2) «Tharsis» significa en caldeo «Theman», es decir, rojo carmesí, por el «alazor» que se cría en sus alrededores.—P. Hernando Castrillo.—Magia Natural.-1723.-M. S.-Bibl. R. Colegio de Nuestra Señora de la Asunción.-Córdoba.

productos de Etiopía y perfeccionado por el ingenio particular de sus sabios, elevó la Medicina al nivel de Ciencia casi teológica, colocándola bajo el patrocinio de *Thot*, el Hermes o Mercurio de los griegos, al que fué dado el apelativo de *Pha-ar-Maki*, en que tuvo su origen, de tal suerte divinizado, el nombre de la Farmacia. La selección y preparación de medicamentos, o sea el ejercicio médico-farmacéutico, reservado, como es sabido, tanto en Egipto como en los pueblos cultos de la antigüedad, a los sacerdotes, se consideraba profesión tan elevada y respetable que algunos medicamentos estaban de modo especial consagrados a los dioses; así, la verbena, era llamada «Lágrimas de Isis»; la artemisa, «Sangre de Hefestes»; la escila, «Ojos de Tiphon»; el anís, «Miembro de Ibis», etc. Eran fármacos muy usados la cebolla, el ajo silvestre, la adormidera, el lentisco, la mandrágora, los aceites de cedro y de oliva, el incienso, el estoraque y benjui, el ricino, del que se han encontrado semillas en un sarcófago del año 4.000 a. de J. C., las semillas de melocotonero usadas como veneno violentísimo capaz de producir la muerte y por eso dedicadas a Harpócrates, dios del silencio. En el Museo de Berlín se conserva un botiquín familiar regalado a su esposo por la reina Mentuhotep, de la dinastía XI, 2.000 años a. de J. C., con cinco vasijas de alabastro y una de serpentina que encierran restos de medicamentos, raíces diferentes, una salsarilla y dos cucharas (7). Famosos se han hecho el papiro, cuya corteza fué precursora del papel todavía ignorado, y el loto sagrado, símbolo de la protección de los dioses en Egipto y de la castidad en la India, pero donde sobresale la sabiduría botánico-medicinal del pueblo faraónico es en el empleo de bálsamos, resinas y productos antisépticos en el embalsamamiento de cadáveres incorruptos durante decenas de siglos.

No he de detenerme en perfilar la influencia griega en el desenvolvimiento de la farmacología botánica. Conocidos son los nombres de Apolo, Hécate, Medea, Chirón, Hércules y demás dioses y semidioses de su complicada mitología, a cada uno de los cuales se atribuye la invención de algún remedio vegetal o de varios de ellos, razón por la cual, lo mismo que los egipcios, y posiblemente copiado de éstos, dedicaron gran número de plantas a su memoria, como la vid a Baco, el castaño a Júpiter, a Clicia el alhelí, a Dafne la laureola, el mirto a Vénus, de cuya sangre brotó la rosa y de sus lágrimas la anémona. A Herodoto, Jenofonte y Alejandro Magno debieron los griegos el conocimiento de multitud de especies exóticas su aclimatación bajo

(1) Folch. - Ob. cit. pág. 25.

el claro cielo de su país y el uso medicinal de extraños productos vulgarizados por Aristóteles, el talento más universal que se ha conocido, y, sobre todo, por su discípulo Teofrasto, el más insigne botánico de la antigüedad, autor de unos doscientos libros que en su «Historia de las Plantas» demuestra saber no poco ni vulgar de organografía y fisiología vegetal. En su fitografía describe unas cuatrocientas especies diferentes, muchas de ellas originarias de países lejanos, explicando su utilidad medicinal o industrial. Con Hipócrates y más aún con Galeno, alcanza la Medicina y con ella la Farmacología las más altas cumbres. Sus nombres cimentan el más grandioso monumento científico de la antigüedad y hasta en tiempos recientes tenían la autoridad y resonancia de verdaderos oráculos.

Sometida Grecia al yugo de los romanos, más aptos para la guerra que para el cultivo de las Ciencias, fué decayendo con vertiginosa rapidez hasta desaparecer en muy poco tiempo como nación productora de cultura, sin que los dominadores fuesen capaces de sustituirla, porque si bien en Literatura y Artes plásticas pudieron competir con los grandes maestros griegos y aún llegar a constituir los fundamentos del Derecho con una legislación que todavía sirve de norma en la mayoría de los Estados modernos, no aportaron novedades interesantes a las demás ramas del saber. Como naturalistas solo pueden citarse los nombres de *Varron*, *Valerio*, *Virgilio*, el español *Columela*, de *Nicandro de Colofón*, que recomendó el uso de la genciana, el triphillon y la aristoloquia y escribió un poema sobre venenos y sus remedios muy consultado por los antiguos (1), y *Nicolás de Damasco*, autor de un libro de Botánica atribuido erróneamente por Rogerio Bacón a Aristóteles. Es una obra interesante en la que afirma la existencia en las plantas de un alma natural diferente de las de los animales y señala la transformación de las especies por el cultivo (2).

En el siglo I de la Era cristiana florece Pedacio Dioscórides, natural de Anazarbo, en Silicia, viajero infatigable, botánico eminente y farmacólogo insigne, a quien se debe el famoso «Tratado de Materia Médica», obra en la que se inspiraron los terapeutas posteriores, traducida a los idiomas cultos de su época y ha sido, hasta bien entrado el siglo XVIII, de obligada consulta para médicos y farmacéuticos. Describe en ella más de seiscientas especies vegetales y, aunque

(1) Zimmerman - Ob. cit. pág. 88.

(2) Id. id. pág. 90.

las descripciones son a veces confusas de modo que es difícil y con frecuencia imposible reconocer hoy algunas de las plantas de que trata, es notable la minuciosidad con que anota las virtudes medicinales, los usos adecuados, las adulteraciones, sinonimias, procedencias, purificación y otros datos de grandísimo interés. Tiene, sin embargo, el grave inconveniente de dar cabida, tomándolas por ciertas, a numerosas supersticiones que perjudican el contenido científico de una obra que, fuera de esto, tiene un valor extraordinario.

Otro autor rodeado de la aureola de la fama es Plinio, El Viejo, considerado como notable naturalista, aunque en realidad solo fué un compilador de textos ya conocidos en su época. Gracias a su «Historia Naturalis» han llegado a nosotros noticias interesantes de los ritos mágicos inseparables por entonces de las artes médicas. Así, por ejemplo, el muérdago debía ser cortado con hoces de oro en el sexto día de la primera luna nueva del año, recogido en un lienzo blanco y nuevo, después de sacrificar dos toros y entonces servía de antídoto general y de remedio cierto contra la esterilidad. El *Lycopodium selago* (musgo derecho) debía ser recolectado por los sacerdotes con la mano envuelta en un paño de lana blanca, cumplido lo cual era un eficaz remedio en oculística y un amuleto seguro en las tribulaciones; la verbena debía recogerse al principio de la canícula, cuando no hubiera sol ni luna, arrancarla con la mano izquierda después de recorrer tres círculos alrededor de la planta y de hacer libaciones con miel, con esto adquiría virtud contra las fiebres y la mordedura de las serpientes, además de ser un poderoso talismán para asegurar la amistad (1). Por lo demás poco interés ofrece la obra de Plinio para la Historia de la Botánica y no hace aportación valiosa a la farmacología de la Edad antigua.

Este mal dibujado perfil de la cultura farmacéutica de la antigüedad señala la base en que se apoya el edificio científico de la Edad Media.

Todas estas copiosas y ricas aportaciones de elementos heterogéneos, incoherentes, sin método ni apenas contenido científico, llegados por diferentes rutas a las fértiles orillas del Tigris, fueron sabiamente utilizados por los primeros maestros de los árabes, quienes intentando acaso unificar y cristianizar tan valiosos elementos, acometieron la empresa de fundar Escuelas dedicadas a la enseñanza de las Ciencias y en especial de la Medicina, protegidas y probablemente

(1) Lázaro Ibiza (Blas) - Compendio de la Flor española.—2.^a ed.—Madrid 1906.—t. I. pág. 20.

subvencionadas por los propios Califas. Descolló entre todas la de Djondisabur (1) en Persia, que en tiempos del ilustre y famoso *Harun-al-Raschid* (siglo VIII d. de J. C.) gozaba de gran prestigio, siendo posible que esta Escuela, quizá la primera Facultad de Medicina y Farmacia organizada, fuese continuación y ampliación de la que en el siglo VI fundara el rey *Kosroes I Anuschivan* (m. en 579), en la cual los aspirantes a médicos debían aprender Botánica medicinal. En esta Escuela, como en la no menos célebre de Edesa, en Mesopotamia, juntamente con la práctica en hospitales públicos, se enseñaba el arte de confeccionar los medicamentos.

De la Escuela de Djondisabur fué Director, a mediados del siglo IX, Sabor-Ebn-Schach, a quien se debe la más antigua farmacopea que se conoce y de la cual se derivaron numerosos recetarios llamados *krabadines*, en los que se fijaban las normas que debían seguirse para la mejor elaboración de los medicamentos, siendo sus fórmulas obligatorias para los boticarios, cuyas operaciones estaban vigiladas y tasadas por funcionarios del Estado (2). En dicha Escuela, en el siglo VIII, establecieron los nestorianos la concesión del diploma o título profesional que era preciso obtener después de serios exámenes realizados en forma curiosa. Los examinadores, colocados de espaldas al examinado, excepto el Presidente, formulaban las preguntas que creían pertinentes, oían las respuestas, formaban su juicio y aprobaban o no al aspirante, sin verle, rehuyendo de este modo la influencia moral producida por el gesto y el ademán del que hablaba y asegurando la imparcialidad, pues, no viéndole, no era fácil reconocer al hijo del amigo o del enemigo cuyo recuerdo podía desviar la recta justicia. Allí se inició, según Cuvier, la separación de la Medicina y la Farmacia, cosa que no llegó a realizarse por completo hasta el siglo XIV por lo menos.

El dinamismo guerrero y conquistador de la raza árabe, la imposición del viaje penitencial a la Meca, el florecimiento de su comercio con los puertos de la India, la China y de las remotas islas del Océano Pacífico, fueron eficacísimos auxiliares en la ingente labor de derramar por el mundo conocido y dominado por ellos el caudal científico adquirido en lejanos países y traer a la metrópoli enseñanzas y productos recogidos en sus alejadas excursiones.

(1) Esta ciudad, fundada en el año 260 por Sapor I, es hoy una aldea insignificante de la Susiana.

(2) Chinchilla (Anastasio) - Historia general de la Medicina.—Valencia, 1841.—t. I. pág. 259.

Así, ya a mediados del siglo IX, Huayn-Ibn-Ishac, sabio cristiano al servicio del Califa de Bagdad, tradujo la «Materia Médica» de Dioscórides y el «Libro de los Simples», de Galeno, orígenes de numerosos tratados de farmacología (1). Yuhanna-Ibn-Sarabiyun, comúnmente conocido con el nombre de Juan Serapión, escribió las «Pandectas», notable compendio de Materia Médica (2); Abu-Hanifa-al-Dinawari mereció ser llamado «el padre de la Botánica árabe», y su «Libro de las Plantas» llegó a ser clásico entre los musulmanes y casi indispensable para los farmacólogos y agricultores hasta el siglo XVII (3).

Realizada la invasión y conquista de España en el siglo VIII, hubieron de dedicar los invasores largo tiempo a la no fácil tarea de consolidar su triunfo, organizar la vida pública, administración, justicia, comercio, relaciones políticas, ejército, marina, etc., y esto en guerra constante con el pueblo vencido, por lo que no es extraño que las instituciones puramente científicas tardaran cerca de un siglo en encontrar adecuadas condiciones de tranquilidad para asentarse en nuestra patria. En medio del impetuoso vendabal guerrero que asolaba la Península, envuelta en los escombros del formidable derrumbamiento del imperio visigodo, había desaparecido casi por completo la riqueza cultural hispana, salvándose escasos restos, esparcidos aquí y allá, al amparo de los pocos monasterios que tuvieron la suerte de librarse del general desastre, y por eso el ilustre escritor francés Leclerc (4) pudo decir con manifiesta injusticia, tomándolo acaso de Said-al-Andalusi, historiador cordobés del siglo XI: «Los árabes no encontraron iniciadores en España y debieron importar de Oriente la semilla que había de producir tan bellos frutos», afirmación inexacta que la exageración hace más ampulosa.

Se ha dicho y repetido por autores de grave autoridad que los árabes no fueron creadores de Ciencia, sino simplemente vehículos de ella; que no tuvieron cultura propia y que solo el contacto con los pueblos por ellos dominados les prestó un barniz de civilización, brillante y fastuoso, pero no profundo ni permanente, ya que después del hundimiento del Califato de Córdoba y del saqueo de Bagdad por los mongoles, han vuelto a su primitiva ignorancia, dejando de pro-

(1) Meyerhof (Max) - *Esquisse d'Histoire de la pharmacologie et Botanique chez les musulmans d'Espagne*.—*Rev. Al-Andalus*.—Madrid, 1935.—vol. III. pág. 2.

(2) *Id., id., id.*, pág. 3.

(3) Meyerhof - *Ob. cit.* pág. 3.

(4) Leclerc (Lucien) - *Histoire de la Médecine arabe* —París, 1876.—t. I pág. 418.

ducir obras literarias y artísticas dignas de un pasado glorioso. El erudito historiador de los mozárabes españoles Sr. Simonet, fundándose en observaciones de numerosos escritores del periodo califal, asegura que ni en Siria ni en Egipto introdujeron los árabes cultura alguna y que «es forzoso confesar que el progreso literario y científico de los árabes orientales no fué obra espontánea del genio arábigo o semítico, sino que se debió principalmente a la influencia y magisterio de los sirios y otros pueblos, en su mayoría cristianos», y añade: «con mayor razón debió suceder en nuestra España» (1).

Ya quedó indicado que los árabes de Oriente recibieron la primera instrucción científica de los nestorianos de Persia. Tampoco es posible negar la influencia de los mozárabes españoles en la formación intelectual de los invasores, sin la cual no es fácil comprender cómo la nativa rudeza de las hordas regidas por los primeros Emires pudo transformarse en la ilustre civilización del siglo X. Sin la enorme y solidísima base que la cultura hispano-romana había cimentado en España no hubiera sido posible el rápido desarrollo de la Ciencia arábigo en nuestro suelo. Por desconocer u olvidar estos necesarios antecedentes o por seguir demasiado al pié de la letra la opinión naturalmente interesada y anticristiana de los cronistas árabes, pudo Leclerc sentar su desdichada afirmación.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la Medicina, como las demás Ciencias Naturales, habían hecho escasos progresos en tiempo de los godos (2). No es erróneo suponer que los conocimientos referentes a la Naturaleza permanecieron estancados en el mismo estado de desarrollo que los dejaron los romanos en la época de su máximo esplendor.

Tan injusto es, por consiguiente, negar la influencia hispánica como regatear importancia a la civilización arábigo. Las recientes investigaciones que un grupo de eminentes arabistas españoles y extranjeros viene realizando en Archivos y Bibliotecas, dando a luz infinidad de manuscritos hasta hace poco tiempo ignorados, ponen de manifiesto la cuantía y el valor de aquella civilización que tuvo por centro a Córdoba, de donde se esparcieron, como los rayos de luz de un faro, las brillantes radiaciones de la cultura hispanomusulmana.

Trajeron los agarenos a nuestra patria, con su natural fantasía,

(1) Simonet (Francisco) - Glosario de voces ibéricas y latinas usadas por los mozárabes.—Madrid, 1888. pág. XLIV.

(2) Lafuente (Modesto) - Historia de España.—Barcelona, 1877. t. I. pág 146.

caldeada por el ardiente sol de la Arabia, una literatura lírica y soñadora cual ninguna, una feliz disposición para las artes y, bajo la protección dispensada por los Califas a la instrucción pública, no es extraño que la suave y continua influencia de los pensadores y eruditos hispano-romanos hiciera germinar y producir abundantes y espléndidos frutos a la semilla importada de Bagdad ya por los compañeros de los primeros jefes de la invasión, ya por los musulmanes hispanos, que a su regreso del obligado viaje a la Meca, después de haber recorrido los principales centros culturales de Oriente, traían consigo un rico caudal de enseñanzas nuevas a cambio de valiosos conocimientos adquiridos aquí y llevados a tan lejanas tierras, donde serían recibidos con deleite por los sabios maestros de Bagdad, de Bassora, de Bockara, de Nisaboum y de Hispahan, ciudades preferentemente visitadas por los peregrinos intelectuales (1).

Establecida en Córdoba la capitalidad del Emirato de Occidente, en un principio dependiente de Damasco, más tarde liberado de tutela y, finalmente, elevado a la categoría de Califato, era natural que a esta ciudad, por tantos títulos gloriosa, quedaran adscritos cuantos, rehuyendo el fragor de los combates en los pueblos fronterizos o la vida incómoda de las villas a donde con dificultad pudieran llegar noticias provechosas, buscaban en el estudio y la práctica de profesiones pacíficas ocupación a sus actividades y, como quiera que Córdoba ha ofrecido siempre cualidades excelsas por las que fué y será disputada para habitación y refugio de espíritus escogidos, en Córdoba hubo de constituirse la más famosa sede del saber humano en los siglos medios. Competidora y vencedora de Bagdad, luz de Europa, claro luminar en las obscuridades medievales, madre fecunda, pródiga y amante de tantos hombres ilustres, ciudad esplendente, tan rica en maravillas naturales, tan bella, tan grande en la única y suprema grandeza del espíritu, tan augusta y generosa, que solo su nombre basta para llenar una época y será, como su madre España, imperecedera en la Historia.

Por eso los primeros Emires omniadas fundaron en ella una Academia, donde, al estilo de las de Oriente, se enseñaba la Teología, el Derecho, la Filología y la Medicina (2).

Coincidiendo con esto hubo por esa época un notable movimiento

(1) Dugat - Introducción a «Al-Makari.—Analectes sur l'Histoire et la Literature des arabes d'Espagne».—Leyde, 1855.—t. I, pág. XLVI.

(2) Ribera - Ob. cit. - Niega este hecho fundándose en el silencio que sobre tan importante asunto guardan los cronistas árabes.

científico en la España musulmana. Cada peregrino español que acudía a la Meca era como un mensajero de noticias heroicas, como un trovador que a lo largo de los caminos, en las posadas y alquerías, en las mezquitas y palacios, iba cantando y ensalzando las bellezas de España, la fertilidad de su suelo, la riqueza de sus minas, la gloria de sus ejércitos, la magnificencia de sus Califas, y estos relatos adornados con todas las galas de la fantasía oriental, ricos en imágenes brillantes y descripciones entusiastas, tenían por fuerza que seducir y cautivar a los sabios orientales ávidos de aumentar su ciencia y de recrearse en la contemplación de tanta maravilla, por lo que fueron muchos los médicos y naturalistas que se trasladaron a España y, sumados a los que ya en ella florecían, formaron el semillero del que tantos ingenios habían de salir.

A Córdoba vino, entre otros, allá por el año 880, desde la apartada Mesopotamia, abandonando para siempre su ciudad natal de Harrán, un docto médico y al par botánico eminente, **Yunus-Ibn-Ahmed-Al-Harrani** (1), que seducido por el encanto sin par de la ciudad y conquistado por el ambiente de cultura y cordialidad que la distinguen, aquí se estableció, reinando Mohamed, el hijo de Abderramán II, logrando gran prestigio en su profesión, en cuya práctica introdujo un eficaz electuario (acaso el nitridato), y dió a conocer a sus colegas notables medicamentos vegetales no utilizados en España hasta entonces, entre ellos el *bustanabruz* de los persas, o sea el amaranto, símbolo de la eternidad y, por ende, talismán de la amistad perpétua.

Atraídos también por la fama de que gozaba Córdoba, cuyo ambiente científico consideraron más favorable que el de Oriente, a esta ciudad se trasladaron, clausurando sus Academias de Pumbeditah y de Sura, los sabios israelitas **Rabbi Morech**, uno de los más ilustres maestros de Persia, y su hijo **Rabbi Henoeh** (2) fundando el primero, en 948, un centro de estudios al que concurrían en gran número discípulos de todas partes. Animados los musulmanes con estos ejemplos abrieron, a su vez, escuelas y academias a cuyo influjo se debe el que «no descaecieron en Córdoba los estudios en adelante, aunque faltaron los cristianos, porque tuvieron los árabes tan ingeniosos maestros de las Ciencias Naturales que Córdoba se transformó en Athenas o pudo competirle en sabiduría» (3).

(1) Meyerhof. - Ob. cit. pág. 4.

(2) Gómez Bravo - Catálogo de los Obispos de Córdoba.—Córdoba, 1778. t. I. pág. 219.

(3) Gómez Bravo.—Ob. cit., pág. 220.

Pero no fueron tan solo los musulmanes los cultivadores de estas Ciencias y especialmente de la Botánica farmacéutica; juntamente con ellos es de justicia contar a algunos cristianos y judíos de nombre arabizado que tienen pleno derecho a figurar entre aquellos. Así, con **Handis-Ibn-Abban** (1), se cita al cristiano **Yaward** (2), ambos médicos de la época de Abderramán II, introductores de nuevos remedios. Handis debe ser considerado como el primer vegetariano del que hay memoria; no comía más que los cereales de sus propias cosechas y sus vestidos se tejían con el lino de sus plantaciones. También era cristiano **Yalid-Ibn-Yazid-Ibn-Ruman** (3) que vivió en Córdoba durante el reinado de Mohamed I (852 a 886), gran especialista en materia farmacéutica vegetal, corresponsal activo del monje egipcio y notable sabio en farmacología Nastas-Ibn-Yuraig. De Yalid se sabe que dejó una gran fortuna en plata y drogas, porque es de advertir que ya por entonces, entre los musulmanes españoles, era tan respetable y excelente la reputación de los médicos que se les pagaban sus servicios con verdadera espléndidez y se les otorgaban honores extraordinarios, como lo mereció **Mohamad-Aben-Tamlij** cuyo nombre figura en letras doradas en el mosaico que guarnece los muros del Mihrab de nuestra sin par Mezquita (4) No es, sin embargo, frecuente encontrar nombres de naturalistas mozárabes, pues a ello se opone la feroz persecución de que fueron objeto los cristianos bajo Abderraman II y Mohamed I. En compensación de esta lamentable falta, notan las crónicas la existencia de una gran familia establecida en Córdoba, la de los **Banu-Handis**, en la que todos sus individuos eran notables botánicos.

Otro cordobés ilustre del que desgraciadamente apenas sabemos nada, fué **Yahia-Mesué** (5) fallecido en 885. Realizó el viaje a Oriente y allí quedó, llegando a ocupar el cargo de médico del Califa, distinguiéndose de modo tan sobresaliente en el conocimiento de las plantas que recibió el nombre de «Príncipe de la Botánica». Como farmacéutico perfeccionó notablemente el arte de preparar los extractos vegetales. Es probable que este distinguido cordobés fuera abuelo del famoso Mesué, el joven, médico de Al-Haken Brombrillach, en el Cairo, llamado «el evangelista de los farmacéuticos».

(1) Meyerbof.—Ob. cit. pág. 5.

(2) Id. —Id. pág. 5.

(3) Id. —Id. pág. 5.

(4) Antuña (P. Melchor de) - La Corte literaria de Alhaquen II.—El Escorial, 1929. pág. 57.

(5) Chinchilla - Historia de la Medicina española.—Valencia, 1841. t. I, pág. 89.

Coetáneo de los citados fué **Ahmed-Benayas** (1), célebre en el Emirato de Mohamed I. Fué el primero que estudió y difundió los fundamentos científicos de la terapéutica y, como quiera que esta Ciencia se basaba esencialmente en la Botánica, debió ser un consumado especialista en las propiedades farmacéuticas de los vegetales.

Durante el califato de Abderramán III alcanzó Córdoba el apogeo de su gloria y de su fama, sostenidas brillantemente por Alhaken II y empezando a palidecer bajo el reinado teórico de Hixen II y práctico de Almanzor. En ese siglo X que encierra la mayor prosperidad del imperio hispano-musulmán, es cuando llega también a la cumbre la Botánica farmacéutica. Por aquel tiempo, dos hijos del ya citado **Yunus-Al-Harani**, hicieron su viaje a la Meca del que regresaron en 940, al cabo de veintitrés años de ausencia, para establecerse en Medina-Zahra. Uno de ellos, **Ahmed**, se distinguió como habilísimo oculista y el otro, **Omar**, instaló una farmacia en la que, según el sabio arabista Sr. Ribera, daba ocupación a doce jóvenes (2). Llama la atención este elevado número de dependientes en una farmacia situada en una población relativamente pequeña, ya que se calcula en unos quince mil los habitantes de Medina-Zahra, no siendo, además, la única establecida por cuanto cada médico tenía su oficina propia para elaborar los medicamentos de su predilección, sin contar las boticas o tiendas de herbolarios, parecidas a las actuales droguerías, donde era fácil adquirir productos simples. No parece aventurado suponer que se trataba en realidad de una verdadera Escuela, a imitación de las organizadas en Oriente, en la cual los alumnos, en régimen de internado, y a cambio de su trabajo personal, recibían las enseñanzas teóricas y prácticas necesarias para el futuro ejercicio profesional, y, siendo esto así, habría que considerar a la farmacia de **Omar-Ben-Yunus** como la primera Escuela de Farmacia instaurada en España.

El adelanto de la Botánica en este glorioso periodo del máximo poderío califal, fué acompañado del de todas las Ciencias y así encontramos entre los sabios que honraban a Córdoba el nombre de **Abul-Kasem-Abbas-Aben-Finas** (3) uno de los predecesores de la navegación aérea, inventor de un aparato, al parecer construido con plumas, con el que voló en la Ruzafa manteniéndose algún tiempo en

(1) Ballesteros Beretta (Antonio) - Historia de España. — Barcelona, 1920. t. II, pág. 116.

(2) Ribera. — Ob. cit., pág. 53, nota.

(3) Ballesteros. — Ob. cit., t. II, pág. 116.

el aire. Por esto y por dedicarse a la Alquimia y la Astrología, fué perseguido como hechicero; el de **Azarquiel**, el más notable de los astrónomos árabes, que vivió muchos años en Sevilla (1); astrónomos fueron también **Meslema-Aben-Cassin** y **Mohamad-Aben-Safar**, el mejor constructor de astrolabios de su tiempo, y **Rabbi-Ben-Zaid**, por otro nombre **Recemundo**, (2) autor de notables trabajos de su especialidad, y con ellos el de **Ibn-Abdon**, sabio matemático y médico sobresaliente admitido al servicio de Alhaken II (3).

Uno de los más interesantes personajes de la corte de Abderramán III, fué el insigne **Abu-Joseph-Aben-Hasdai**, conocido también con el nombre de **Hasday-Ibn-Seprut**. Nació en Córdoba en el año 915, aunque su infancia discurrió en Jaén, donde se inició en los estudios, sobresaliendo en el conocimiento del latín. Vuelto a su patria, pronto se hizo notar por su claro entendimiento y agudo ingenio, grangeándose las simpatías de los cristianos y musulmanes, no obstante su condición de judío, cuya raza y religión eran igualmente odiadas por unos y por otros. Dedicóse a la Medicina y al estudio de la Naturaleza, adquiriendo bien pronto fama de sabio, la cual, unida a su amena conversación y sagacidad, le ayudó a ganar la confianza del Califa que le dió un puesto en su Consejo y más adelante el despacho de la correspondencia latina, confiándole sucesivamente delicadas gestiones diplomáticas. La más notable de todas fué la que llevó a cabo con motivo del destronamiento del Rey de León Sancho I, el Craso. (4) La abuela de éste, Doña Toda, reina viuda de Navarra, compadecida de su nieto y conocedora de la excelencia y habilidad de los médicos árabes y hebreos, hizo el sacrificio de sobreponerse al odio que le inspiraba el imperio musulmán y envió una lucida embajada al Califa en súplica de que le facilitara médicos capaces de reducir la enorme obesidad de Sancho, así como un ejército para reconquistar su trono. Condescendió Abderramán por consejo de **Hasdai** contestando por medio de otra embajada, presidida por éste, que fué a Pamplona y consiguió el éxito maravilloso de convencer a Sancho, a Doña Toda y a D. García de Navarra, tío del enfermo,

(1) Velasco y Pando (Manuel) - Discurso de recepción en la R. A. sevillana de Buenas Letras.—Sevilla, 1922. pág. 43.

(2) Simonet - Glosario de voces ibéricas y latinas usadas por los mozárabes. pág. XIII.

(3) Id., id.—Pág. CLI.

(4) Ramírez de Arellano (Rafael) - Historia de Córdoba.—Ciudad-Real, 1916. t. II, pág. 241.

para que vinieran a Córdoba, como lo hicieron, siendo recibidos tanto en la capital como en Medina-Zahra, con extraordinarios honores y brillante magnificencia en medio del regocijo popular, por ser la primera vez que nada menos que tres reyes cristianos vinieran a pedir personalmente favor a su eterno enemigo (1). Consiguió **Hasdai** la curación de Sancho, reputada por imposible, devolviéndole la esbeltez de la juventud y, aunque se ignora el procedimiento que empleara, es opinión aceptada por los historiadores que se fundó en el empleo de vegetales, como se desprende del Cronicón de Sampiro, copiado por el Silense en el siglo XI: «Agareni herbarum attulerunt et crasitudinem abstulerunt a ventri ejus ad pristinam levitatem astutiam reductis» (2).

Esta curación extraordinaria elevó el renombre del autor reflejándose la fama de su pericia en los médicos árabes y judíos, sobreviviendo casi hasta nuestros días.

Pero la mayor importancia de **Hasdai** radica en su intervención en otro hecho de grandísima trascendencia para la Botánica medicinal.

El Emperador de Constantinopla Constantino VII, Porfiregeneto, queriendo congraciarse con Abderramán, le envió, como inestimable regalo, un valioso ejemplar de la obra de Dioscórides. No había en Córdoba ningún cristiano ni musulmán que supiera leer el griego antiguo en que estaba escrito el libro y, por ello, al contestar Abderramán al emperador dándole gracias por el obsequio, le rogó que enviara una persona docta que pudiera instruir y guiar a los intérpretes. Constantino se apresuró a mandar un monje llamado **Nicolás** que llegó a Córdoba el año 951 o el 952. Con su ayuda acometió **Hasdai** la laboriosa tarea en la que colaboraron los siguientes entendidos en la materia: **Abd-El-Rhaman-Ibn-Ishac-Ibn-Al-Haytan** (3), médico que fué más tarde de Abu-Anus-Mohamad, visir de Hixem II, autor de un tratado sobre vomitivos y laxantes, de una corrección de los errores farmacéuticos del libro «Al-Ismad» de **Ibn-al-Yazza**, médico de Túnez y de un tratado sobre los remedios específicos titulado «Al-Iktif» (el suficiente); **Mohamad** apellidado «El botánico» (4); **Abu-Utman** (5) de sobrenombre «Al-Hazzaz» y «Al-Yabisa» que significan «el herborista» y «el que deseca las plantas»; **Mohamad-Ben-Said**, médico (6); **Abu-Abdala-Al-Segali** (el siciliano) (7), gran cono-

(1) Amador de los Ríos (José) - Historia de los judíos de España y Portugal.— Madrid, 1875. t. I., pág. 144 y sigts.

(2) Lafuente.—Ob. cit.—t. I, pág. 226 nota.

(3, 4, 5, 6, y 7) Meyerhof.—Ob. cit. pág. 10.

cedor del griego y de las formas de las plantas y **Suleiman-Ben-Hassan-Ben-Cholchol-Abu-Daud** (1), conocido por **Ebn-Golgol** o también por **Ibn-Yul-yul**, notable escritor que nació en Córdoba en 924, médico luego de Hixem II, que adicionó y comentó la traducción del Dioscórides en uno de sus libros fechado en 982, describiendo cada una de las plantas nombradas por el sabio griego, explicando los nombres técnicos que éste menciona y en otro se ocupa de los medicamentos simples desconocidos por aquél. Prestó atención al análisis de los simples y al descubrimiento de sus varias proporciones, aclarando con precisión las cualidades y uso de cada uno y contribuyó a disipar las dudas que rodeaban este asunto. Al mismo autor se debe una «Historia de médicos y filósofos» que por desgracia se ha perdido y que sirvió de guía a los cronistas posteriores.

Al **Hasdai** farmacólogo se debe la introducción en la terapéutica hispana de la triaca «Al-faradug», siendo el primero que dió reglas para comprobar las drogas vegetales que entran en la composición del célebre remedio. Es de lamentar que no se conserve ningún escrito de este ilustre personaje al que tanto deben la política y la Ciencia del período califal.

Casi por el mismo tiempo se hizo famoso en Córdoba **Jonas-Ben-Mesaud** (2), nacido en la posesión real de la Ruzafa, autor de una descripción de los jardines de Medina-Zahra, en donde asistió a la corte de Alhaken II. Lástima grande que no haya llegado hasta nosotros esta obra que daría nueva luz a la historia de aquella magnífica residencia y aclararía muchos problemas planteados en torno a la Botánica árabe-española.

Comparte con ellos los honores de la fama **Yahia-Ben-Ishac** (3) hijo de **Isaac**, notable cirujano del Emir Abdala, el terrible y maquiavélico abuelo de Abderramán III. Era **Yahia** mozárabe de nacimiento, dotado de gran talento, que por su mucho saber y habilidad en la práctica de la Medicina reunió una importante clientela, pero movido de la ambición apostató el cristianismo, logrando con ello el favor del

(1) Pons Boigues (Francisco). - Ensayo bibliográfico de historiadores y geógrafos árabe-españoles. - Madrid, 1898.

(2) Conde (J. A.) - Historia de la dominación de los árabes en España. - Madrid, 1874, pág. 126. - R. de Arellano. - Ensayo de un Catálogo de escritores de Córdoba. Madrid, 1921. t. II, pág. 278.

(3) Simonet. - Historia de los mozárabes de España. - Madrid, 1897. - t. I, pg. 352.

Id. - Glosario de voces ibéricas, etc. - Madrid, 188. - Pág. LI.

Ballesteros Beretta - Ob. cit. - t. II, pág. 116.

soberano, que le nombró su médico y consejero, favoreciéndole con cargos de confianza. Compuso una obra en cinco libros llamada «Al-Ibrisan» (la seda) traducida con el título «Las pleuresías», en la cual dió a conocer a sus colegas musulmanes las doctrinas médicas de los autores griegos que ellos entendieron ser cristianos o romies. El libro de **Yahia-Ben-Ishac** debió influir en la lingüística árabe, haciéndola adoptar la terminología científica hispana lo que corrobora la impugnación de la triste teoría de Leclerc.

Cierra la serie médico-naturalista del califato de Abderramán III el nombre ilustrísimo de **Jalef-Ben-Abbas-Abul-Kassem**, llamado **Al-Zaharavi** y conocido vulgarmente por **Albucasis**.

Nació en Córdoba, o acaso en la inmediata ciudad de Medina-Zahra, siendo imposible señalar con certeza las fechas de su nacimiento y de su muerte. En cuanto a la primera, ningún autor hace mención de ella, limitándose a afirmar que floreció durante el califato de Abderramán III. En cuanto a la segunda, es aún mayor la confusión, dándose por cierto que falleció en 1122 (1). No falta quien sitúa la vida del ilustre médico en el califato de Aihaken II, aumentando el error con la creencia de que ya gozaba de singular prestigio en 1085 (2).

Estas fechas son insostenibles a mi pobre entender. En efecto, el apogeo del califato desenvuélvese con su máxima brillantez bajo Abderramán III y Alhaken II, sosteniéndose gracias al genio militar de Almanzor hasta el destronamiento de Hixem II y abarca el período comprendido desde el 912 hasta el 1002. Síguese una época azarosa de continuos desórdenes que fraccionan y derrumban el magnífico imperio hispano-musulmán atomizándole en los desdichados reinos de Taifas. Ya en el año 1010, había sido incendiada y destruída Medina-Zahra por las hordas bereberes de Suleimán. Más tarde, en 1031, se instauró la República cordobesa hasta su incorporación al Reino de Sevilla en 1070, teniendo que sufrir la dominación brutal de los soberanos almorávides, cuyo gobierno fué desastroso para la civilización arábigo-española, porque prohibidos los estudios filosóficos y abandonado el cultivo de las letras, ya, desde 1091, se desliza rápidamente la decadencia musulmana para terminar en 1236 con la conquista de Córdoba por San Fernando.

(1) Moreri - Grand Dictionnaire Universel.—Citado por Mr. E. Dognée en su prólogo a «La Higiene de Albucasis».—Trad. R. Castejón.—Córdoba, 1925. pág. 17, nota. El Sr. Dognée acepta la fecha de 1122 para el óbito del gran cirujano.

(2) García (Pablo)- Breves apuntes sobre la vida y obras de Albucasis.—Bol. de la R. A. de Ciencias, B. L. y N. A.—Córdoba, 1924. Núm. 9 pág. 271.

De este ligerísimo esbozo se deduce que si **Albucasis** vivió bajo el califato de Abderramán III, de 912 a 961, no pudo llegar a 1122, porque, aún de haber nacido en las postrimerías de este reinado, hubiera disfrutado más de 160 años de existencia, lo que no es verosímil. Si se fija el nacimiento del famoso cirujano en el reinado de Alhaken II, 961 a 976, manteniendo igual fecha para su óbito, habría que atribuirle a lo menos 140 años de longevidad, lo que es igualmente inadmisibile. Ciertamente es que León Africano dice que vivió ciento un años, lo que de ser verdad, y esto está dentro de lo posible, daría para el nacimiento la fecha de 1021, fuera por tanto, del período califal. Por otra parte, cualquier cálculo por el que se le suponga nacido después de 1010, dejaría sin explicación el apelativo de «**Al-Zaharavi**» que significa «habitante de Az-Zahara». Por estas razones me parece más acertado encerrar el ciclo de su vida entre los años 930 y 1012 como límites extremos, con lo cual, reduciéndola al tipo frecuente de setenta, bien pudo alcanzar los tiempos de Abderramán III y vivir y aún nacer en Medina-Zahra, aunque por achaques de salud o por otra causa cualquiera, antes del incendio de la maravillosa ciudad, se trasladara a Córdoba donde finalizó el curso de sus días.

Fue hijo del médico **ABBAS** y, de acuerdo con la costumbre de los árabes, es casi seguro que procedía de una larga generación de ellos. Después de hechos los primeros estudios, fue a continuarlos a Bagdad, donde tuvo por maestro a **Yahia-ben-Djesla**, médico cristiano que abrazó el islamismo (1) y sus estudios de farmacología se basaron en el célebre dispensario de Sabor-Ebn-Schach que ya quedó anotado y no en el de **Abul-Assem-Ebatollach-Ebn-Talmif**, obispo cristiano y médico del Califa, como equivocadamente anota el Sr. Dognée, por cuanto este último vivió en el siglo XII (2).

Se ignora el tiempo que invirtió en Bagdad y, por tanto, cuando regresó a Córdoba, después de recibir el diploma académico reglamentario. A su vuelta se estableció en Medina-Zahra y reunió una importante clientela, reveladora de la elevada reputación que llegó a obtener. De sus producciones científicas de inmenso valor, la que ofrece mayor interés farmacéutico es «Tratado de Higiene» que precede a la parte dedicada a Farmacopea del libro «**Al-Tasrif**» o sea «El Servidor», interesante manual de Farmacia que relaciona los simples y el modo de preparar los medicamentos. Gracias a las ges-

(1) Dognée.—Ob. cit. pág. 24.

(2) Chinchilla.—Ob. cit., t. I, pág. 259.

tiones del distinguido miembro de esta Academia el Dr. D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala, se han podido obtener reproducciones fotográficas de una copia de este precioso libro, conservado en la Biblioteca de la Universidad de Lieja, en la que figuran, en láminas dibujadas por un hábil artista del siglo XV, plantas enteras, raíces, flores, frutos, semillas y productos diversos de unos ochenta vegetales considerados desde el punto de vista higiénico, en su doble aspecto de alimentos y de medicamentos, anotando con singular laconismo la naturaleza de cada materia, su utilidad, las incompatibilidades que se oponen a su uso y el medio de evitar o corregir el daño que del mismo pudiera originarse.

Cada una de estas láminas es un documento de alto valor informativo para el estudio de las costumbres de la época en que se dibujaron; tipos, tra-

jes, edificios y escenas de la vida familiar se reproducen con ingenua y sencilla fidelidad. La colocación de las figuras, el gesto y actitudes de los personajes representados, les dan un gracioso aire de movimiento y vida, de expresivo realismo que contrasta vigorosamente con la rigidez característica de los dibujos y pinturas del primer tercio del siglo XV. Son notables las reproducciones de boticas o herboristerias,



Botica árabe tomada de un manuscrito de Avicena.

indudablemente idénticas en todos sus detalles a las que existieran en tiempos del propio Albucasis y que, con pequeñas variaciones, han llegado a nuestros días. Anchos bocalés de vidrio conteniendo semillas, ungüentos, productos minerales o medicamentos complejos, colocados en orden simétrico en superpuestos anaqueles; grandes cestos y sacos repletos de raíces, flores y otros simples vegetales; el

clásico molino de mano para pulverizar pimienta, mostaza y otros productos; el cucurucho de papel en que el herbolario envuelve las cosas menudas; hasta el ancho mostrador, a la vez mesa de trabajo y de despacho, inmediato a la puerta de entrada, sirviendo de barrera a la peligrosa curiosidad del público y a posibles rapacerías, aparecen en la curiosísima obra tal como podemos ver todavía en antiguas farmacias, en buen hora conservadas en su primitiva y simpática sencillez, probando que son herencia directa e intacta de las boticas arábigas de la Edad Media.

Fué, además, **Albucasis** un consumado alquimista a quien se atribuye la invención del aguardiente (1).

Como digno sucesor de Albucasis en la serie de sabios naturalistas cordobeses de la época califal, nació a la vida terrena en 1126, el gran polígrafo musulmán **Abu-Ualid-Mohamed-Aben-Roschd**, conocido con el nombre de **Averroes**. Sobresalió de tal suerte en sus estudios, que su fama se extendió muy pronto como filósofo, jurisconsulto, médico y naturalista hasta el punto de que, según dice Melchor Cano: «Oraculi loco erat Averrois in scholis, praesertim in Italia» (2).

Son muchos los historiadores que ya desde el punto de vista biográfico, ya del bibliográfico, o en algún aspecto particular de sus trabajos o considerándole como elemento renovador de la Filosofía



Un herborizador. Azulejo de reflejo metálico del siglo XIV, procedente de la llamada «Mezquita de Almanzor», en Córdoba. Dibujo de V. Chicote.

y, por tanto, de la cultura de su época, se ocupan extensamente de este famoso autor. Su producción literaria y científica es verdaderamente asombrosa, pues, según el Índice de Casiri en su «**Biblioteca arábigo-hispana escurialensis**», dejó setenta y ocho obras, muchas de ellas de Medicina. De todas merece especial mención la titulada «**Kitab-el-Kuliyat**», traducida con el nombre de «**Colliget**». Trátase de una especie de Enciclopedia de Medicina, dividida en siete partes, de las cuales la quinta se dedica a los alimentos y medicamentos. Son tam-

bién interesantísimos su «**Tratado de la Triaca**» y el de los «**Simples**

(1) Moreno Espinosa (Alfonso) - Compendio de Historia de España.—Cádiz, 1890. - pág. 115.

(2) Gómez Bravo.—Ób. cit. T. I, pág. 220

medicinales», en que estudia y describe numerosos productos vegetales. (1)

En su tiempo floreció y muy posiblemente sería también maestro suyo en la Academia cordobesa, **Isaac-Al-Phasi**, elevado por sus extraordinarios conocimientos al cargo de «Gaón» o maestro universal, director de la Academia que rigió con insuperable competencia, falleciendo a los 90 años, en Lucena, en 1113. Le sucedió en la dirección de aquella el sevillano Joseph-Levi, conocido por Aben-Mecas, que la gobernó durante 38 años, hasta su muerte, acaecida a los 64 en 1141. Fué maestro de Maimónides, según el cual, de su sabiduría, talento y virtudes, quedarán admirados cuantos lean sus discursos (2).

Entre los naturalistas notables del califato de Alhaken II, es preciso citar al judío **Abrahan-Echelensis-Harun** (3) que, a pesar de su origen y gracias a la tolerancia musulmana, ocupó una cátedra en la Academia de Córdoba, en la cual descolló por sus extensos conocimientos en diversas Ciencias, especialmente en Botánica medicinal; a **Abu-Zacharia-Zahia-Ben-Mohamed-Almudeo** (4) primer médico que escribió contra la teoría galénica de los humores y dejó un libro traducido con el título «**Problemata médica et antilegomena**» que contiene cincuenta proposiciones de medicina contra Galeno, Avicena y Rasis, y a Aben-Samacham que compuso un estudio sobre los simples y un formulario (5).

Contemporáneo de Averroes, aunque no discípulo suyo como algunos biógrafos han asegurado, fué el sabio filósofo **Mosech-Ben-Maiemon**, apellidado **Rambam** y conocido generalmente con el nombre de **Maimónides** (6).

La abundante producción literaria de **Maimónides**, especialmente sus obras de Teología y Legislación, como la titulada «**Mischnad-Thorah**», traducida con el nombre de «Mano Fuerte» y la «**Morech-Neboquin**» que lo ha sido con el epígrafe «Guía de los descarriados», se han publicado y comentado profusamente, haciendo relegar a se-

(1) Colmeiro (Miguel) - La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana.—Madrid, 1858, pág. 189.

(2) García Blanco (Antonio). - Discurso de apertura de la Universidad.—Madrid, 1842, pág. 24.

(3) Chinchilla.—Ob. cit. T. I, pág. 283.

(4) Id. id., pág. 50.

(5) Ballesteros.—Id., T. II, pág. 117.

(6) Caravaca (Andrés). - Moises ben Maimon (Maimonides).—Madrid, 1903.

Goyanes (José). - La personalidad médica de Maimónides.—Bol. de la Academia, 1935, núm. 45, pág. 121.

gundo término su labor como médico y naturalista, en la que, sin embargo, sobresalió notablemente, debiendo a ella y no a su cualidad de filósofo, la protección que obtuvo de Al-Fahdel, ministro del Sultán Saladino, durante su residencia en El Cairo. Sus grandes conocimientos en Mineralogía le permitieron sostenerse cómodamente a su llegada a Egipto, donde se dedicó con su hermano David al comercio de piedras preciosas, hasta alcanzar el puesto de médico del Sultán. Higienista notable se muestra en su libro **«Tractatus de regimine salutis»** dedicado al Príncipe Malek-Abdel, hijo de Saladino. Como farmacólogo se distinguió en sus libros **«Sarh asma al ucuar»** o «Explicación de los nombres de las drogas», pequeño tratado que contiene cuatrocientos seis cortos capítulos, en cada uno de los cuales se ocupa de los diferentes nombres de una droga siendo, por consiguiente, de una importancia capital para conocer las sinonimias de los medicamentos más usados en su práctica y el que con el título de **«Traité des Poisons»** ha traducido el Dr. Rabbínowicz. Este librito fué redactado a instancias de Al-Fahdel y su lectura es interesantísima por las numerosas y curiosas recetas de remedios contra los venenos, clasificación de estos y tratamiento dietético de los emponzoñados. Sirvan de ejemplo las siguientes prescripciones: «Las semillas de limón son un buen antídoto contra toda substancia tóxica nociva para el cuerpo humano, sea introducidas en la picadura (de reptil o insecto venenoso), sea en bebida. Se las emplea de la manera siguiente: privadas de corteza y machacadas las almendras, se toman a la dosis de un mitskal hasta dos dracmas mezcladas con vino o con agua fría». A propósito de la mordedura de perros hidrófobos, recomienda varios remedios y dice: «Este que sigue es más enérgico que los demás: háganse quemar cangrejos, pulverícense y proyéctense las cenizas en el agua para tomar todos los días a la dosis de una dracma», y como tópico para aplicar sobre la mordedura recomienda «la almendra amarga amasada con miel hasta consistencia de emplasto, o bien hojas de menta verde mezcladas con sal y machacadas.

Ahora, a la distancia de tantos siglos y a la luz de las modernas teorías fisiológicas y bioquímicas, en estos tiempos en que la exploración clínica, el diagnóstico y el tratamiento de muchas enfermedades se van reduciendo a problemas enmarcados en el área de la Física experimental, nos parecen extraños y ridículos tales remedios; su misma simplicidad y la sencilla buena fé con que autores tan inteligentes y serios los recomiendan, parece reforzar el aspecto risible de los mismos y, sin embargo, aunque resulte extraordinario y absurdo,

aquellos y otros muchos de parecida vacuidad científica, han permanecido en vigor casi hasta nuestros días. En libros de uso corriente a fines del siglo XVIII, se encuentran recetas como ésta: «Escójase un macho cabrío de media edad, como de cuatro años, que sea sano y que no haya llegado a las cabras, el cual se nutrirá un mes entero con hierbas que tengan virtud de romper la piedra, como son sérpil, perejil, apio, poleo, pimpinela, saxifraga, mijo, hinojo, hiedra, parietaria, filipéndula, culantrillo de pozo y raíces de grama; y en este tiempo se le dará a beber vino blanco, dejándole estar al sol en los días caniculares. Esto ejecutado, se degollará y dejará caer la primera y última sangre, recogiendo solamente la de enmedio, la cual se dejará condensar y después se dividirá en partes pequeñas exprimiendo el agua; luego se colocarán aquellos pedazos en un cedazo de cerdas cubriendo con un velo sutil y se dejarán secar al sol o en horno a fuego muy lento, y después que esté seca la sangre, se pondrá en una caja cerrada en lugar enjuto. Dura un año su bondad, rompe admirablemente la piedra de la vejiga y riñones tomando una dracma cada vez con agua o con vino blanco». Más aún; en la Farmacopea Matritense, redactada bajo la autoridad del Real Protomedicato y cuyas fórmulas y preparaciones eran como es sabido, obligatorias para los farmacéuticos, figuraban, entre otros, los huesos de cráneo humano como remedio contra la epilepsia; el extracto de jugo de lombrices de tierra y el aceite de las mismas, recomendados contra los espasmos nerviosos y dolores de las articulaciones. Como recuerdo superviviente de aquella medicación, la Farmacopea de 1864 conservaba entre los ingredientes de la triaca el tronco decapitado de víboras.

En el fondo, estos remedios, cuyo origen se remonta a las nebulosas Edades prehistóricas, son vi lumbres, presentimientos, balbucesos ininteligibles de una verdad científica sepultada bajo una espesa capa de sedimentos superticiosos y mágicos, de errores de transmisión o de traducción, de ficciones de lenguaje inventadas por el egoísmo unas veces y otras por el miedo. Debajo de esos estratos palpítaba algo cierto y vivo, algo que el trabajo paciente, la observación continua y la experimentación certera, han conseguido sacar a la luz, purificado de las escorias que, como la ganga al mineral, lo encubrían, mostrándolo hoy con toda la plenitud de su brillo y su riqueza en la moderna Opoterapia.

En la brillante cohorte de naturalistas y farmacólogos cordobeses que nimbán con los áureos destellos de su Ciencia el apogeo de la civilización hispano-arábiga, figuran en primera línea:

Abdalla-Ben-Mohamad-Alchaefi-Alsusi (1) que, bajo la dirección de su padre, gozaba fama de filósofo y médico ilustradísimo. Anunció la producción de una epidemia y habiéndose declarado ésta efectivamente, el pueblo se amotinó contra él asesinándole a puñaladas en 1025.

Abu-Alaitán (2), judío, fallecido en 1063 o más bien en 1075, autor de un tratado sobre los venenos y de otro sobre las virtudes de las plantas.

Obaidalla-Ben-Mohamed-Ben-Alvalid, conocido por **Almazaqui**, (3) que fué profesor de Medicina en la Universidad cordobesa.

Amr-Ibn-Abd-El-Rahman-Al-Kirmaní (4) cuyo sobrenombre indica su procedencia de la Persia meridional, porque allí aprendió con sobresaliente aprovechamiento Matemáticas, Astronomía, etc., dejando escrita una obra sobre Filosofía y Ciencias.

Mosech-Ben-Masser (5) que, según **Abu-Zacharia**, escribió un tratado de equitación y veterinaria. Posiblemente debe ser el mismo autor poco conocido citado por Ibn-el-Awan, que escribió varios libros de agricultura.

Garibai-Ben-Said (6) estudió la Medicina y sus Ciencias auxiliares, alcanzando gran reputación como entendido botánico. Dedicó al público su libro «*Secretum Artis Medicae*».

Berhaneddin-Abul-Hassan-Ali-Ben-Kassen-Ben-Arja-Ras (7), que acaso sea el **Abul-Rassem** a quien Moreno Espinosa atribuye el descubrimiento de la esencia de trementina que lleva en su memoria el nombre árabe de aguarrás. De este escritor y médico distinguido, se conserva una obra, «*Particulae auri*», poema de química teórica y práctica en cuatro partes, compuesta de tres mil versos, de la cual existe un manuscrito en la Biblioteca del Escorial (8).

Soleiman-Ben-Hassam (9). Estudió en Córdoba, su patria, Humanidades, Filosofía y Medicina, dejando un libro sobre la vida de los filósofos.

(1) Chinchilla. - Hist. de la Medicina Española.—Valencia, 1841. T. I, pág. 51.

R. de Arellano.—Catálogo de escritores de Córdoba. T. I, pág. 250.

(2) Chiarlene y Mallain.—Historia de la Francia.—2 ed.—Madrid, 1865, pág. 168.

(3) Pavón (F. de B.)—Papeles sueltos.—Arch. de la Acad.

(4) Meyerhof.—Ob. cit. pág.

(5) R. de Arellano.—Cat. de escrit. de Córdoba. - T. II, pág. 286.

(6) Chinchilla.—Ob. cit.—T. I, pág. 49.

(7) R. de Arellano. - Catálogo de escritores de Córdoba. - T. II, pág. 271.—M. Espinosa. - Ob. cit. pág. 116.

(8) Códice 649 fechado en 1557.

(9) Chinchilla.—Ob. cit., t. I, pág. 49.

Abd-El-Rhaman-Ben-Mohamed-Alcaici (1), apellidado **Al-Gathi**, o sea el Gato; fué profesor de la Academia cordobesa y lo cita con elogio **Abul-Khaled-Yasid-ben-Abdelgaabar**, el «**Almaravani**», en sus «Anales de España».

Rabbi-Mosech-Abdala (2), notable comentarista de Hipócrates y Galeno, autor de varios escritos médicos fundados en las doctrinas galénicas y de un libro sobre medicamentos simples que contiene el estudio de diversas plantas.

Abu-Amram-Musa-Ben-Obaidalla-Ben-Maimón (3), con cuyo nombre se ha confundido por algunos autores el del famoso Maimónides, floreció en el siglo XIV y dejó varios libros de Medicina y Botánica.



Haciendo preparativos farmacéuticos. Azulejo de reflejo metálico del siglo XIV, procedente de la llamada «Mezquita de Almanzor», en Córdoba. Dibujo de V. Chicote.

Abu-Beor-Mohamad-Ben-Yahia-Ben-Sayeq (4), llamado **Aben-Pace**, famoso farmacólogo que emigró al Africa donde abjuró el mahometismo haciéndose cristiano, por lo que se concitó terribles enemigos que le quitaron la vida envenenándole en 1535. Fué notable filósofo, poeta y médico distinguido. De su producción literaria se conocen dos libros, uno de ellos sobre Ciencias Naturales.

Issa-Abon-Moreisch (5) por sobrenombre **Sid-Al-Ani**, o farmacéutico, que descolló en Astronomía y en Urología, especializándose en los análisis de orinas, por uno de los cuales pronosticó que la favorita de Almondir daría a luz un hijo varón y, habiendo acertado, hizo una gran fortuna.

Forzoso será terminar esta monótona relación de nombres y noticias que os son sobradamente conocidos y que, por lo mismo, están atormentando más de lo tolerable vuestra paciencia, y para que sirva de broche al brillante cortejo, permitidme que cite al ilustre médico y farmacólogo **Abu-Yafar-Ahmed-Al-Gafequi** (6).

(1) R. de Arellano. - Catálogo de escrit. de Córdoba. - T. II, pág. 252.

(2) Colmeiro.—Ob. cit. - Pág. 145.

(3) Chinchilla. - Hist. de la Med. esp.—T. I, pág. 79.

(4) Id, id.—T. I, pág. 76.—Coyanes.—Ob. cit., pág. 124.

(5) Id., id.—T. I, pág. 76.

(6) Meyerhof. - Ob. cit., pág. 17.

Nació este notabilísimo botánico en Belalcázar, población nombrada por entonces **Gafet**, corrupción árabe del nombre latino **Gahete**. Se ignoran ciertamente las circunstancias de su vida de la que solo se sabe que discurrió en el siglo XIII. **Ibn-Abi-Usaybia**, historiador de la Medicina árabe, hace el elogio de Al-Gafequi y de su «**Tratado de los Simples**», que se encuentra citado más de doscientas veces por **Ibn-al-Baytar**, el famoso naturalista malagueño el cual, según dice el propio Usaybia, llevaba en sus viajes juntamente con la «Materia médica» de Dioscórides, el libro de **Al-Gafequi**. Según el Dr. Meyerhof, que considera al ilustre cordobés como el farmacéutico más original y el botánico mejor de la Edad Media, en dicho libro reproduce íntegramente las descripciones de cada planta o producto hechas por Dioscórides, señala el efecto dinámico de los remedios, según Galeno, y añade las citas de autores griegos, siriacos y árabes para establecer las diferentes formas de las plantas y drogas y su actividad curativa o nociva. El espíritu observador y científico del autor resplandece en toda su obra, acreditándole de sabio de primer orden.

Yá que hemos recordado a los más relevantes sabios cordobeses representativos de un período de cultura tan completa y ejemplar que valió a nuestra ciudad el nombre de «Atenas de Occidente», quedaría incompleta y al parecer sin objeto la nómina de tan esclarecidos personajes si no repasáramos, aunque sea a la ligera, la aportación hecha con sus talentos al acervo de la Botánica farmacéutica y, en general, al progreso científico de España.

Por lo que a la Botánica respecta, los naturalistas árabes, al llegar a nuestra Península, debieron sentir la misma emoción que sintió Loeffling, el discípulo predilecto de Linneo, cuando escribía a su maestro: «España es el Paraíso de los botánicos». Si es verdad que añadieron al tesoro nativo los recursos importados de Oriente, también lo es que la riqueza de plantas espontáneas o cultivadas desde tiempos remotísimos era entonces, como ahora, realmente abrumadora. Y como pequeña muestra de que siglos antes de la invasión árabe eran conocidos y apreciados los preciosos vegetales hispanos, cita Homero, entre otros, al **asfodelo** que, cerca de las «Puertas del Sol», hoy Gibraltar, embellecía la pradera habitada por las almas, de donde nació la costumbre de sembrarlos alrededor de las tumbas, porque, siendo sus bulbos comestibles, sirvieran de alimento a los manes. Plinio hace referencia a la habilidad de los españoles en la extracción de perfumes para preparar ungüentos. El vino, la cerveza y el vinagre, eran familiares para los antiguos iberos; el **Kermes** fué

objeto de activo comercio con los tintoreros fenicios y griegos. En las regiones del Norte se usaban los frutos de la encina en substitución del pan, tal como hoy se hace en algunos pueblos de Portugal. Estrabón habla de la riqueza de cereales de la Bética; las alcachofas y trufas eran cultivadas y estimadas como excelentes condimentos. La vid cubría grandes espacios en Nebrissa (Jerez, según Schulten); el lino y el cáñamo abastecían de fibras a los primitivos telares. No fué la Medicina botánica desconocida por los iberos; cuando los romanos se enseñorearon de los seculares reinos hispánicos, pudieron notar el uso que en ellos se hacía de plantas medicinales, como el hinojo, en oftalmología; la betónica, (así llamada por encontrarse en el país de los betones), en las afecciones gástricas; la amapola, empleada contra la mordedura de los perros hidrófobos; la lechuga que, según el mismo Plinio, curó a César Augusto; el **papaver ibericus**, del que se extraía una suerte de opio tan activo como la que después vino de Oriente. Los cántabros se suicidaban con los frutos del ciprés (1) (1). El olivo, que la leyenda supone traído por los fenicios, era objeto de solícitos cuidados y el aceite de la Bética se importaba a Roma en cantidades considerables. También eran productos andaluces las resinas de pino y la pez, como consigna Estrabón. En Cartagena habia rosas todo el año.

De este riquísimo fondo natural supieron aprovecharse los farmacólogos musulmanes, aprovechando su extraordinario valor con mucha más sagacidad científica y económica que sus sucesores en el dominio de suelo tan fecundo, adaptando los variadísimos productos de nuestra tierra a las formas farmacéuticas más adecuadas y utilizándolos con un criterio más acertado al tratamiento de las enfermedades o a las conveniencias de la industria.

No obstante, fueron muchos los materiales de origen vegetal incorporados por los islamitas al arsenal terapéutico. A ellos se debe el empleo del alcanfor, sándalo, acónito, almizcle y ámbar. El clavo, cubebas, nuez moscada y pimienta, fueron importados por ellos de las lejanas costas de Ceilán y las Molucas y difundidos por las orillas del Mediterráneo; la kamala, los tamarindos, el ruibarbo, la centaura, la coloquintida y el heléboro, son productos valiosos dados a la Medicina por los maestros de Bockara y Bagdad y popularizados por los médico-farmacéuticos cordobeses. Con admirable prudencia rehu-
yeron los purgantes drásticos propagando el uso de otros más suaves

(1) Schulten.—Hispania.—Trad. de Bosch y Artigas.—Barcelona, 1920. Pags 155 y siguientes.

como el sen, la cañafistula, mirobolanos y azufaifo. Extendiendo sus conocimientos botánicos a la agricultura, ellos implantaron en España el cultivo del azafrán, el algodónero, la caña de azúcar, el arroz, el melocotonero, traído de Persia, el naranjo y el limonero, procedentes de Sicilia. Se ha hecho vulgar la creencia de que la palmera fué importada por los árabes y más concretamente se atribuye a Abderramán I la primera plantación, error sostenido por el ilustre historiador Conde, traductor de la bellísima *Kassida* del Emir Omeya a la elegantísima planta (1). Sin embargo, lo cierto es que los palmerales de Elche eran famosos antes de la invasión romana y en algunas monedas de Adriano figura la palma como emblema hispánico (2), pero la palmera nativa no producía frutos abundantes y el arte árabe dió a conocer el procedimiento de fecundación artificial que se empleaba en Oriente.

El ingenio arábigo canalizó ríos, abrió acequias; construyó presas y otras obras hidráulicas que todavía se utilizan en Valencia, Murcia y Granada.

La Farmacia le es deudora de numerosas operaciones y formas medicinales desconocidas en la práctica antes de su llegada a la Península, algunas de ellas completamente originales, como el dorado y plateado de píldoras, siendo muchos los nombres que perduran hasta hoy propios de la terminología farmacéutica arábica, si bien algunos han sufrido una ampliación de concepto, por ejemplo, el alcohol, que primitivamente significaba el sulfuro de antimonio usado en polvo finísimo como colirio, *kohhol*, (es decir, negro), por extensión se aplicó a todo polvo impalpable y más tarde a todo lo que tiene naturaleza volátil o espirituosa, y de ahí al líquido obtenido por destilación del vino. La misma destilación fué inventada por los farmacéuticos y alquimistas árabes, así como los jarabes, loocs, trociscos y pastillas, el uso del azúcar en lugar de la miel y, aunque no pocas de las manipulaciones y preparaciones tienen en realidad su origen en Grecia, fueron ellos quienes las divulgaron e incluyeron en sus farmacopeas, de donde han llegado hasta hoy. Pero, sobre todo, lo que constituye una gloria legítima de los farmacéuticos árabes. es la unión de la Botánica y la Alquimia en sus aplicaciones terapéuticas.

Mucho debe también la industria española a los naturalistas musulmanes: el papel de lino y de cáñamo fué invención de los españoles, como el de algodón lo había sido de los de Oriente; los tejidos y

(1) Conde.—Ob. cit., pág. 48.

(2) Schulten.—Ob. cit., pág. 55.

bordados de seda, los cueros repujados y policromados de Córdoba, la cerámica de reflejos metálicos; el temple y damasquinado de las armas, en cuyo arte compitieron ventajosamente con sus rivales de Damasco, y otras que sería prolijo enumerar.

Arabes fueron los que aplicaron la brújula a la navegación y viajes por el desierto, mucho antes de que se le ocurriera hacerlo a Flavio Gioja, lo mismo que se anticiparon a Bertoldo Schwartz en la aplicación de la pólvora a las armas de guerra.

Volviendo a sus actividades farmacológicas, es admirable el celo que desplegaron en la previsión y descubrimiento de los engaños cometidos por los mercaderes en el comercio de drogas. A este respecto es interesante, a título de ejemplo, esta noticia debida a **Mohamed-al-Sagali**, almotacén de Málaga, en el capítulo 6.º del libro «Hisba» o de inspección de mercancías de dicho funcionario, en que hablando de los drogueros. dice: «ellos falsifican el gengibre con rizomas semejantes que se encuentran en las montañas de Andalucía y lo mismo hacen con el nardo, la canela y la almáciga que substituyen con una resina recogida sobre el terebinto, porque existen en aquellas montañas productos que se parecen a las drogas verdaderas, pero carecen de su olor característico por la diferencia de clima. Y los mercaderes deshonestos los venden con fraude» (1). Esto explica por qué en la literatura medicinal de los árabes se detallan con tanta frecuencia y minuciosidad los sucedáneos de las drogas simples, trabajo tanto más precioso y necesario, cuanto que, según el mismo autor, estaban en uso y eran objeto de comercio más de tres mil especies de drogas, en su mayoría vegetales.

Cierto es que la Filosofía y la Medicina progresaron muy poco bajo la doctrina islámica, pero en cambio fueron objeto de gran atención la Alquimia y las Ciencias Naturales, siendo más notable el impulso que dieron a estas, cuanto que, siéndoles desconocidas hasta muy tarde las obras de Aristóteles y de Teofrasto, puede decirse que eran para ellos Ciencias nuevas y, en cuanto a la primera, el sacarla de la obscuridad y misterio de los templos egipcios, supieron transformarla y engrandecerla con prodigiosos descubrimientos completamente originales en los que se apoya la Química actual, hija legítima de la cultura arábica, la misma que dignificó a la Farmacia, separándola poco a poco de la Medicina, organizándola científica y socialmente, dándole el carácter de función pública mediante reglamentos, inspecciones y demás garantías exigibles para el bien común.

(1) Meyerhof.—Ob. cit., pág 30,

Si a los precedentes datos tan confusa y pobremente expuestos, se unen los que acerca de la Literatura, la Geografía y la Historia, han reunido y comentado con insuperable maestría los beneméritos arabistas españoles, parecerá que bajo el cetro de los Califas Omeyas la civilización musulmana no era cosa pasajera y accidental, sino algo que ofrecía seguridades de permanencia y de creciente auge. En efecto, durante cuatrocientos años fué Córdoba la primera Universidad del mundo, a cuyo seno acudían infinidad de alumnos de las regiones más apartadas y de las religiones más opuestas para adiestrarse en Matemáticas, Lenguas. Botánica, Medicina, Retórica y otras Ciencias dirigidas por los sabios más acreditados.

Centenares de palabras que dan vigor, claridad y armonía á nuestro idioma, proceden de la terminología botánica de los musulmanes, de sus artes e industrias, de sus instituciones sociales, manteniendo vivo y jugoso el recuerdo de su prolongada existencia en España y de su habilidad e ingenio para modificar, haciéndolos más flexibles y adaptables a las conveniencias del lenguaje, gran número de nombres persas, hebraicos o griegos que, después de arabizados, o más propiamente dicho, españolizados, perduran en el léxico corriente del pueblo, han dado la vuelta al mundo con las gloriosas carabelas de Castilla y han servido de piedras sillares en la formación del idioma de veinte naciones de alma y habla españolas (1).

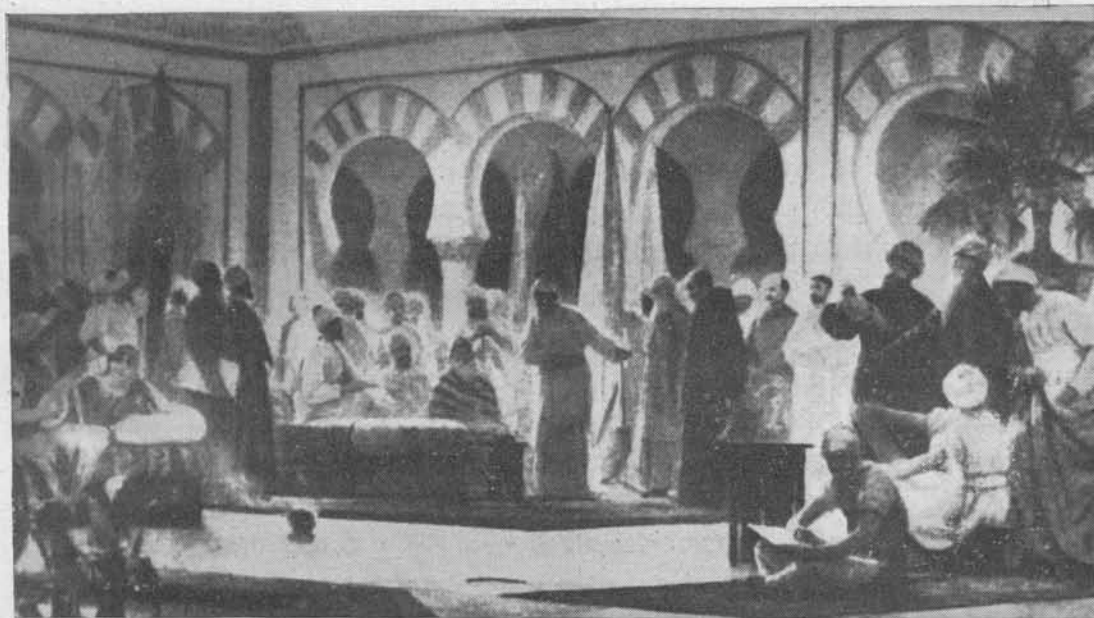
La conquista de Córdoba y, finalmente, la de Granada empujaron a la emigración casi total a los elementos intelectuales, restos del siglo de oro de la Ciencia hispano-musulmana, que buscaron asilo en Fez, Marraqués, Túnez, Argelia y aún más allá, en Egipto y en Siria, a donde se había trasladado la soberanía arábica de Bagdad, arrasando consigo a los centros culturales de Oriente y esta emigración ha contribuído considerablemente al descrédito y menosprecio de la sabiduría arábica que, no obstante, ha seguido produciendo ingenios sobresalientes autores de obras en que todavía resplandece la Ciencia farmacológica hispana.

Las investigaciones y descubrimientos de los alquimistas fueron causa de la introducción en la Terapéutica de numerosos remedios de origen mineral, sobre los que ya venían usándose, aunque en mínima proporción, desde muy antiguo; pero hasta el siglo XVI en que Paracelso se declaró en rebeldía contra las doctrinas de Galeno y

(1) Para el estudio de la nomenclatura botánico-arábica, V. Colmeiro (Miguel).— Examen histórico-crítico de los trabajos concernientes a la Flora hispano-lusitana.— Bol. Rev. de la Universidad de Madrid. - 1870. - Año II.

Avicena, influido, sin duda, por las teorías de Rogerio Bacón, verdadero iniciador de la Iatroquímica, no entró la Química por los campos de la Farmacia revolucionando las clásicas teorías médicas y trastornando el orden establecido y consagrado por los siglos.

Desde entonces hasta ahora, pasando por los tiempos de Van-Helmont, Homberg, Lemery, Scheele, Lavoisier, etc., ha venido perdiendo terreno la terapéutica vegetal, bien que defendido palmo a palmo, ante el avance impetuoso de la inagotable oleada de productos químicos hoy empujados, a su vez, por otras dos nuevas fuerzas que, como más recientes, tienen mayor acometividad: la Opoterapia y la Terapéutica microbiana representada por vacunas y sueros específicos. No quiere decir esto que la materia farmacéutica esté todavía



El monje Nicolás, enviado del Emperador de Bizancio, entrega al Califa de Córdoba Abderrhamán III, un ejemplar del Dioscórides.—Cuadro de Baixeras en el paraninfo de la Universidad de Barcelona.

en trance de desaparecer; aún constituye una de las más firmes bases de la Medicina, porque no en balde ha sido la más abundante fuente de remedios durante más de cuarenta siglos y sigue siendo la gran proveedora de materiales incluso para la Química que, con sus procedimientos de investigación y análisis, ha venido ha constituirse en auxiliar imprescindible de la materia farmacéutica, la cual con este auxilio se va separando cada vez más de la Botánica pura para formar una Ciencia independiente.

Ahora, cuando una gigantesca ola de fuego barre la Tierra, de-

jando a su paso humeantes ruinas y campos ensangrentados, cuando el estrépito y fragor de una guerra apocalíptica pone en riesgo de destrucción total los fundamentos de una civilización milenaria, cuando nuestra patria sufre dolorosas privaciones debidas a la paralización casi completa de las comunicaciones marítimas y terrestres y son muchos los productos necesarios a la Medicina y a la Industria que escasean o faltan, causando gravísimas perturbaciones, es más preciso que nunca volver la vista a nuestra inmensa riqueza botánica, venero inagotable de preciosos remedios y de primeras materias.

Ofrece nuestra provincia, con mayor profusión que ninguna otra de España, la más variada y rica colección de especies botánicas, en su mayoría de valor inestimable. Las herborizaciones iniciadas en la primera mitad del pasado siglo por el P. Muñoz Capilla, Rafael Entrena y D. Fernando Amor y Mayor, aunque limitadas a los alrededores de Córdoba y desgraciadamente interrumpidas por falta de continuadores en labor tan estimable, ponen de relieve que hoy, al igual que en las viejas centurias, cuando iberos, romanos o musulmanes, eran dueños de nuestros riquísimos campos, Córdoba sigue siendo el jardín botánico más frondoso y variado de la Península.

Fija la atención en este hecho y recordando los beneméritos esfuerzos de aquellos eminentes farmacéuticos que, no por ser musulmanes, dejaron de ser cordobeses y españoles, hagamos entre todos, con la urgencia que demandan las dolorosas circunstancias actuales, la labor patriótica y por todos conceptos fructífera de aconsejar y favorecer el cultivo de plantas medicinales e industriales, de establecer laboratorios de extracción de alcaloides y otros productos químicos que los vegetales elaboran con pródiga generosidad, de sustraer, en una palabra, a la Farmacia y a la Industria nacionales de toda influencia extranjera, colaborando con decisión y energía, con el alma elevada a Dios y el corazón abierto a todas las esperanzas, al imperio de una España grande, única y libre.

*Antonio González
Soriano*

Discurso de contestación que, en nombre de la Academia, dirigió el numerario Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

La Real Academia de Córdoba recibe hoy como Académico de número a Don Antonio González Soriano, cordobés ilustre, perito en Ciencias, versado en Letras, discreto en sociedad, virtuoso en el hogar y piadoso en religión.

Hace unos veinte años que pertenece a nuestra Corporación y su constante asistencia, su colaboración asídua, su consejo oportuno y aún su trabajo personal en el arreglo de nuestra Biblioteca, le han hecho más que acreedor a ocupar un sillón de número entre nosotros. Por mi boca, la Academia le expresa la más afectuosa bienvenida.

Acrece nuestro contento al dar la investidura académica a este laborioso paisano, la consideración de que en su persona exaltamos unos apellidos familiares con los que Córdoba y la cultura cordobesa tienen contraída deuda imperecedera de gratitud. Voy a recordarlo para que, remachándolo en público, se estimule con ello el secreto afán cordial del estimado agradecimiento.

Don Antonio González Soriano hereda por ambas ramas, paterna y materna, su amor a las letras patrias, su fervoroso catolicismo y su voluntad infatigable de trabajo.

Por la rama paterna, su abuelo, Don Juan Gualberto González Soriano, que, por curiosa coincidencia, tenía iguales apellidos que sus nietos, aunque de distinto origen genealógico en cuanto al segundo, era natural de Cuenca, donde murió prematuramente, dejando tres hijos, Manuel, Aureliano y Saturio, cada uno de los cuales descolló en su respectivo estudio y profesión.

El primero, de imperecedera memoria en Córdoba, fué el Magistral González Francés, cuyo nombre, así evocado, ostenta una de las calles de nuestra ciudad. Hace más de cuarenta años que murió en Córdoba (nació en Cuenca hace justamente un siglo en este año de 1942), y su recuerdo perdura vivo en la memoria de las gentes. Su ardiente y culta oratoria, sus conocimientos profundos, la galanura de su pluma en el periódico y en el libro, su fecundísima actividad en el sagrado ministerio y en toda clase de obras sociales, piadosas y propagandísticas, le dieron justa fama y le hicieron acreedor a que

en la primera calle de nuestra urbe luzca perpetuamente en mármol, sobre la fachada de las Escuelas-Asilo de la Infancia, de las que puede decirse que fué el verdadero padre y creador, orlando su nombre, la leyenda «Honor y gloria a la caridad y al genio», suscribiéndole el mote: «La ciudad agradecida le tributa este recuerdo». Sería profanar un intento biográfico que tanto se merece aquel ilustre varón, si yo quisiera seguir esbozando los rasgos personales de quien, si no bastaran los mármoles a perpetuarlo, tiene su monumento eterno en las almas infantiles de quienes frecuentan las Escuelas de la calle de Gondomar. Fué académico de número de nuestra Corporación.

Otro tío paterno de nuestro nuevo compañero, Saturio, que murió muy joven, a los veintitrés años, terminadas las carreras de Teología y de Derecho, tuvo tiempo de hacer notables estudios arqueológicos y entre ellos colaboró en la obra del sabio historiador Don Pascual de Gayangos en la búsqueda y primeros intentos de escavaciones en Medina Azahara, hizo la biografía de Alderete, cuyo sepulcro localizó en la Mezquita-Catedral y hubiera sido notable investigador si la muerte no lo hubiera arrebatado en plena juventud.

El padre de nuestro compañero, D. Aureliano González Francés, siguió la carrera de las Leyes y ejerció la profesión de Notario, siendo literato notable y varón virtuoso y caritativo, tanto, que un día, siendo Notario en Chiclana, recibió la inesperada visita del Obispo a la sazón de la diócesis de Cádiz, el sabio y virtuoso Fray Félix María de Arrieta, que deseaba estrechar en sus brazos a quien la fama del pueblo consideraba como un verdadero padre de los pobres; cuando vino a ocupar una Notaría en Córdoba fomentó las tertulias literarias de la ciudad, siendo asiduo concurrente a la del Conde de Torres-Cabrera, cultivando diversos géneros literarios de los que dió buena muestra en su Romance dedicado «A Pura», imitación del siglo XIII, que fué premiado con el título de Socio de Mérito y Cruz de Oro por la Academia de Mont-Real de Toulouse, en su leyenda «Az-Zahara» premiada en el Certamen de la Juventud Católica de Córdoba en 1871; en su poema «La Batalla de Munda» laureado en los Juegos Florales de 1872; en su leyenda histórica «Almanzor» premiado en el Certamen organizado por la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1883; en su otra leyenda poética sobre «La Aparición de la Virgen de la Fuensanta» impresa en 1888, y en otros trabajos literarios relacionados todos con las perfumadas leyendas y tradiciones de nuestra ciudad, que como nimbo de oro ornan la historia del viejo imperio

califal. Don Aureliano murió joven, a los cuarenta y cuatro años, dejando huérfana una larga prole entre la que se contaba nuestro nuevo compañero.

Mucho contribuyó a la formación de éste su tío materno Don Antonio Soriano Barragán.

Procedía este señor de una hidaiga familia descendiente de un noble solar de los Cameros, de la que heredó un carácter enérgico y firme en cuanto se relacionaba con el cumplimiento del deber. Aunque nacido en Alanis, provincia de Sevilla, vivió en Córdoba desde muy niño, cursando en este Instituto los estudios del Bachillerato en Artes y después en el Seminario de San Pelagio los de Filosofía y Teología, recibiendo en él el grado de Bachiller en Derecho canónico y los de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología en el Central de San Cecilio de Granada, ostentando en todos estos títulos la máxima calificación de «némine discrepante». Ordenado de Presbítero en 1866, fué nombrado a los pocos días coadjutor de la parroquia de Santiago y más tarde Ecónomo de la misma, hasta que, en 1879, previa oposición, pasó a ocupar el cargo de Rector y Cura propio de la de San Miguel que desempeñó hasta su muerte. Fué durante muchos años Catedrático del Seminario cordobés, donde explicó diversas asignaturas, especialmente las de Religión y Lugares Teológicos.

A raíz de la Revolución de 1868 y alentado por sus superiores los ilustres Prelados Don Juan Alfonso de Alburquerque, Fr. Zeferino González y Don Sebastián Herrero, escribió y publicó a su costa varias hojas sueltas contra los errores protestantes y masónicos. Fué él quien llevó el peso de aquella polémica que se hizo tan apasionada y popular en Córdoba con el ingeniero inglés Mr. Duncan Shaw, a quien el buen pueblo cordobés llamó «Don Duncan», quien en diversos opúsculos defendía los principios del protestantismo valientemente refutados por Don Antonio Soriano.

Conocidas sus especiales aptitudes de publicista y polemista, fué invitado para escribir en los periódicos católicos de esta capital, colaborando en la revista «La Tradición», fundada en 1869 por el inolvidable Magistral González Francés y el insigne Catedrático de la Universidad Central Don Rafael Conde y Luque, siendo también redactor del periódico religioso-político «El Mediodía», en compañía del ilustre Don Rafael Aguilar y Medina y de Don Aureliano y Don Saturio González Francés, estudiantes a la sazón de la Facultad de Derecho.

Más tarde fundó, en unión del Prelado de Córdoba y del Canónigo

Don Ricardo Miguez, la revista semanal «El Antídoto», redactándola sin otra ayuda casi que la de Aguilar y Medina; fué, asimismo, asiduo colaborador de la revista «El Amigo Católico», fundada por el repetido Magistral y de cuya dirección se hizo cargo, por ausencia de éste, desde Octubre de 1873 hasta el año 1875, en cuya fecha hubo precisión de suspender el periódico por razones políticas. «El Diario de Córdoba» y «El Noticiero Cordobés» cuentan en sus colecciones con numerosos y notables trabajos del señor Soriano, firmados algunos de ellos con el pseudónimo «Un observador». Era el señor Soriano socio correspondiente de esta Academia.

En este ambiente de cultura, trabajo y religiosidad, se formó nuestro compañero. Eligió la carrera de Farmacia en cuya Facultad se licenció en 1910, especializándose en estudios de Química y de Botánica. Por sus trabajos en estas disciplinas fué designado correspondiente de nuestra Academia en Marzo de 1923; Observador de Meteorología en Septiembre del mismo año; Auxiliar del Laboratorio de Minas en 1929; numerario de la Sociedad Española de Historia Natural, con otros nombramientos y cargos a los que se ha hecho más que acreedor.

En el Boletín de nuestra Academia tiene publicados diversos estudios sobre «Fitoquímica»; «Flora de Córdoba»; «Antecedentes químicos del Azul de metileno» y otros análogos en diversas publicaciones. Por encargo del Colegio de Farmacéuticos de Córdoba, redactó un «Informe sobre el cultivo de plantas medicinales», tan acertado y oportuno, que ha debido redactar otro sobre el mismo tema para el Sindicato Nacional de Industrias Químicas que tanto se preocupa de este importante problema de enorme importancia para los intereses patrios.

Para acabar de bosquejar la personalidad de nuestro nuevo compañero, diré que ha sido también laureado en varios certámenes literarios y que es conferenciante ameno y erudito sobre diversos temas culturales.

La Botánica ha constituido tema predilecto de sus trabajos y ha herborizado la flora cordobesa con la delicadeza, diría casi amorosa, que ponen en esta tarea sus cultivadores. Su herbario, en el que llegó a reunir más de dos mil especies, y del que las incidencias de nuestra guerra de liberación extraviaron una parte considerable en Cerro Muriano, hubiera venido a aumentar, mejorándolos, los que a principios del pasado siglo formaron el Padre Muñoz Capilla, ilustre botánico y escritor, su discípulo el competente aficionado Don Rafael

Entrenas y el catedrático Amor y Mayor, y que constituyen los fondos herborísticos con que cuenta la flora cordobesa.

Por este dominio de la Botánica y de su historia fué para mí un precioso colaborador, cuando, con el concurso de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, acometí la edición de los magníficos grabados que guardaba inéditos la Universidad de Lieja en un manuscrito del siglo XV, de preciosas láminas que acaso contenga una Higiene del célebre Albucasis. Don Antonio González Soriano, botánico y latinista, tradujo, salvando dificultades al parecer irresolubles, el pie de dichos grabados que han venido a darnos cuenta del concepto que los antiguos tuvieron sobre los principales alimentos, condimentos y medicamentos de origen vegetal, y de cuyo manuscrito ya han tomado abundante referencia cuantos se ocupan del estudio de la medicina y farmacología de los musulmanes españoles, habiendo sido uno de los últimos comentadores el ilustre médico granadino, recientemente fallecido, Don Fidel Fernández, que tanto ha trabajado en la vulgarización de dichos conocimientos históricos.

De aquí que el trabajo erudito y brillante que acabais de oír y que dá ingreso en nuestra Academia a Don Antonio González Soriano, haya recaído sobre este tema tan sugestivo e inagotable: «Botánicos y Farmacéuticos cordobeses del período musulmán».

Todas las colecciones biográficas, a que tan aficionados son los musulmanes, y las numerosas historias de la Medicina, tanto generales como nacionales que existen, han sido buceadas por el nuevo académico para traer esa linda colección de datos históricos y sugerencias sobre ellos que acabais de oír. La paciencia benedictina de un Al-Faradi, con su diccionario biográfico y la sapiencia de un Colmeiro en historia botánica, han sido emuladas en este resumen sobre los botánicos y farmacéuticos del período musulmán de Córdoba, sobre los que tanto queda aún por descubrir en crónicas intraductas y en archivos inexplorados.

Era, como acaba de decirnos Don Antonio González Soriano, en su bello trabajo, en los tiempos medievales, como reflejo aún del clasicismo pagano, la Terapéutica corriente de base principalmente vegetal. Y tampoco, como sucede en nuestros días, el principio curativo de la planta se basaba en su alcaloide o en su glucósido, en su constitución física o en su preparado oficial. En nuestros tiempos, en los que se llega por deducción analítica al más fino secreto de la complejidad molecular o de la estructura atómica, o se descubre con el microscopio la más delicada entraña de la materia viva, estamos en el concepto antípoda del criterio medieval.

La planta, en aquellos siglos, como cualquier otro medicamento de otra naturaleza, no obraba solo por sí, sino en un armonioso compendio sintético del Universo. Por eso había que sembrarla en tal época, bajo tal o cual signo, con la influencia astral de la luna o de cualquier constelación apropiada, soplando viento determinado, etc., y su cuidado y recolección había de seguir iguales fórmulas semimágicas, dependiendo su virtud curativa de que en el momento de la floración hubiera cantado un ave o titilado una estrella. Era el armónico conjunto de las fuerzas cósmicas el que daba eficacia a la planta o a la flor.

Con esta herencia cultural, los musulmanes harto hicieron rechazando la dedicación pagana de las plantas, con preparar el camino al terreno experimental por el que había de entrar francamente la cultura del Renacimiento, sobre todo a partir del siglo XVII.

Nombres ilustres son los de aquellos hombres de ciencia de nuestra historia califal que figuran en el cuadro de honor de la Universidad y de la Ciencia, y que inauguraron disciplinas científicas. Así Albucasis, padre de la cirugía; Averroes, padre de la Filosofía médica; Azarquiel, el astrónomo; Al-Gafequi, el oculista y tantos otros.

La enorme variedad de la flora española fué campo excelente de estudio para los musulmanes y desde el hecho fundamental de la adquisición del Dioscórides, en tiempos de Abderramán III, de la cual ha dado los datos en su discurso el Sr. González Soriano, entraron estos estudios en terreno científico y no dejaron de enriquecerse con notables aportaciones de médicos, farmacéuticos y naturalistas cordobeses y andaluces en general. Albucasis en el siglo XI, Abenzoar en el XII, y poco después, en el mismo siglo, el famoso malagueño Ben Albeitar y el Nabati o el Botánico, son los principales nombres que escalonan el desarrollo del estudio de la farmacología y terapéutica de los vegetales.

Aún ciñéndose solamente al estudio de los cordobeses, el tema es amplio y lo ha desarrollado de manera magistral el recipiendario. Como aportación a la historia de los estudios médicos y farmacéuticos y como homenaje a las inmortales glorias de nuestra patria chica, el autor merece toda clase de plácemes que la Academia se apresura a concederle.

Rafael Castejón

Algo sobre la Copla Andaluza

Discurso leído en su recepción académica por el numerario Don Antonio Arévalo García, en la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el 22 de Mayo de 1943.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Es costumbre en esta docta Corporación, la de que cuando se recibe un numerario, éste tiene que hacer, si no una acabada biografía, una nota elogiosa de las cualidades de aquél a quien viene a sustituir.

Yo vengo, inmerecidamente y gracias a vuestra benevolencia, a ocupar el lugar que en esta Academia ocupara D. Benigno Iñiguez y González, q. s. g. h.

Fué mi antecesor un poeta notabilísimo, un escritor brillante y un autor dramático de excepcionales condiciones.

Escribió diversas obras, entre las que recordamos, **Cordobesas**, poesías; **El Miedo**, comedia; **Balance**, versos; y su obra póstuma, **Por debajo de la**



Don Antonio Arévalo y García, poeta, literato y periodista. Nació en Bujalance (Córdoba) el 15 de Septiembre de 1876. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente el 18 de Enero de 1913.

piel, novela, amén de otras muchas, todas ellas de irreprochable factura y especial delicadeza.

Por estar aún reciente el fallecimiento de este literato, poeta, novelista y autor dramático que todos conocemos, me limito a evocar su meritoria labor, que dentro de mis modestas facultades procuraré imitar, su acendrado cordobesismo y su caballeroso proceder; y ruego

a Vuestras Señorías un recuerdo piadoso, en honor de su memoria.

Cumplido este deber de cortesía, entraremos de lleno en el tema que informa este trabajo: **Algo sobre la Copla Andaluza.**

Hablar de la copla o el cantar andaluz, es hablar de la mar; por

que es bien sabido que la musa popular y la no popular también, han sido prolíficas en grado máximo y han producido, de manera enorme, esos poemas encerrados en la estrechez de los cuatro y de los tres versos, generalmente.

Tiene, pues, incontables facetas el asunto, y nosotros vamos a ocuparnos de algunas modalidades del mismo, sin otro deseo ni finalidad que los de poner de relieve sus excelencias y los de sacar las consecuencias que puedan derivarse de nuestra modestísima disertación, en beneficio y justo homenaje a nuestra amada ciudad.

Y vamos a *meternos en harina*, como suele decirse, tratando de inquirir, aunque ello sea imposible, la procedencia del canto andaluz, conocido también con los nombres de «jondo y flamenco».

Leyendo el luminoso libro LA MUSICA ARABE Y SU INFLUENCIA EN LA ESPAÑOLA, del insigne musicólogo y arabista incomparable Don Julián Ribera, encontramos que en el repertorio del cantor musulmán Abensoraich, había canciones «que hacen llorar»; otras «que emocionan alegremente»; otras «que provocan la tristeza» y otras «para bailar, o baladas».

Nosotros pensamos en que esas canciones de Abensoraich y las canciones o cantos del arte flamenco, tienen un parecido tan sospechoso, que casi les iguala.

¿Qué son la «Siguirilla gitana o el Martinete», sino canciones que hacen llorar? ¿Qué son las «Soleares», sino un canto que provoca la tristeza? ¿Qué son los «Tangos», «Bulerías» y «Tientos», sino canciones que emocionan alegremente? Y las «Alegrías», «Panaeros» y «Rosas», ¿Qué son sino canciones para bailar?

Es mucho y muy justo el parecido.

El Califa cordobés Abderrahmán II, fué el Monarca español que hizo todo cuanto pudo por aclimatar en España el arte musical de la escuela árabe de Oriente. Tenía en su Palacio departamentos especiales dedicados a las cantoras, a quienes remuneraba y atendía con largueza inusitada.

Procedente de Persia, vino a su Corte ABULHASAN ALI BEN NAFI, conocido con el apodo de Ziriab, cantor excelentísimo, músico ejecutante insuperable y poeta y compositor eminente.

Fué el que añadió la quinta cuerda al laúd y dejó escritas innumerables canciones que el pueblo hizo suyas y cantaba constantemente.

Extracto, literalmente, del citado libro del Sr. Ribera.

«Abenjaldun nos dice que el conocimiento de la música que Ziriab dejó como en herencia a España, se transmitió de generación en generación, hasta la época en que los Gobernadores de provincia y de las ciudades, se hicieron independientes». Estuvo muy difundida esta afición en Sevilla, y, cuando esta ciudad decayó, pasó la música a Africa y Almagreb, donde se notan aún algunas huellas en la actualidad (siglo XIV) a pesar de la decadencia de los imperios africanos».

Era costumbre entre los cantores y cantoras árabes, antes de comenzar una canción, ponerse a tono, para lo cual cantaban un pequeño trozo de la misma; algo parecido a lo que hacen nuestros *cantaos* y *cantaoras* cuando dan la salida, con el ay, ay, ay, o *jiptío* precursor de la copla.

Por último, en el repetido libro hay una lámina, a cuyo pié dice textualmente: ““Escena musical del Códice alfonsí del «Libro de los Juegos» que se conserva en El Escorial.—Una señora cristiana visita a una dama mora, con la que juega al ajedrez, mientras tañe y canta una esclava. Junto a la esclava se ve un jarro de vino, compañero inseparable de la música entre los musulmanes““.

¡Y entre nosotros también, añadido yo!

¡Parece que no han pasado los siglos! Con la lectura del libro del insigne Ribera y algunas de las conferencias de dicho señor sobre la música árabe y la andaluza, se adquiere la certeza de que el canto andaluz, «jondo o flamenco», no es un producto gitano, sino una reminiscencia de las canciones y melodías árabes, en muchos casos, con muy poca alteración del original.

Ahora bien, como el tesoro musical de Ziriab, pasó a Africa y Almagreb, estando antes muy difundida en Sevilla la afición a sus canciones, no sería imposible que bien por la conservación en Sevilla de las tonadas y cantos árabes referidos, o bien por haberlos importado de Africa, con las corrupciones consiguientes, surgiera el cante flamenco, o andaluz, tomando de él los gitanos las melodías o estrofas musicales, que después, con el transcurso del tiempo, ellos mismos modificaron.

Lo innegable es que el arte exquisito de Ziriab se incubó en la Corte del Califa Abderrahmán II, en ella alumbró con destellos de gloria, e irradió sus melancolías a los demás países. También es innegable que el Califa le colmó de merecedes, asalarió a su familia e hizo cuanto humanamente pudo por retenerle a su lado.—El triunfo de la

música de Ziriab en el mundo se debe, pues, a un Califa de Córdoba, cuyo nombre es digno de feliz recordación: Abderrahmán II.

Para corroborar mi creencia de que las bases de las canciones o cantos andaluces son reminiscencias de los cantos y canciones árabes antiguos, os citaré el caso de mi querido amigo Enrique Romero de Torres. Estaba en Constantinopla y fué a visitar una de las mezquitas o santuarios de la ciudad; y refiere que en el interior celebraba sus ceremonias una secta musulmana de las que allí abundan. Y dice que cantaban los fieles una canción casi igual a nuestra «siguiriya» y que, a la par, lloraban a lágrima viva.

¿Sería la canción de Abensoraich para hacer llorar?

Otro gran amigo mío, ilustre arabista cordobés, y que en este momento no se halla muy lejos de mí, hizo un viaje a Marruecos; y cuenta que se extasiaba ante las puertas de los cafetines moros, oyendo los sonidos del instrumento monocorde que usan los musulmanes y sus cantos impregnados de tristeza.

Y cuando le llamaban la atención por que se tardaba, decía: ¡Dejadme, por que me parece estar en mi Córdoba querida, ante las falsetas del mejor de sus guitarristas y ante los cantos únicos de mi tierra!

Quedamos en que el flamenco, el jondo y el andaluz, son cantos que, si no literalmente árabes, legítimos descendientes de los de Abensoraich, Ziriab, los Mosulies y demás sostenedores de la cultura musical musulmana.

Y vamos a otra cosa.

Vamos a los nombres de nuestras coplas populares: Se llama al cante «jondo». Esto está explicado. El cante jondo es una cosa muy seria: tan seria, que el cuarto tono del litúrgico Canto Gregoriano, con muy poca variación, es una malagueña de las catalogadas en referido cante «jondo».

Y como sus restantes canciones, la «Siguiriya» y «El Martinete», son cantos profundamente sentimentales, tristes y hasta lúgubres, si se me admite el símil, de ahí el calificativo de «jondos» que a los mismos se aplica.

Bueno: ¿Y por qué se denomina también flamenco este canto?

Hay distintas versiones: la más corriente es la de que los hombres que lo cultivan, por su indumentaria, se parecen a esos pájaros llamados flamencos; otra, la de que fué importado a España por los

gitanos procedentes de Flandes; y por último, esta, que si no es mía le anda rozando:

En España es tradicional el uso del sombrero de alas anchas, que ha sufrido muchas modificaciones en el transcurso de los siglos, llegando a adquirir su forma más bella y elegante en el siglo XVII. A esta forma se denominó, andando el tiempo, chambergo.

Pero como coincide la mayor perfección y riqueza del sombrero de alas anchas, levantadas de un lado y con adornos de presilla y plumas, usado en España, con la insuperable gracia del usado en Flandes en la misma época, ¿qué de extraño tiene que aquí se dijera ante un rico y airoso sombrero chambergo, por más alabarlo, que era flamenco?

Degeneración de aquel sombrero es el que hoy usan los flamencos; y seguramente se les llama así por el sombrero con que se tocan; el cual, si se deja sin apresto, queda convertido en un chambergo.

Es muy verosímil, que el canto tomara el nombre de los que lo cantaban, que se llamaban flamencos, por que a su vez lo tomaban del sombrero o chambergo que usaban.

Terminadas estas modestas divagaciones, podemos afirmar, que el que está en lo cierto es el que denomina canto andaluz al nuestro, por que de antes, de ahora y siempre ese es su verdadero nombre, como hijo legítimo de nuestra bendita Andalucía.

Y ahora como el que no quiere la cosa, damos un salto de varios siglos y nos colocamos en la segunda mitad del diez y nueve.

En esta época llegó a su apogeo el, vamos a llamarle arte flamenco.

Cantando eran sus sostenedores más poderosos, Silverio Francanetti, Chacón, Juan Breva, El Canario, El Perote, Fosforito, La Parrala, La Trini y otros muchos. El lugar de sus actuaciones «El Café Burrero» de Sevilla.

Los cantos de entonces eran casi los mismos que los de ahora; pero muchos de ellos han desaparecido, tal como les ha sucedido a la Caña, el Polo, el Macho, la Liviana y otros.

No podemos regalar, como hubiera sido nuestro deseo, vuestros expertos y atentos oídos, con los cantos de aquellos verdaderos colosos del cante flamenco, por dificultades insuperables; pero os diremos algunas de las coplas que ellos acostumbraban a cantar:

De **D. Antonio Chacón****MALAGUEÑAS**

Haciendo por olvidarte
 en la cama me metía,
 mientras más dormío estaba
 más presente te tenía
 por que contigo soñaba.

En la tumba de mi madre
 a dar gritos me ponía,
 y escuché un eco del viento
 —no la llames, me decía—
 que no responden los muertos.

A qué niegas el delirio
 que tienes por mi persona,
 le das martirio a tu cuerpo
 tú te estás matando sola
 y yo pasando tormentos.

SOLEARES

Males que acarrea el tiempo
 quién pudiera penetrarlos,
 para ponerles remedio
 antes que viniera el daño.

De **Juan Breva****MALAGUEÑAS**

Se corta una rama verde
 se planta y vuelve a nacer;
 cuando una madre se muere
 no se vuelve más a ver.
 ¡Cosa que tanto se quiere!

Ni la fuente más risueña
 ni el canario más sonoro,
 ni la tórtola en la breña,
 han de llorar, como lloro
 gotas de sangre por ella.

A quién se le habrá perdido
un pañuelo casi nuevo,
en cada pico un suspiro
y en medio un ¡ay que me muerol

SOLEARES

Si no fuera por mi hermano
me hubiera muerto de jambre,
¡nunca le falta a mi hermano
un poquito e pan que darmel

Yo nunca a la ley falté,
que te tengo tan presente
como la primera vez.

Me quitan de que te hable
pero me han dejaito libres
los ojos para mirarte.

No me des tan mala vía
que yo no le doy a naide
del mundo los güenos días.



De "El Canario"

MALAGUEÑAS

Aunque me den más balazos
que adarmes pesa un navío,
no se han de romper los lazos
de este querer tuyo y mío,
hasta morir en tus brazos.

Yo sufro mucho con verte
y sin embargo te miro,
es tan amarga mi suerte
que te quiero con delirio
y tengo que aborrecerte.

De "Fosforito"MALAGUEÑAS

Ar campo me vi a llorá
 donde no me vea la gente,
 por que me hases pasá
 las fatigas de la muerte
 y no te pueo orviá.

Desde que te conocí
 mi corazón llora sangre,
 yo me quisiera morir
 por que mi pena es muy grande
 y así no puedo vivir.

De "El Perote"MALAGUEÑAS

Hasta ayer no supe yo
 lo que valía una madre,
 que estando malo en la cama
 ella vino a visitarme
 y a mí se me alegró el alma.

De "La Trini"MALAGUEÑAS

Cuando me pongo a pensar
 lo lejos que estoy de tí,
 no me canso de llorar,
 por que sé que te perdí
 para no verte jamás.

Más valía en ocasiones
 estar loco y no sentir,
 por que el sentir causa penas
 de esas que no tienen fin,
 y el loco vive sin ellas.

De Dolores "La Parrala"

SIGUIRIYA

De estos malos ratitos
que yo estoy pasando,
tiene la culpa mi compañerito
por quererlo tanto.

De Silverio Franconetti

SERRANA

Cuando sale la aurora
sale llorando,
pobrecita y qué noche
estará pasando.
Por que la Aurora
de día se divierte,
de noche llora.

MACHO

Dice mi compañera
que yo no la quiero;
cuando la miro, la miro a la cara,
el sentío pierdo.

CAÑA

El que siembra en mala tierra
qué fruto espera cogé:
que el trigo se güerva piedra
y que no llegue a nasé.

SIGUIRIYA

Jerío de muerte
en el hospitá,
he resibió carta de mi madre
y me eché a llorá.

POLO

En Carmona hay una fuente
con catorce o quince caños,
con un letrero que dise
¡Viva el Polo sevillano!

LIVIANA

Campanita de plata,
reló de marfí;
como esperando, esperando estaba,
de tu boca el sí.

SOLEÁ DE CAMBIO

Ya se le secó la rama
al arbo que más quería,
que por mucho que lo riego
no prevalese en la vía.

JABERA

Los suspiros de un cautivo
no pueden llegar a España,
por que está la mar por medio
y se convierten en agua.

RONDEÑA

Cuando se corta una rama
el tronco siente el dolor,
las raíces lloran sangre,
de luto viste la flor.

Como habreis podido apreciar, el cantador más completo era este último, por que dominaba todos los estilos entonces en boga.

Generalmente, era en el Café cantante donde se podían saborear estas coplas, como antes hemos dicho.

¡El Café cantante! ¡Recuerdo de otros tiempos!

Era un gran salón, en cuyo fondo se alzaba *el tablao*. Los artistas subían a él por una escalerilla de madera muy estrecha; alumbraban

la estancia varios quinqués de los llamados de media luz, que casi siempre era bastante menos de media, y que despedían un tufillo impertinente y pegajoso; mujeres no había entre los espectadores, todos eran hombres; artesanos, gentes de campo y alguno que otro de profesión más distinguida, labrador o propietario de olivos o tierras de pan llevar. Todos vestían igual: pañuelo de seda en la cabeza anudado a la nuca, sombrero calañés, camisa blanca de bullones y cuello pequeño, del que salía y se extendía sobre la alba pechera, cual si fuera un chorro de sangre, la corbata roja, sostenida por el anillo de oro de la novia o de la esposa; chaquetilla corta de terciopelo, faja de seda, calzones de portalón, que se abrían hacia el lado derecho, medias blancas de algodón caladas; y como sirviendo de pedestal al cuerpo airoso y resaltar más su arrogancia, las botinas de becerro cordobés respunteadas con seda verde, formando distintos dibujos y arabescos.

Había algunos tipos con patillas de *boca e jacha*, de pié junto a las paredes, llevando en el hombro izquierdo la manta zamorana cuidadosamente plegada; lo cual no impedía que por la fisura de un pliegue indiscreto asomara el agujero negro, profundo, terrible, de la bocacha o del trabuco.

Se tomaba café con aguardiente (era la moda) y de vez en cuando la atención se fijaba en Dolores *La Parrala*, que ascendía al tablado por la estrecha escalera, a cantar su número, unas siguiiriyas que le acompañaba un tocaor de postín:

Soy esgraciaita
hasta en el andar,
por que pasito que yo doy p'alante,
se vuelve pa atrás.

La ovación era de las que hacen humo.

En este ambiente de hombría, sonaba la copla andaluza, expresión del alma de un pueblo grande y noble y a la par valeroso, para el que no hubo nunca quien frenara los arrolladores impulsos de su corazón.

Aquél tiempo pasó: hablemos del presente.

Al comenzar el presente siglo se acentuó, de manera alarmante, la decadencia que en el arte flamenco se inició en las postrimerías del XIX.

Pero todavía se cantaban bastantes estilos y eran frecuentes las

manifestaciones que se hacían del canto, el toque y el baile que integran el arte referido.

Nosotros vamos a concretarnos en este trabajo, a los estilos más corrientes en Córdoba, pues la enumeración de todos los que son usuales en la que llamamos tierra baja y Levante y su somero comentario, sería cuestión de varias horas o de varios días, si se quiere.

Y sin más dilaciones, entremos de lleno en materia.

El Martinete, la Siguiriya, las Soleares y las Malagueñas, son para nosotros los cuatro pilares que sostienen enhiesto el cante jondo y que conocemos como base del mismo.

Los dos primeros, la Siguiriya y el Martinete, tienen un carácter completamente gitano hasta el punto de nombrarse cantes *fragüeros*, por que en la fragua y al son de los martillos sobre el yunque, los cantan los *cañís* de un modo inimitable.

También se cantan con acompañamiento de guitarra y haciendo *son* con las manos.

Veamos las letras:

SIGUIRIYA

— —
Fragua, yunque y martillo
funden los metales,
pero el cariño que yo a tí te tengo
no lo rompe nadie.

Este canto es triste, desgarrado, desesperado a veces, y llega al alma con sus fatalidades, sus celos irremediables y sus quereres y sus colores.

Leyendo yo una revista ilustrada de Barcelona, correspondiente al día 15 de Marzo de 1935, tropecé con el suelto que voy a leer y que es interesante por que se refiere a Córdoba y al origen de la Siguiriya. Dice:

«Entre las distintas versiones que corren acerca del origen de la seguidilla, la que parece más verdadera es la que lo atribuye a un berberisco de origen plebeyo, que vino huído a España, a fines del siglo XVIII, para librarse del Bajá de su país, que quería decapitarle por haber puesto los ojos en su hija. Ese berberisco, desconocedor de nuestra lengua, pero con gran instinto musical, dió a conocer sus coplas en el primer café cantante que se estableció en Córdoba. Un popular cantaor, apodado *El Niño de la Charpa*, reformó en 1870 la seguidilla, dándole el giro que aún conserva hoy».

Nos remitimos al suelto; y sería curioso, en extremo, confirmar rotundamente su contenido, por haber sido, según él, Córdoba, el lugar en que se cantó por vez primera, ese monumento de copla, que es la siguriya.

Más letras:

En el hospitalito
a manita erecha,
tiene la mare de mi arma
la camita jecha.

Si yo supiera cual es la lengua
que de mí murmura,
yo la cortara por enmedio enmedio
hasta ejarla mía.

Esta última letra la cantaba la *Niña de los Peines* como nadie y yo deseo ardientemente que la siga cantando por muchos años.

MARTINETE

La primer muerte que jise
fué en la plasa de Jerez,
en la puerta e una taberna
por causa de una mujer.

¡Mare mía de mi almal
¡Pare mío qué vergüensal
que se enteren los gitanos
que tengo la fragua en venta.

Este canto gitano es de lo más hondo del Flamenco.

Citaremos el caso del mejor cantador de Martinetes, que, según referencias dignas de crédito, ha existido; era gitano desde la cruz hasta la fecha y se llamaba *Juan Pelao*.

La copla suya, por que era suya, es la siguiente:

Esgrasiaito aquer que come
er pan por manita agena,
siempre mirando a la cara
si la ponen mala o güena.

Esta copla le valió muchos y buenos regalos y la estimación de cuantos la escucharon, donde generalmente la cantaba, que era en

una taberna del barrio del Baratillo de Sevilla. Es mucha copla, decimos nosotros, al mismo tiempo que nos descubrimos emocionados.

Vamos con el tercer pilar, que son las

MALAGUEÑAS:

Este cante no es preciso decir de dónde es, por que él lo dice solo. Por nuestra parte diremos que es un cante limpio, sano, sincero y expresivo sobremanera, de tal modo que es apto para expresar los más diferentes estados del espíritu y los sentimientos más diversos del corazón.

La rondeña malagueña
en dónde la has aprendió,
en la orillita del mar
a la sombra de un navío.

— —

Tú le pedites a Dios
que mi madre se muriera,
y mi madre se murió;
y ahora, busca quien te quiera
que ahora no te quiero yo.

— —

A las piedras las quebranto,
a los árboles blando,
al toro bravo lo amanso
y a tí, serrana, no puedo
ni con risas ni con llantos.

— —

Una mujer me ha besao
solamente por amor,
yo de alegría he llorao,
que nadie sabe el valor
de un beso que no es compraio.

— —

La tierra con ser la tierra
no calmará mi dolor,
al pié del almendro estuve
y no le cogí la flor.

Si es que piensas darme achares
quitándome tu querer
y estás pensando olviarme,
eso mismo voy yo a hacer
para de tí no acordarme.

Copos de nieve en tu cara
parese que van cayendo,
mientras más copos te caen
mejor me vas pareciendo.

Yo nunca podré negar
que te quiero con locura,
mira si te quiero bien
que hasta me dá calentura
cuando pienso en tu querer.

Un cantaor, malagueño por excelencia, es el Sr. D. Cayetano Muriel, *Niño de Cabra*, a quien todos, o casi todos conoceréis, o por lo menos habreis oído hablar de él.

Ya está viejo, pero bien viejo, pero todavía canta mejor y con más estilo y arte que muchos que se creen que son algo en eso del cante flamenco. Canta de todo, pero sus malagueñas son inconfundibles:

Si me dán en mi agonía
la vida por aborrecerte,
yo no lo consentiría,
prefiero mejor la muerte
que vivir sin tí ni un día.

No pasaremos adelante sin recordar en este punto, al que nosotros reputamos como el mejor cantaor de flamenco que hemos oído,

Nos referimos a nuestro paisano Rafael Bezares Cabello.

Era algo mayor de edad que nosotros.

Iba a casa con frecuencia, cuando chaval, a ver a nuestro querido padre, para que le proporcionara, con su influencia, lugar donde cantar, para poder vivir del producto del cante.

Por esto, yo le oía con bastante frecuencia.

Tenía una voz de ángel, aquella voz era sobrenatural.

Había que oírle su malagueña favorita:

Por una montaña oscura
vuela una paloma triste,

va en busca del bien que adora,
no hay rincón que no registre
¡con qué sentimiento llora!

También recordamos que cantaba estas otras:

Al campo me fuí a llorar
dando voces como un loco,
y hasta el aire me decía
que tú querías a otro.

Las estrellitas del cielo
se vuelvan granos de sal,
y me caigan en los ojos
si yo te vuelvo a mirar.

Sirva este recuerdo como homenaje al cantor insuperable, que de haber seguido cantando flamenco, hubiera sido el número uno en el mundo, y más le hubiera *valido la capa*.

Y vamos con el cuarto pilar de sostén: las SOLEARES. De esto de las Soleares hay mucho que hablar. Y lo primero que tenemos que decir es que son nuestras, es decir, de Córdoba.

¿Por qué decimos esto? Por que este cante es suave, sentimentalísimo... árabe puro, cordobés del todo.

Me ha daito esta mujer
el pago de la colmena,
que en sacándole la miel
se tira el corcho o se quema.

Esto no puede ser más que nuestro.

Esta serrana camela
cosas que no están en orden,
pues quiere que yo la quiera
teniendo quien se lo estorbe.

Si me desprecias por pobre
digo que tienes razón,
yo he despreciao a muchas ricas
por pobres de corazón.

Yo voy a la fuente y bebo
y el agua no la aminoro,
lo que hago es que la aumento
con las lágrimas que lloro.

¿Qué tal? ¿Son o no son de aquí?

Veamos unas SOLEARILLAS:

Voy como si fuera preso:
detrás camina mi sombra,
delante, mi pensamiento.

Si el querer que puse en tí
lo hubiera puesto en un perro,
se vendría tras de mí.

Has de venir en busca mía,
como buscan los pastores
a las ovejas perdías.

Nosotros creemos que las Soleares son de raigambre cordobesa, fundando nuestra creencia en que tenemos un estilo propio, de dicho cante, que ha merecido los honores de la imitación por parte de artistas famosos y desde tiempos muy lejanos.

Ese estilo de Soleares; puramente cordobés, es el que cantaba Ricardo Moreno (Onofre), a quien se atribuye la paternidad del mismo. La razón de esto es que no hubo, ni hay, quien lo cante como él lo cantaba.

Siempre predicando en tí
como un padre misionero,
no te he podido traer
al camino verdadero.

Mientras más jondito un poso
más fresquita sale el agua,
mientras más te estoy queriendo
más falsas son tus palabras.

En toas las partes del mundo
sale el sol cuando es de día,
para mí sale de noche
¡que hasta el sol va en contra mía!

Mientras mi cuerpo esté entero
dentro de la seportura
te tengo que estar queriendo.

Hemos relatado los cantos que nosotros creemos fundamentales, del arte flamenco. Esto no quiere decir que los demás sean inferiores, pues bien sentidos y bien cantados, todos merecen nuestra más profunda atención

Situamos como primero entre dichos cantes, las

CARCELERAS

Mare dígame usted al Juez
que mi causa finalice,
que en las manos de los Jueces
las causas echan raíces.

Tengo yo una lima sorda
que me lima el corason,
suspirando me anochece
llorando me sale el sol.

En el patio de la cárcel
hay escrito con carbón:
«aquí el bueno se hace malo
y el malo se hace peor».

Salí al patio de la cárcel
miré al cielo y dí un suspiro:
¿dónde está mi libertad
que tan pronto la he perdíol

Este cante, completamente carcelario, tiene toda la tristeza de los presos, de esos seres desgraciados que, casi siempre, no se dan cuenta de su situación, hasta que se desvanecen los vapores del alcohol o se aquietan los rencores pasionales.

Oyendo estas coplas, parece que, a lo lejos, se adivinan los sonos de la campanita de la santa caridad, y la silueta macabra del patíbulo.

Otro cante de los catalogados como de segundo lugar, son las

SERRANAS

Yo crié en mi rebaño
yo crié en mi rebaño
una cordera,
de tanto acariciarla, se volvió fiera.

Y las mujeres
de tanto acariciarlas
fieras se vuelven.

De sepulcro en sepulcro
fui preguntando
si había enterrao algún hombre
que murió amando.
Respondió uno:
mujeres, a millares,
hombres, ninguno.

La creencia más generalizada, es la de que este estilo nació en la serranía de Ronda, que fueron los contrabandistas sus autores, pero nosotros creemos con el mismo derecho, que los contrabandistas y bandidos que abundaban en Sierra Morena, fueron los creadores de este cante, melifluo, excesivamente sentimental y algo pegajoso. Pero muy bonito.

Otro estilo, que pudiéramos llamar *adjunto*, son las Guajiras. Ya saben ustedes que las guajiras proceden de Cuba y que sus coplas, huelen a buen tabaco y saben a azúcar de pilón y a café de caracolillo ¡Ayl.

Son décimas o espinelas. Veamos:

GUAJIRAS

Si blandamente murmura
arroyo que se desata,
brillante girón de plata
entre alfombra de verdura,
si gorgea en la espesura
amoroso guatimí
y zumbando el colibrí
gira, vuela, viene y vá...
que importa, mi mente está
chiquilla, pensando en tí.

En vano bajo la palma
invoco la inspiración
pues ya de mi corazón
perdí la preciosa calma.

Sólo me queda en el alma
 un amargo sinsabor
 que atándome con rigor
 tiene mi pecho cautivo
 y gimiendo, porque vivo
 suspirando por amor.

El *Canario Chico*, un cantaor que conocimos y acompañamos con la guitarra, cantaba siempre esta letra:

Es del artista la vía
 un puro padecimiento,
 más la pasamos *contento*
 y al parecer divertía.
 La pasamos distraía
 porque vivimos cantando
 y muchos ignoran cuando
 la desdicha nuestra es tanta,
 que a veces la boca canta
 y está el corazón llorando.

Con sus imperfecciones y todo, es muy sentida.

Un estilo incorporado al cante jondo es la Saeta. Prueba de ello es que la cantan por Martinetes, por Siguiriyas y por Carceleras, es decir, por todo menos por Saeta, que es por lo que debiera cantarse.

No somos partidarios de otra saeta que no sea la cordobesa; esa saeta limpia, clara, vibrante, sentida, que como un dardo de luz sale de la boca del pueblo; y ora suplicante, ora llorosa, siempre llena de esperanza y de fé, va a clavarse en el amoroso seno de la Dolorosa, o en el costado sangrante del Crucificado, para dejar en ellos la miel de una endecha, o el perfume imperecedero de la gratitud.

Cristo de Gracia, te pido
 vuelvas la cara hacia atrás,
 y a los ciegos le des vista
 y a los presos libertad.

Es María más bonita
 que la azucena en el campo,
 que la rosa en el rosal
 y la nieve en el barranco.

Mírala por donde viene
por aquella serranía,
no la pintan los pintores
más hermosa que venía
la Virgen de los Dolores.

Y así seguiríamos si el tiempo no apremiara, cantando en saetas la belleza infinita de la Madre de Dios y pidiéndole mercedes a su Divino Hijo.

La saeta cantada por Martinetes es, naturalmente sentidísima. Pero les ha dado a los cantores o cantoras por añadirle a manera de estribillo lo que sigue:

Como eres pare de almas
Ministro de Cristo.
Troncón de la Madre Iglesia Santa
y arbol del Paraiso.

Como se vé esto es una cosa absurda e ininteligible e indescifrable y yo ruego desde aquí humilde y encarecidamente a quienes cantan saetas, se abstengan de añadirles esta especie de jeroglífico versificado y se abstengan también de cantar otras letras que no sean las que con nuestras devociones y nuestras benditas Efigies cordobesas tengan relación.

Otro canto muy conocido y ejecutado son las GRANADINAS:

La Virgen de las Angustias
la que vive en la Carrera,
que esa Señora me falte
si no te quiero de veras.

— — —
Granada, calle de Elvira
donde viven las Manolas,
las que se van a la Alhambra
las cuatro y las cinco solas.

— — —
Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oír,
la campana de la Vela
cuando me voy a dormir.

Son muy parecidas a las Malagueñas, si bien *tiran* un poco al cante de Levante.

Otro estilo muy conocido es la PETENERA.

Según referencias dignas de crédito, el insigne Rodríguez Marín, en un trabajo notable, como suyo, ha demostrado que la petenera no es la petenera, sino la Patenera, pues era de Paterna, en la provincia de Huelva; y lo de petenera es una corrupción del verdadero vocablo.

La tal hembra debió ser de las de malas ideas y peores hechos, pues ya lo dice la copla:

Quien te puso petenera
no te supo poner nombre,
te debía de haber puesto
la perdición de los hombres.

Sea de ello lo que quiera, esta tonada o canción, incorporada al cante flamenco, es preciosa y se canta a la guitarra y al piano generalmente.

Os diré algunas letras de TANGOS.

TIENTOS

Vive tú tranquilita en el mundo
porque yo no tengo malita lengua;
yo no tengo mala lengua
yo no tengo mala lengua,
lo que ha pasao éntre los dos
no lo sabe ni la tierra.

Este tango es de un sentimentalismo y de una tristeza muy grande:

Toita la noche me tienes
sentaita en el balcón,
Sentaita en el balcón,
sentaita en el balcón
y cuando siento tus pasos
y cuando siento tus pasos
se me alegra el corason.

Otro tango muy triste:

LOS LOBITOS

Anoche soñaba yo
que los lobitos me comían,
y eran unos ojos negros
que llorando me decían:

Por Dios no me desampares
que me falta la caló
de mi pare y de mi mare
y en faltándome la tuya
no tengo caló de nadie.

EL ALIBÚ

Si quieres saber mi nombre
el mio y el de mi hermana,
yo me llamo, yo me llamo
y ella se llama, se llama
yo me llamo Julián
y ella se llama Juliana.

Alibú marchar alibú, alí bú marchar alí bú
por tira tira tibú, alibú, libú, libú...

Como ustedes ven, tiene su poquito de *chufla*.

No quiero cansar más vuestra atención benévola, pues aunque en la letra hay algunas variaciones, resulta monótona la enumeración de los estilos sin oír la música, que es el alma de la copla.

Voy a deciros unas ALEGRÍAS, ROSAS o JUGUETES, que de todas esas maneras se llaman, y son propias para bailar:

En la fuente del pilar
que está orilla e la montaña,
cayó una lágrima mía
y el agua se puso amarga.
La confitera, la confitera
me da pasteles, pá que la quiera.

Calle de la Espartería
es anchita y larga,
y cuando pasaba mi compañerita
toita la llenaba.

Y por último os diré unos FANDANGUILLOS.

También son propios para bailar y los hay de Huelva, de Lucena, del Alosno.....

Uno de Huelva:

Cabayo que en treinta pasos
anda, trota y galopea,
ese cabayo merese
un atajarre de sea.

Otro, de Lucena:

Si Araceli tú te llamas
nunca lo tengas a menos,
porque Araceli se llama
la Patrona de mi pueblo.

Otro, del Alosno:

Jarrierito, jarrierito
tomosté estos treinta reales
y yeve osté a mi morena
hasta los mismos bardales
del pueblo de Cartagena.

El fandanguillo es una copla alada, sencilla, fácil, que no requiere grandes facultades en el que la canta. De ahí que hoy no se cantan más que fandanguillos; y como por lo general cada cantaor cree tener un estilo propio, ni lo que cantan es fandanguillo ni es nada. Y así nos crece el pelo.

Había, antiguamente, un fandango de altos vuelos, de fina y punzante intención, que era preciso saber cantarlo, porque tenía categoría de Malagueña, pues sus *tercios* se parecían mucho a los de ésta.

Vaya tres letras:

Si tu madre quiere usía
anda vé y dile a tu madre,
que hay quien se llama rosquilla
y se está muriendo de hambre.

Cada vez que considero
que tengo un amor ingrato,
no sé como no me tiro
contra un colchón y me mato.

Anda diciendo tu madre
que no me quiere por sordo,
y yo no te quiero a tí
chiquilla, por lo que oigo.

Hemos pasado una somera revista a los estilos que por acá han tenido más importancia a primeros de este siglo, algunos de los cuales o han desaparecido totalmente, o han caído en el olvido, que es igual.

Vivimos en el reinado del fandanguillo a todo pasto; así está el cante flamenco, *achicao*, tan grande como es.

Tan grande, que en sus fuentes purísimas bebieron esos grandes músicos que se llaman Falla y Turina; y los nuestros, Martínez Rucker y Eduardo Lucena, ya desaparecidos para desgracia nuestra y del arte, cuyas composiciones magistrales tienen efluvios imperecederos de coplas del pueblo andaluz.

Para que podáis formar juicio del acervo del cante flamenco, enumeraré los estilos que yo recuerdo:

«Siguiriya», «La Debla», «Martinete», «Rondeñas», «Malagueñas», «Peteneras», «Granadinas», «Cartageneras», «Tarantas», «Vidalitas», «Milongas», «Caracoles», «Serranas», «Soleares», «Garrotín», «Guajiras», «Bulerías», «Saetas», «Fandangos», «Fandanguillos»-

¿Qué hacer para que lo existente del cante flamenco no se pierda y restablecer, en lo posible, lo perdido?

Nosotros creemos, que así como en nuestros Conservatorios de Música hay clases de piano, de violín, de solfeo, etc., pudiera haber también una que se denominara de cante flamenco o andaluz.

Así podría lograrse que «La Caña», «El Polo», «El Macho», «La Liviana» y otros estilos perdidos, volvieran a restablecerse. y con su incomparable belleza adquiriera el flamenco su importancia de otros días.

Claro que esto tiene sus dificultades, como todas las cosas de este mundo; pero con paciencia y buena voluntad podría llevarse a cabo la innovación que apuntamos, por si la quieren recojer los llamados a ello.

Vamos a otra cosa.

El cante flamenco tiene muchísima más emotividad, más belleza, oído en una reunión de aficionados de verdad, que lo escuchen religiosamente, que lo *paladeen*, si se me permite el símil, que escuchado como fin de fiesta en algún espectáculo, pues por muy bien que lo interpreten, habrá perdido uno de sus mayores encantos: el de la intimidad. Por eso cuando se reúnen unos cuantos amigos a escuchar el cante flamenco, siempre hay quien diga antes de empezar la sesión: Vamos, que estamos los cabales, que quiere decir que no hay nadie de sobra.

También tiene un gran encanto oír una copla al azar.

Caminamos por la típica calle Montero, del castizo barrio de San Agustín. Sin saber cómo, nos hallamos frente a una casa que tiene abiertas de par en par la puerta de la calle y la del patio; en éste, los arriates ostentan el incipiente verdor de la albahaca; los audaces dompedros muestran sus torcidas gallardías; y en la pared, blanca

como el ampo de la nieve, las gitanillas contonean sus flores polícromas y las clavellinas encarnadas, parecen pequeñas bocas de mujer.

Cantan los jilgueros en sus jaulas de caña, y el surtidor desgrana su chorro de plata en el pilón de la fuente.

En el portal de la calle, una joven morena, los brazos al aire, enjalbega el muro con el movimiento rítmico propio de este quehacer, al mismo tiempo que canta en tono de malagueña:

Estoy queriendo a un moreno
y a mi mare no le gusta,
pero en queriéndolo yo
tiene licencia absoluta.

Esta copla queda grabada para siempre en nuestra memoria, y de nuestra retina no se aparta en buen tiempo la visión de la casa del típico barrio de San Agustín.

Dice mucha gente que el cante flamenco es plebeyo. Bien.

¿Qué quiere decir plebeyo?—que es de baja condición, porque así son los que lo cantan—¡Mentira, digo yo!

El hombre flamenco de verdad, no el de *guardarropía*, es de carácter franco y propicio a la alegría, amigo de sus amigos, de trato afable y sobre todo, *dadivoso, rompío, echao pa alante*:

Mira qué flamenco soy,
si el corasón me lo pides
me lo arranco y te lo doy.

Claro está que por regla general, es la gente del pueblo la que canta el flamenco, es decir, *lo suyo*, pero esto no quiere decir que lo desdeñen las clases más elevadas.

Recordemos que Juan Breva cantó ante S. M. el Rey Don Alfonso XII varias veces, y que cada vez que cantaba le regalaba un magnífico alfiler de corbata con sus iniciales y la corona Real.

Cuando murió Juan Breva, dejó, si la memoria no me es infiel, doce alfileres de corbata, lo cual quiere decir que cantaba a S. M. con bastante frecuencia.

Hablamos de la copla andaluza y de quienes la cantan.

Más si en otro que tratase este tema sería imperdonable falta al

aludir a la copla, no mencionar a los que la pintan (porque hay pintores de coplas) en nosotros la falta sería una traición a los sentimientos de entrañable amistad que nos unieron al mejor pintor de los cantares populares; y no hay que decir que me refiero a Julio Romero de Torres. Los cuadros de Julio son eso: coplas; el verso hecho carne de mujer, los colores enhebrados en hilillos de suprema armonía.

El mago pintor, gustaba decir las coplas además de pintarlas; y así como para sus lienzos inmortales, buscaba los marcos más artísticos y más a tono, también para decir las coplas elegía el lugar y el momento más oportunos.

Los lugares eran la plaza de los Dolores, la de Santa Marina, la de San Lorenzo, los callejones de la Judería... La hora, de las doce de la noche en adelante.

Veamos algunas de las coplas:

Dices que no la quieres
ni vas a verla,
pero la vereita de tu casa a la suya
no cría yerba.

Por la calle arriba
por la calle abajo,
¡cómo paseabas anoche ese cuerpo
que yo quise tantol

Quién fuera la luz
que de noche te alumbra y se apaga
donde duermes tú.

¡Qué quieres que tengal
Que aquella carita de cera virgen
se la va a comer la tierral

Estas coplas las decía con cierto énfasis y emocionado.

El maestro se fué para siempre, pero para siempre quedan vivos, entre nosotros, como las coplas, su obra sin igual y los esplendores de su gloria.


SEÑORES ACADÉMICOS:

Hemos expresado nuestra creencia de que el cante flamenco, jondo o andaluz, tuvo su cuna en Córdoba, en tiempos del Califato; hemos insinuado por qué se llama flamenco; hemos hablado de sus días de gran esplendor; hemos lamentado su actual decadencia y hemos apuntado lo que creemos más hacedero para contrarrestarla; perdonad si el lenguaje no ha sido galano, pulido, como Vuestras Señorías merecen, pero si no tiene bellezas literarias, tiene, en cambio, el gran perfume de la sinceridad y el aroma sutil de nuestro amor a Córdoba. Y dicho esto, cierro la puerta al sagrario de mis recuerdos más amados y la sello con esta inscripción:

Aquí, ya no hay ná que vé,
porque un barquito que había
largó la vela y se fué.

He dicho.

Antonio Arévalo



Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia de Córdoba por Don Antonio Arévalo y García, el día 22 de Mayo de 1943, redactado por el Académico de número Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SEÑORES ACADÉMICOS:

El discurso de ingreso que acaba de leer el poeta cordobés Don Antonio Arévalo y García, para ocupar un sillón de número de nuestra vieja Corporación, ha salido de su pluma, recogiendo en sus páginas, vivos sentimientos del alma del autor; pero el tema, y perdonadme la revelación, es fruto del aliento de muchos amigos, y cosecha del espíritu de nuestro pueblo.

Me consta que nuestro compañero, modelo de cordobés sensato, tradicional y castizo, hubiera querido traer hoy un tema más pulido, más erudito, más empolvado, más dieciochesco, más académico en una palabra. Le seducía, entre otras, la biografía de su paisano bujalanceño el gran pintor e historiador de la pintura española Don Acisclo Antonio Palomino y Velasco, gran tema académico. Pero los amigos, como las brujas a Macbeth, le aconsejaban al oído: la copla andaluza, el cante jondo. ... Y Don Antonio Arévalo vacilaba. Ha estado a punto de ser una víctima más del cancionero andaluz, que tantas víctimas viene produciendo desde hace siglos, hasta el punto de que fué llamado por los eruditos medioevales «diabolus in musica».

Pero este diablo no ha podido con Don Antonio Arévalo, maestro en el cancionero andaluz, maestro de coplas andaluzas, que ha dominado al diablo, y lo ha cautivado, como a tantos otros, al compás de su guitarra morisca, que tañe con emoción de virtuoso.

Hoy, la Academia, ha dejado la peluca, la casaca bordada y el tacón de oro, y, como las majas de Goya, muy aristocráticas, pero muy castizas, la Academia viste mantilla de madroños, chaquetilla de seda y falda de faralaes, y entre repiques de castañuelas y rasgueos de guitarra, ha oído pasar, por el arroyo, la serenata popular que deja en el aire la emoción melódica que ya hace siglos, por no poderla aprisionar, se tuvo como expresión diablesca.

Pero no hemos roto el ánfora del clasicismo. Hace unos veinte

años, las Academias de Madrid, oyeron, entre embelesadas y absortas, los discursos del gran maestro del arabismo y la historia de la música Don Julián Ribera y Tarragó. La Real Academia Española conoció la interpretación admirable que el maestro dió a La Música de las Cantigas del Rey Sabio, cerrada a la notación moderna hasta entonces. Y la música regional española, las coplas andaluzas, que, en nuestros días, como en el siglo XII, eran desdeñadas por los eruditos, que las calificaban de música ficta, de música falsa, por la dificultad de llevarlas a la notación reglada, esas coplas andaluzas, decíamos, han sido ungidas con todos los rigores del más estrecho clasicismo. Se les ha encontrado una gloriosa paternidad, confirmada por el rigorismo histórico, se ha determinado su difusión en el mundo clásico, su florecimiento en Andalucía, su dispersión después por el mundo culto subsiguiente... no se podía pedir más para este canto popular que había llegado a nuestros días como pillete de arroyo, en la más indigente orfandad, y que de pronto, como en los cuentos orientales, se averigua que es hijo de sultanes o califas, y llueven sobre él toda suerte de honores y bienandanzas.

El artifice de este hallazgo, vuelvo a repetirlo, ha sido Don Julián Ribera. La iniciación que dió el año 1912 en su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1) suponiendo que las estrofas análogas halladas entre la versificación coplera española y la musulmana de España y de Oriente, debían corresponder a una música o melodía también análoga, tuvo espléndida ampliación y confirmación en la monumental obra que diez años después publicara sobre la Música de las Cantigas (2) en la que descifró el notabilísimo cancionero que el Rey Sabio dedicó a loar a la Virgen María, con música musulmana, notada en signos que, hasta los trabajos de Don Julián Ribera permanecieron herméticos a todas las interpretaciones intentadas, y que, para él fueron la llave misteriosa que le condujo a traducir en notación moderna lo que hasta entonces había permanecido indescifrable.

Estos jugosísimos hallazgos le llevaron primero a rehacer totalmente la historia de la música medieval, concluyendo, como era lógico, en que la civilización árabe solo fué la transmisora, y precisamente por intermedio de España, de la música clásica, que recogiera de Grecia, Roma y Persia, la cual aumentó caudalosamente para transmitirla a Europa, ya con un sello castizamente español o mejor dicho andaluz. Si la Filosofía, la Astronomía, la Medicina y tantos otros conocimientos científicos y artísticos, que constituyen un torrente pleno de cultura, fueron conservados y transmitidos por los

musulmanes españoles, culminando este proceso de transmisión en la escuela de Toledo, los trabajos de Ribera confirman que la Música no escapó a esta ley general, y que el gran caudal clásico, encauzado por la invasión musulmana a España, halló en la Península, y especialmente en el medio andaluz, el ambiente más propicio para su conservación y abundoso crecimiento.

Sería una ofensa a vuestra cultura, que tampoco ha querido inferir el nuevo académico, insistir en estos conceptos y recordar el momento crítico en que se produce la transmisión a España de la Música clásica, bizantina y persa, heredera de Grecia y Roma, con la venida a Córdoba, en la mitad del siglo IX de nuestra era, del gran músico oriental Ziriab, a quien el pueblo llamaba «el Pájaro Negro», y cuya influencia en las costumbres de la corte califal fué tan notoria; así como de las tres cantoras de Medina, Fádál, Álam y Cálam, alguna de las cuales era española y pensionada en Oriente para el estudio de la Música; y de tantos otros personajes que aportan el sistema lírico y melódico del mundo clásico, y hace el papel de «la golondrina viajera» que va recorriendo países, dejando en todos sus trinos y sus cantos.

Pero ya, en aquel espléndido renacer musical andaluz, a los ritmos melódicos que aportan los musulmanes, y que los enciclopedistas árabes llaman Hézech, rámel, táquil primero y segundo, y acaso majurí, con sus variantes de lentos y allegros, cuyos ritmos o géneros se pueden reconocer en las canciones andaluzas diseminadas por toda la península, hay que añadir los cantos indígenas que dan una gama rica y variada cual ninguna otra.

Sin necesidad de acudir a citas eruditas, no debe olvidarse el gran influjo en toda la España meridional y levantina de la cultura de Bizancio, anteriormente a la llegada de los árabes, y, consiguientemente, su pervivencia hasta entroncar con las nuevas corrientes que trajo la invasión musulmana. Pero las citas históricas son también definitivas. Los zéjeles y moaxahas son cantos populares, del bajo pueblo andaluz, que los hombres cultos de la época desdeñaban por zafios y burdos, como los virtuosos de hoy desdeñan el cante jondo, entre otras cosas, porque se cantaban en aquel primitivo lenguaje castellano que parece tuvo su nacimiento en Andalucía, como también inició Don Julián Ribera (3), y del que, sin embargo, despectivamente los eruditos nos transmiten algunos datos, como el de que fué su creador, o por lo menos su gran cultivador, Mocádem el Ciego, de Cabra.

Gran figura nacionalista la de este ciego cabreño que canta sus épicas estrofas en aquel siglo IX que llena con sus hazañas asombrosas Omer ben Hafsun, el Pelayo del Sur, que desde su nido de Bobastro, en la serranía de Ronda, es el terror de los califas cordobeses, y representa el gran levantamiento nacionalista contra el extranjerismo árabe, señorial y rapaz. En su libro póstumo dedicado a nuestra Academia (4), el sabio médico granadino don Fidel Fernández, recientemente fallecido, estudia con sabor novelesco la vida y hazañas de este gran héroe nacionalista andaluz que rescató del poder califal toda la Andalucía del Sur, desde Sevilla hasta Elbira y los montes de Jaén, desde las mismas puertas de Córdoba y su Campo de la Verdad, el viejo arrabal de Secunda, hasta las playas de Cádiz, de Tarifa y de Málaga, poniendo en grave apuro la dominación musulmana en la península, cuyo fin anunciaban desde sus púlpitos los alfaquies en las mezquitas y aljamas.

¿No cantaría el ciego Mocádem de Cabra, uno de los nidos más ardientes de la rebelión nacionalista andaluza, en acento popular tan querido a nuestros cantores, las épicas hazañas de sus caudillos indígenas? Cuando ya en el siglo XI, terminado el califato y bajo la dominación almoravide, el coplero Aben Guzmán (5), cínico y calavera, en lenguaje irreverente y tabernario muchas veces, pero en delicadas inspiraciones otras, canta el amor, la juerga, el vino, los placeres, y se burla de las admoniciones religiosas, también dedica algunas estrofas de sabor épico, a las batallas de los almoravides en España, como hoy mismo nuestros cantaores flamencos, que principalmente glosan los lances del amor, los avatares de la vida y la muerte y en general temas líricos, también dedican alguna que otra canción a temas patrióticos, de alabanza a las bellezas regionales, al valor de nuestros soldados, etc., porque en definitiva estos cantos populares, tanto los zéjeles andaluces de la época califal, como la copla flamenca de nuestros días son expresión del alma popular que canta ingenuamente sus preocupaciones sean amorosas, fúnebres, toreras o marciales, en conclusión, de tema tanto lírico como épico.

Este cancionero de Aben Guzmán, el monumento más insigne que la antigüedad puede ofrecer a la copla andaluza, tiene en sus temas dos conceptos que perduran radicalmente en la copla andaluza, cuales son la fatalidad y la improvisación. El buen zejelero, como el buen cantoor de nuestros días, cultiva todos sus temas, eróticos, báquicos, criminales, carcelarios, pasionales, o de cualquier otra índole, a través

siempre de la fatalidad. Aben Guzmán canta con frases como estas, que recuerdan exactamente a nuestros cantaores de hoy:

Pena de mi alma, ¿por qué me abandonas?

El orgullo con que los cantaores andaluces de todos los tiempos se alaban de improvisar las más bellas canciones, y aun de introducir en cada momento notables variantes, tanto estróficas como melódicas, está ya plenamente desarrollado en el cancionero de Aben Guzmán, el zejelero de apellido tan cordobés. Sabido es que durante todo el siglo XIX la clásica juerga andaluza se desenvolvía en un verdadero torneo de canciones improvisadas, en el que se ponía a prueba el ingenio poético y la expresividad lírica de los competidores, y en esta competición de canciones se resolvían muchos pleitos de amor o de celos y aun se convertían en carteles de desafío entre amantes rivales.

Nuestro nuevo compañero inicia en su discurso la comparación entre las viejas canciones de los españoles musulmanes y la copla flamenca de nuestros días. ¡Cuán sugestivo tema! El ambiente, la inspiración, los temas, la métrica, (¿dejará de ser simple coincidencia que siga siendo Córdoba a través de los siglos la patria del romance?), y sobre todo la melodía, la música. Cuando Ribera rompe lanzas contra la vieja creencia de que los cantares populares salen del pueblo, es acaso cuando adquiere su trabajo mayor esplendor. La masa anónima no crea nada. La canción, aun de lo que más popular se crea, es siempre el fruto de esa llama semidivina que es el genio. El pueblo sirve, esto sí, de gran receptáculo que conserva y trasmite anónimamente las creaciones selectas, como las más nobles estirpes humanas algún día decaen y se pierden en el anonimato de la muchedumbre, pero conservando siempre algún destello físico o moral por el cual se reconoce la excelsitud de su origen.

Hay sin embargo en esta comparación una notable diferencia, fruto de los tiempos, que conviene destacar. El cantor medieval es pedigüeño y parásito. Vive de sus canciones. El tema pedigüeño abunda en sus estrofas. En cambio, el cantor flamenco de nuestros días no pide jamás. El espíritu de la raza ha ennoblecido la canción. Acaso pinte su estrechez, acaso alabe la pobreza, pero es siempre con una noble dignidad que aleja la petición limosnara.

Diez céntimos le dí a un pobre,
y me bendijo a mi madre,
vaya una limosna chica
y recompensa tan grande.

La melodía de la copla andaluza es más difícil de identificar, porque el pueblo andaluz ha introducido, lo mismo que en la letra, diversísimas variantes, que, como sucede en muchas otras manifestaciones artísticas o científicas de nuestro país, se diversifican tanto que llegan a la individualización, y los melismas introducidos son tan diversos, que cada localidad andaluza cree tener su canción propia (fandanguillos de Lucena, de Huelva, de Alosno, malagueñas, granadinas, rondeñas, etc.).

Para mejor fijar este concepto acaso sea preciso acudir a las fuentes históricas, las cuales, después de hablar de la escuela de Ziriab en Córdoba, de sus discípulos y descendientes, del influjo que en el alcázar califal alcanzó este músico y cantor singular, y de reseñar los nombres y características de otros muchos cantores cordobeses, señalan que llegó a implantarse la moda de poseer esclavas bien educadas en canto y música, que eran el ornato de las casas nobles y palaciegas.

Numerosas son las anécdotas que a este respecto se cuentan, en las que siempre aparece la preocupación islámica por la mala consideración en que los primeros musulmanes tuvieron a la música, hasta que se impuso arrolladoramente.

En la propia familia califal, es ya bien conocida la anécdota del albogón de Alháquem. Este califa, segundo de su nombre, que bien puede llamarse el Rey sabio de los musulmanes españoles, se aficionó de niño a tocar el albogón, y como acaso cundiera entre el pueblo la incompetencia del príncipe heredero para más altos menesteres, éste quiso, el mismo día que murió su padre el gran Abderrahmán III An Nasir, que se reuniera el consejo de ministros, a quienes planteó el problema de ampliación de la gran Mezquita de Córdoba, tanto por las necesidades del culto, cuanto para dejar a la posteridad obra tal que perdurara su fama. Y se dice que el propio interesado comentó algo jocosamente, apesar de la solemnidad del día: Así sabrán las gentes que sé algo más que poner un parche al albogón. (6).

Este califa tuvo un hermano, Abulasbag Abdelazis, que, siendo aficionado al canto y a la bebida, abandonó esta última tal vez por escrúpulos religiosos. Al enterarse de esto, su hermano el califa, dió gracias a Dios por ello y añadió: Si dejara también el cante acabaría por ser un hombre justo y cabal. Pero el hermano, al saber lo que había dicho Alháquem, replicó: No, yo no dejaré el cante mientras la providencia permita que los pájaros gorjeen.

Según costumbre oriental, tanto los cantadores como las capillas

de música, los califas y personajes notables las solían hacer ejecutar en salones ocultos tras una cortina o asitara, de donde el nombre de estas orquestas y cantores de cámara, se llamó la asitara por antonomasia.

A la caída del califato, tanto en los tiempos de Almanzor y sus hijos, como en las taifas que después sobrevinieron, tan caracterizados por la gran afluencia de militares venidos de países europeos, que luego dieron origen al caudillaje decadente que caracteriza este período histórico, casi todos los reyezuelos andaluces tuvieron su orquesta o asitara y se disputaban por altos precios las cantoras afamadas. Ribera trae de esto en sus obras numerosísimos relatos que comprueban el favor de los cantores en las cortes andaluzas, y su trascendencia al ambiente popular.

Abenbassam echa en cara a los taifas el vicio de ser grandes bebedores de vino, reclutadores de cantoras y amigos de oír tañer laudes, cuando no de tañerlos ellos mismos, lo que censuraba el Cid como austero castellano.

En las cortes de Toledo, de Zaragoza, de Málaga, de Sevilla, el ambiente palatino lo regía la asitara de músicos, eunucos y cantoras. Descollaba en esto la corte sevillana de Almotamid, gran poeta y músico, que enseñó a cantar y tañer sus propias hijas, y sostenía una gran orquesta de cámara. En sus días de desgracia, tras los barrotes de su cárcel, en Agmat, junto a la capital del bajo Marruecos, acudían los moros a oír sus cantos y endechas, que después se popularizaron por el Mogreb.

Se cuenta que en la juventud de este rey sevillano, una vez que se organizó un ejército para ir a luchar contra el rey de Granada Badis ben Habus, se disolvieron las huestes por el camino, porque al final de cada jornada los oficiales se disgregaban con cantoras y todos acabaron por marcharse.

De Valencia, de Albarracín, de otros muchos taifas se cuentan los excesos a que se entregaban en la bebida, el baile y el canto. En este ambiente muelle sucumbían los extranjeros que pronto se adaptaban a la vida morisca, en las casas frescas y floridas, incluso vistiendo a usanza oriental. Conocida es la anécdota del conde normando que en la toma de Barbastro, en Aragón, tomó en botín la casa de un musulmán rico, con todo su menaje y familia, de la que no quiso desprenderse por fuertes sumas que le ofrecieron en rescate. Cuando el judío que ofrecía el rescate pujaba sus sumas, el conde normando, vestido a lo musulmán, le decía a una de las muchachas de la casa:

Toma tu laúd y canta a este señor algunas canciones. El judío se fué sin alcanzar su propósito.

Del ambiente andaluz de aquella época, que con sus cantos y serenatas diríamos que pertenece a la Andalucía eterna que entonces y en todos los siglos posteriores hasta nuestros días, ha motivado tantas páginas literarias, copiamos al azar una descripción hecha por un literato oriental Ahmed ben Mohamed el Yemeni: (7).

«Estuve en Málaga, ciudad española, en el año 406 de la Hegira (1.015 de J.C.) y allí enfermé una larga temporada, durante la cual no podía salir de mi domicilio, y dos amigos me cuidaban, atentos a moderar mis desvaríos (acaso estuvo neurasténico). Cuando llegaba la noche me desvelaba, y oía la incesante serenata de laudes, tomburries y liras, mezclada con cantos que nunca cesaban, los cuales me producían gran molestia y desasosiego y agravaban mi enfermedad. Toda mi preocupación era encontrar una casa en Málaga, porque la gente de esta tierra está enteramente dominada por esa afición y está muy generalizado ese gusto.

«Una noche me desperté y noté que aquel tumulto molesto se había calmado y cesado las tocatas turbulentas, y en cambio se oía una música leve, suave y bonita. Sentí como si mi alma estuviera familiarizada con esa música y como si en ella reposara, sin experimentar la repugnancia que hacia las otras sentía, pero no era voz humana sino música instrumental muy suave. Luego comenzó a oirse tocar un poco más fuerte subiendo lenta y gradualmente en intensidad mayor. Mi alma se sintió atraída y mi oído dispuesto a escuchar hasta que la música llegó a tocar en el más vivo tono. Me puse alegre y olvidé mi mal, y de tal modo me sentí gozoso y emocionado, que llegué a imaginar que todo me daba vueltas y la habitación se levantaba conmigo.

«A todo esto no se había oído voz humana y me decía: en cuanto a concierto instrumental no cabe más perfección, pero ¿cómo será la voz del músico que toca? ¿en qué parará esta música?

«Apenas me había dicho esto cuando comenzó a cantar una mujer una copla con voz clarísima y dulce. Ya no pude contenerme. Me levanté de la cama dejando a mis dos compañeros durmiendo. Abrí la puerta de mi cuarto y siguiendo la dirección de la voz que ya sentía cerca, llegué a un punto central de la casa desde el cual podía atalayarse la vecina, muy espaciosa, y contemplé en medio de ella un gran jardín y en medio del jardín una reunión de veinte personas aproximadamente allí congregadas para beber. Estaban todas en fila,

teniendo delante licores, frutas o dulces. En ese círculo había varias esclavas tañedoras de laudes y tambores y otros instrumentos tales como flautas, pero esas no tocaban. La esclava cantora estaba sentada aparte y tenía el laúd en el seno y todos los presentes la miraban embelesados escuchándola atentamente. Ella tocaba y cantaba, y yo, de pie desde un punto desde el cual los miraba sin que me viesan. Cuando cantaba una copla yo la aprendía de memoria hasta que cantó un cierto número de ellas.

«Me retiré de allí para volver a mi habitación, dando gracias a Dios, como si hubiera salido de un gran embarazo y no tuviese sufrimiento ni enfermedad alguna. Después, a la mañana siguiente fui a ver a un amigo, ulema de Córdoba, que vivía en Málaga y le conté lo ocurrido. Le recité las coplas, le describí la casa, se sonrió, me miró y dijo: Es la casa del ministro fulano y la esclava es zutana la de Bagdad, una de las mejores cantoras de Almanzor Benabiámir. Esa esclava vino a poder de aquel ministro después de la muerte de Almanzor, y las coplas son de Mohamedi ben Carloman, poeta español».

Descripciones análogas podrían hacerse de la España musulmana de aquella época, aunque acaso entonces como hoy, el foco de la música y de la copla andaluza estuvieran en Sevilla. Conocidísima es la anécdota, según la cual delante del califa almohade Yacub Almansur discutieron el célebre médico sevillano Avenzoar y el célebre filósofo cordobés Averroes acerca de las excelencias de sus respectivas patrias (8). Para acabar la discusión Averroes dijo a Avenzoar: Yo no sé por qué será, pero el hecho cierto es que si muere un sabio en Sevilla llevan los libros a Córdoba para venderlos, pero si en Córdoba muere un músico sus instrumentos se llevan a vender a Sevilla.

Este ambiente musical de la Andalucía musulmana, que podríamos esmaltar con muchas más citas históricas tomadas de las obras que comentamos, evidencia aquella afirmación nuestra de que ya en los tiempos de los taifas la copla popular estaba diversificada y cada localidad andaluza se jactaba de tener la suya propia. Llegaba a tal extremo este verdadero furor popular por la música, que hasta los pregones callejeros y la llamada de los almuédanos a la oración eran motivo de competencia. Gil Benumeja recoge la peregrina tradición del origen de la saeta, la copla religiosa que canta el pueblo andaluz durante la Semana Santa (9). Rivalizando las mezquitas andaluzas de Córdoba y demás capitales andaluzas, por tener almuédanos con

hermosa voz, les pagaban altos sueldos, y estos muezzines, en vez del canto lúgubre y monótono con que en Oriente hacen la llamada a los fieles, empezaron a introducir en su canto variantes musicales cada vez más ricas, que caracterizaron el canto de los almuédanos de cada una de esas capitales, dentro de la triste melancolía propia de un canto religioso. Con la reconquista, esos cantos parecieron acabarse, pero un día que en Sevilla la Inquisición llevaba un morisco preso, al pasar frente a su casa, la madre, transida de dolor, cantó la canción de los almuédanos, y aquello hizo tanta impresión en el alma del pueblo, que en ocasiones análogas se siguió repitiendo, hasta que arraigó y se transformó en la actual saeta.

Don Julián Ribera que dedicó la mayor parte de su tarea de investigador a la historia de la música andaluza, ha probado en otras publicaciones el entronque directo con la canción árabe y su diversificación a partir de una raíz común. En su estudio sobre el origen de la jota aragonesa (10), después de pasar revista a las equivocadas opiniones que se venían sustentando acerca del origen de la jota, halla la timología árabe del vocablo (*xotha*, canto para bailar o danzar, *choutera* en Galicia), analiza sus elementos musicales y sostiene las conclusiones siguientes:

«Antes de introducir esta meloda andaluza en Aragón, se había disfrazado ya a la jota en Andalucía, de tal forma, que casi nadie la reconoce; solo algunos técnicos se han parado a mirarla (Ocon, Laparra, Mitjana, Pedrell y muchos otros afirman el parentesco del fandango con las malagueñas, rondeñas, murcianas, etc.) sospechando que podía ser de la familia de la jota. Me refiero a las jotas que en Andalucía se cantan con el apellido de las ciudades andaluzas, malagueñas, granadinas y rondeñas, pertenecientes a la familia del fandango.

«¿Como, dirá el lector, la malagueña es una jota?

«No hay que sorprenderse. Recordemos que el mismo Maestro Bretón percibió el olor del disfraz y al considerar casi probable que la jota fuese una consecuencia del fandango. Y creo que podremos estar conformes en cuanto comencemos a descubrir el disfraz andaluz con que se ha cubierto a la jota, al despojarla de los perifollos con que la han envuelto.

«La malagueña no es más que una jota disfrazada... la malagueña es una baturra disfrazada de maja andaluza. Si a una canción de jota en modo mayor, en vez de ponerle un preludeo en modo mayor, cual corresponde a su consonancia tonal y armónica, se le pone un

preludio en modo menor **T** de los corrientes entre músicos andaluces, arpegiando... o escalando... ya recibe el oyente la impresión de que luego ha de venir un canto de los regionales de Andalucía».

Sigue Ribera analizando la canción en todos sus elementos, aclarándola con numerosos ejemplos musicales, que evidencian su aserto. «La malagueña no está sola, tiene numerosa parentela, varias hermanas, la granadina, la rondeña, en una palabra, todas las del género fandango, el cual se podría decir que es el padre de toda la familia».

Reconoce luego la jota en otras de Salamanca, de Santander, en las chulas de Portugal y en otras canciones peninsulares, y bucea su origen histórico en el Cancionero de Palacio, editado por Barbieri, en Las Cantigas del Rey Sabio y en las canciones de trovadores provenzales, de troveros y de minnesinger alemanes, que universalizaron esta canción, introduciendo cada cual su variante al tronco primitivo, derivado del ritmo árabe llamado hézech.

«El regionalismo musical, concluye Ribera, tal vez haya producido un bien: el de haberse encariñado cada región con determinadas melodías, las cuales, por ese cariño, se han conservado; pero seguramente resulta dañoso si se extrema, por exclusivo.

«De ese exclusivismo extremo ha llegado a impregnarse la propia madre de la música popular de la península: Andalucía. Ella, que fué el foco de composición de todos los géneros, de los que aún se observan huellas evidentes en la rica variedad de sus cantos actuales, se va quedando dedicada especialmente a los cantos tristes, *cante jondo, cante flamenco, etc.*, que son casi los únicos que le adjudican como peculiares suyos. Hasta ha ido alterando, por el prurito de repetir sus ejecutantes, venga o no al caso, los tópicos del modo menor, que es su preferido, muchas piezas y aun géneros que se han empobrecido por la monotonía, desconcertó las melodías de la jota convirtiéndolas en las composiciones híbridas del fandango, malagueñas, etc., multitud de melodías antiguas las va olvidando, por dejar la exclusiva a las provincias del Norte de España. A estas, que de aquella aprendieron, les repugna ahora confesar la influencia que hasta en la Edad Contemporánea han recibido de la música andaluza. A vascos, castellanos, gallegos, catalanes y aragoneses, se me figura que les causa vergüenza confesar que sus cantos populares proceden de Andalucía. Y no es porque odien a los andaluces, sino que tras lo andaluz divisan un espectro odioso, el fantasma islámico».

La erudición, y aun el sentimiento popular, se resistían hasta ahora a conceder a la época árabe la decisiva influencia que Ribera

ha encontrado en la creación del canto andaluz; y este rechaza con los más vivos tonos las sugerencias sobre influencias gitanas y de otras índoles, que son totalmente erróneas.

A propósito de la muñeira gallega o la Molinera, Ribera hace un estudio análogo (11) para Hermanarla con las soleares andaluzas. «El tipo de esa melodía, por el tono menor, por la línea melódica, por la marcha armónica, por el ritmo, por las notas iniciales y cadenciales, etc., es el clásico de las soleares andaluzas. «La Molinera» es como una alegre parodia de esas tristes canciones andaluzas». Y aduce numerosos ejemplos musicales.

«La alegre Molinera no es popular en Andalucía, porque los cantadores de ésta prefieren la forma triste de las antiguas soleares. Pero hay una particularidad digna de ser notada: la melodía de la Molinera, asturiana o castellana, ha conservado mejor la sobriedad melódica y el ritmo primitivo de las antiguas soleares andaluzas, mientras que en la muñeira gallega y en las soleares andaluzas actuales se ha alterado con melismas y cambios de ritmo que la separan del tipo clásico, en Andalucía por el virtuosismo de los cantantes, en Galicia por influencia instrumental de la gaita. No debe sorprender este fenómeno porque así como el Cristo de la Luz de Toledo y la Aljafería de Zaragoza son obras de arte musulmán más arcaicas que el de la Alhambra, del mismo modo pueden aparecer en Castilla y en Asturias piezas musicales más arcaicas que en la propia Andalucía, aun siendo aquellas de primitivo origen andaluz».

«En España, dice más adelante, se ha conservado la pureza melódica primitiva con mucha pulcritud. Ahora bien, lo que dentro de la península ha ido variando de un modo fundamental, han sido los caracteres expresivos; una melodía lenta tristísima, elegiaca, que en lo antiguo se cantaba en las provincias meridionales, al pasar luego a Castilla se convierte en virilmente alegre y bailable, y en Galicia en suave y risueña».

«En la Andalucía actual se mantiene todavía su originaria expresión triste y dolorida, pero el añadido de notas y trinos y el cambio de ritmo (ahora le ponen ritmo rímel y no el táquil 1.º antiguo), cosas introducidas por el virtuosismo andaluz, le dan un carácter de tristeza fingida un poco convencional».

Su extensión y diversificación en España, y su dispersión por Europa hasta los más lejanos países norteros, como Dinamarca y Noruega, así como su investigación histórica en las fuentes musicales españolas, como el Cancionero y las Cantigas, y en las extranjeras

Por si faltaba algo, queda el concepto de música falsa o música ficta que tanto ha preocupado a los eruditos de todos los tiempos. Este «diabolus in música», difícil de aprisionar, lo sigue siendo también hoy día. Lo que despectivamente se llama «el jipío» o «los gorgoritos» de los cantadores andaluces, casi imposibles de aprisionar, ni aun en la rica notación moderna, subía de punto imposible en la Edad Media de notación musical precaria y simple. Hasta el comentado y despreciado «ya, ya, yai» de los cantadores, es la pura repetición del vocablo árabe admirativo *¡oh!* con el cual inician sus canciones los musulmanes.

Como dice Ribera, el horror al fantasma islámico, ha cegado a los historiadores de la música. El recuerdo de nuestra secular lucha contra el moro, ponía una muralla infranqueable en la investigación de los orígenes de la canción andaluza, olvidando que el moro no trajo nada, sino que fué el jugoso espíritu andaluz el que amamantó y nutrió la música y canciones de los viejos países clásicos, saltando incluso por encima de la invasión islámica.

Este horror al recuerdo de lo musulmán llega a su colmo durante los siglos renacentistas, en los cuales, hay una frase consagrada para referirse al arte califal que esplende en la Mezquita aljama de Córdoba: la inmundicia musulmana. Toda la obsesión era tapar las piedras decoradas, los artesonados, el recuerdo de lo árabe, para que esplendiera solo lo renacentista, lo europeo.

Se olvidaba que el Arte, sea arquitectural, sea músico, como las más ricas manifestaciones del espíritu, no tiene patria, porque todas las patrias le han dado algo y de todas conserva huellas, aunque las más ricas de espíritu (Grecia, Roma, Andalucía) le hallan dejado mejor herencia.

Nuestra misma Mezquita de Córdoba es un vivo ejemplo de lo que comentamos. En sus entrañas, bajo la tierra, hay elementos griegos, romanos, bizantinos. Allí hubo un templo al Sol, un santuario ibérico, el templo de la diáspora griega, la basílica de San Vicente. Con los elementos aprovechables, columnas, capiteles, el arco de herradura, la bicromía del dovelaje, los musulmanes construyen su aljama, en la que injertan la extensión hipóstila oriental, el artesonado sirio-persa, la celosía labrada, el ajimez. Y cuando otra vez la reconquistan los cristianos, y el mudejarismo y lo gótico y todos los siguientes estilos renacentistas y neoclásicos hasta nuestros días, hacen de ella un museo vivo de Historia del Arte, que multiplican las pinturas y esculturas, la herrería artística, los azulejos, las vidrieras, los libros y las

él mismo es uno de los eslabones que el correr de los siglos vá forjando en la cadena dorada y brillante de la canción clásica, que en lejanos tiempos resonó bajo los cielos de Grecia y Roma, la adornaron luego Bizancio y Persia, Arabia la llenó de ardiente fuego y por fin vino a darle el aroma de su riente perfume la gracia eterna de Andalucía.

Como golondrina viajera, según el simil del maestro, en muchos países colgó su nido, para reanudar luego su vuelo errante, pero en Andalucía la canción clásica anidó para siempre, y más que un nido, construyó un magnífico alcázar del que salieron embajadores brillantes y fastuosos para todo el orbe. Don Antonio Arévalo, maestro de coplas andaluzas, interviene en muchas de estas embajadas que en otro continente y más allá de los océanos, repiten hasta la excelsitud, arrasando los ojos en lágrimas emotivas, el nombre de España.

¿No iba a venir a nuestra Academia este artífice de coplas andaluzas que, en los atardeceres perfumados, en las claras noches lunares, bajo la verde parra o en la fresca bodega, juntaba su fraternidad castiza con el que dió a la copla vida corporal en sus lienzos, con el maestro Julio Romero (17), y en artística cofradía con otros cordobeses, bebedores de silencio, ébrios de aromas, enamorados del alma de la ciudad y cultivadores exquisitos del espíritu de su pueblo, fraguaban con el pincel o con la pluma el pomo donde se encierra el alma eterna de la raza?

Sea bienvenido el nuevo académico que ha traído a nuestra vieja Academia, de Bellas Letras y Nobles Artes, una de las más bellas letras, la de la copla andaluza, y una de las más nobles artes, la de la música que la vivifica y exalta.

He dicho. (18)



Rafael Castejón

(1) «Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera y Tarragó, el día 26 de Mayo de 1912», sobre el Cancionero de Abencuzman. Madrid, Maestre, 1912. Reeditado en «Disertaciones y Opúsculos»,

de D. Julián Ribera, edición colectiva que en su jubilación del profesorado le ofrecen sus discípulos y amigos. Madrid, Maestre, 1928. Dos tomos.

(2) «La Música de las Cantigas». Estudio sobre su origen y naturaleza con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna, por Julián Ribera. Madrid, 1922. Edición popular en «La música árabe y su influencia en la española». Madrid, Colección Hispania, 1927, y posteriores.

(3) «Epica andaluza romanceada». Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera y Tarragó, el día 6 de Junio de 1915. Madrid, Maestre, 1915. Contestación de D. Francisco Codera. Recogido en «Disertaciones y Opúsculos», vide supra.

(4) «Omar ben Hafsun». Un reino cristiano andaluz en pleno imperio islámico español, 854-97, por Fidel Fernández. 1942.

(5) «El Cancionero de Aben Guzmán», por A. R. Nikl. Edición de Escuelas de Estudios árabes de Madrid y Granada, 1933.

(6) «El Conde Lucanor».

(7) Ribera. «La música árabe», etc. V. supra, p. 199.

(8) " " " " p. 204.

(9) Gil Benumeya. «Ni Oriente ni Occidente».

(10) «La música de la jota aragonesa», por Julián Ribera y Tarragó. Ensayo histórico publicado por el Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid, 1928.

(11) «De música y métrica gallegas», por Don Julián Ribera. Publicado en «Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal», III, 1925; y en «Disertaciones y Opúsculos».

(12) «La música andaluza medieval en las canciones de Trovadores. Troveros y Minnesinger», por Don Julián Ribera, tres fascículos. Madrid, 1923-1925. Fragmentos reproducidos en «Disertaciones y Opúsculos».

(13) Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Córdoba de 1932. Recensión en Boletín de la Real Academia de Córdoba, Abril-Septiembre, 1932.

(14) Sobre el estudio de la música norteafricana, derivada de la andaluza se han hecho notabilísimos estudios en tiempos recientes. Hace un resumen de la cuestión, sin referencias eruditas, Rodolfo Gil Benumeya, en «Marruecos Andalúz», edición de la Vicesecretaría de Educación Popular. Madrid, 1942. Por su relación con una entidad musical cordobesa, citamos la excursión que hizo en 1928 al Marruecos español el Centro Filarmónico Eduardo Lucena, de la cual se publicaron referencias en los diarios contemporáneos («A B C», de Madrid, 3 Mayo 1928) y recientemente por el presidente a la sazón de dicho Centro don Antonio Ramírez López, «Estampas Románticas», Córdoba, 1942.

Como resumen general del tema musical andaluz africano véase el hermoso libro del P. Patrocinio García, «La música hispano-musulmana en Marruecos». Publicaciones del Instituto General Franco, de Tetuán, Larache, 1941.

(15) «Poema de la Danza y la Copla. Estampas, Realito», compilador Angel Zapata. Sevilla, 1943.

Son muchos los libros escritos para recopilar y para inventar coplas flamencas Recordamos, entre otros muchos, los siguientes, algunos escritos por eruditos y maestros, otros sin erudición alguna, y aún con absurdas afirmaciones pseudocastísticas:

«Colección de cantes flamencos recogidos y anotados por Demófilo» (Don Antonio Machado y Alvarez), Sevilla, 1881.

«Cantos populares españoles», por Francisco Rodríguez Marin, Sevilla, 1882-83.

«La pereza», por Augusto Ferrán, Madrid, 1871.

«Primer cancionero de coplas flamencas», por Manuel Balmaseda y González, Sevilla, 1881, imprenta de Hidalgo, 4 reales.

«Melancolía», por Luis Montoto, Sevilla, 1902.

«Guitarra andaluza», por Narciso Díaz de Escovar, Barcelona, sin año de edición.

«Cante flamenco», sin autor ni año, editor Bauzá, Barcelona.

«Cante hondo», por Manuel Machado, Madrid, 1912.

«Impresiones: cantares», por Enrique Paradas, Madrid, 1913.

«Las cuerdas de mi guitarra», por Gloria de la Prada, Madrid, 1913.

«Con la guitarra», por Ricardo Fernández Blanco, Madrid, 1909.

«Mil y un cantares», por don Estanislao Alberola, Valencia, 1916.

«De cante grande y cante chico», por José Carlos de Luna, Madrid, 1916.

«El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas escogidas entre más de 22 000», por Francisco Rodríguez Marín, Madrid, 1929.

Esta larga producción tiene su reflejo en la investigación extranjera, por ejemplo: Schuchart, «Die Cantos Flamencos», Zeitschrift fur Rom. Phil, V.

(16) Don Antonio Arévalo García, es natural de Bujalance (Córdoba), donde nació el 15 de Septiembre de 1876. Fué Redactor del «Diario de Córdoba» y uno de los fundadores del «Diario de Avisos», colaboró en todos los periódicos cordobeses y en varias revistas literarias de Madrid. Fué corresponsal literario de la Revista Gráfica de París, de Literatura y Arte.

Publicó «Mis Canciones», un tomo de versos, prólogo de Francisco Villaespesa, y unas notas de Ricardo de Montis. Ha escrito «La Fuga», (zarzuela en prosa y en verso, música del Maestro Zamora); «El Rosal del Sentimiento» (zarzuela en colaboración con Emilio Santiago, música de Francisco Romero); «Ave Errante» (zarzuela en colaboración con su hermano Francisco); «Trabajar por lo contrario» (sainete).

Tiene para publicar: «Musa del pueblo (cantares), «De mi vida y de mi alma» (versos).

Es Socio de Honor y de Mérito del Real Centro Filarmónico E. Lucena.

Socio de Honor del Ateneo Gaditano.

Socio de Honor del Centro Escolar Gaditano.

Académico Correspondiente de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes de Cádiz.

Laureado, entre otras ocasiones, en los Juegos Florales de Córdoba del año 1915, por una Colección de Cantares.

(17) Más de una vez Julio Romero de Torres ha llevado a sus lienzos el simbolismo de la copla andaluza, «la consagración de la copla» es un ejemplo. El tema que domina casi toda la obra de este maestro cordobés, «las dos sendas» de la vida femenina, el «amor divino y el amor profano», lo podríamos también considerar como el más simbólico tema de la copla andaluza. De la numerosísima bibliografía con que cuenta ya la obra pictórica de Julio Romero, citaremos uno de los últimos libros «Julio Romero de Torres en su Museo de Córdoba», por el Marqués de Casa Vargas Machuca, Cádiz, 1943, en el que se abordan temas análogos a los que sugerimos.

En nuestros tiempos, de hondas valoraciones estéticas, hallamos la siguiente, en el prólogo que el eminente hispanista Maurice Legendre ha puesto en la magnífica obra que la Sra. Alicia Hartmann, accidentalmente nuestra convecina, ha dedicado

al Greco («Domenico Theotocopouli dit El Greco», por M. Legendre & A. Hartmann, París, editor Hyperion 1937): «Barrés gusta de imaginar que el artista tenía debilidad... por las canciones secas y tristes que nacen de un suelo pedregoso al bordoneo de la guitarra. Por nuestra parte creemos que el Greco ha amado el «cante jondo», y que sus cuadros son en la pintura lo que aquel en la música; aclarando después esta semejanza por una enarmonía monotónica, por salirse del plan de la naturaleza, por acompañarse de armónicas menores, y otras consideraciones desarrolladas in extenso, con una viva descripción del cantaor, que hacen del juicio de M. Legendre una ardorosa exaltación.

(18) Posteriormente a estos trabajos, han sido publicados en España otros varios sobre la música de las Cantigas, en los cuales, en general, abandonando la tesis musulmana que sustenta Don Julián Ribera, se buscan los orígenes de aquella en fuentes europeas, especialmente germánicas. Sirva de ejemplo «La música en la España de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio», discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en 28 de Junio de 1943, por el Presbítero Don Higinio Anglés, y contestación por el R. P. Nemesio Otaño. En estos trabajos se moteja la tesis riberista de «intento... que no ha tenido aceptación». Lo anotamos a título de orientación.

El Estado español ha creado un Instituto de Musicología por Decreto de 27 de Septiembre de 1943.



Los cordobeses en el siglo XVII

Trabajo leído en la sesión académica del
15 de Enero de 1944.

El sabio maestro D. Miguel Herrero García publicó en 1928 un denso e interesante volumen sobre «Ideas de los españoles del siglo XVII» (Editorial Voluntad) y al dedicar a los andaluces el capítulo IV de la primera parte de su gran obra, reserva a los cordobeses, tal como los juzgaban y los pintaban los hombres del siglo XVII, las páginas 186 a 189, que no resistimos a la tentación de copiar. Dicen así:

LOS CORDOBESSES

La otra ciudad que gozaba de personalidad en Andalucía, era Córdoba. No tenía ciertamente la apariencia, la popularidad cosmopolita de Sevilla tan ponderada por los poetas contemporáneos (Vol. Rodríguez Marín, edición de Rinconete y Cortadillo, Madrid 1920, prólogo), sino más bien conservaba su carácter de ciudad agrícola y rudimentaria. Una frase del tiempo de Isabel 1.^a, recogida en la antología de Santa Cruz, retrata el aspecto característico de Córdoba.

«Preguntó la Reina Doña Isabel a Alonso Carrillo, qué le parecía de la ciudad de Córdoba? Respondió: muchas aldeas juntas a Concejo» (Floresta española M. de Santa Cruz. Bibliog. Madrid III, pág. 161).

Los naturales de esta aldea grande, como hemos oído decir al autor de la *Tía fingida*, despuntaban por su agudeza entre los ya agudos andaluces. Un historiador italiano, cuyas obras fueron traducidas, refundidas y varias veces impresas en España, Juan Botero, dice así: «Sus ciudadanos viven con mucha urbanidad y policía, y son de felicísimo ingenio» (Descripción de todas las provincias, etc pág. 20).

Céspedes y Meneses pone de relieve principalmente la nobleza de los moradores de Córdoba: y así parece que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor, pues hoy es cierto que no hay ciudad ni población en toda

la Europa de más limpia y apurada nobleza, ni en su tanto de más caballeros de sangres y mayorazgos riquísimos. (Historias peregrinas. Madrid, 190., pág. 166).

Suarez de Figueroa une en un mismo reconocimiento la nobleza y el ingenio:

«Pasé por Córdoba, madre antigua de floridísimos ingenios y de nobleza no menos acrisolada, cuyos pies besa humilde el soberbio Guadalquivir» (Suarez de Figueroa: El pasajero, VIII. Renacim. pág. 278).

Conforme a esto tuvo razón Gracian para asignar a Córdoba como propiedad suya, «Los varones eminentes» (Críticón, II; 13. Renac. II. pág. 90.

Mateo Alemán, para ponderar los ardites e ingeniosidades de un mendigo, maestro en el oficio, dice: Era natural cordobés; dígolo para que sepais que era tinto en lana (Guzmán de Alfarache, I, III, pág; 3. Rivad. III, pág. 243. a.) que es como decir extra-fino. (recuérdese lo que hemos dicho del fino segoviano).

Salas Barbadillo nos ofrece varios párrafos muy interesantes sobre esta perspicacia de los cordobeses. El primero consta de la fábula titulada *La peregrinación sabia* y dice así:

Entonces le pregunto a zorro viejo de donde era natural, y como le respondiese que de los campos de Córdoba, meneando la cabeza, dijo:

«¿Cordobesito sois y zorro? Por mi fe que no sois lobo.

«Rióse entonces el zorrazo, y, replicándole, preguntó en qué se fundaba, a quien él satisfizo con esta respuesta:

«La constelación de Córdoba es ingeniosísima como se ha verificado en tantos varones doctos y sabios, y si respectivamente hace el mismo efecto con los animales, siendo vos zorro y nacido debajo de tan ilustre constelación, ¿quién duda que sereis sapientísimo?» (Opus. cit. ed. clas. cas, LVII, pág. 51).

En otra de sus novelas expone el mismo concepto:

«En la patria de Séneca, a quien baña
Guadalquivir soberbio y arrogante,
ciudad en los ingenios felicísima
que con razón blasonan de sutiles».

(Salas Barbadillo: Corrección de Vicios. Col. Escritor, Castellanos. Madrid, 1907, pág. 133).

Otro pasaje, trata de un vagabundo de malas mañas que fué a parar a Córdoba, y, con esta ocasión, dice lo siguiente:

«Fuese a Córdoba: mala elección, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos; lo gracioso pareció frío, con ser el temple de aquella tierra calorosísimo; por lo maldiciente tampoco fué admitido, por haber allá excelentísimos artífices, y, así, le miraron con desprecio; pues atreverse a las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república, los hombres viven muy atentos y advertidos en orden al decoro y honestidad de las mujeres.

Con esto se vió suspenso de todos sus oficios, y así buscó otro no menos infame y más peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros». (Salas Barbadillo: Curioso y sabio Alejandro. Rivadeneyra, XXXIII, pág. 15-b).

Ya en este texto, el elogio de la ingeniosidad cordobesa va casado con insinuaciones de otras cualidades menos estimables. No fué solo en la acusación Salas Barbadillo. El mismo Maestro Pedro de Medina une la alabanza y la recriminación en estas palabras:

«Todo lo tiene bueno, sino es ser algo malsana de pechos» (Pedro de Medina: Opus. cit., parte II, cap. XXIV, pág. 133-b).

El mismo Mateo Alemán, que consigna su agudeza, consigna también su doblez y la insinceridad de sus palabras:

«Ofrecíase a lo cordobés: ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo» (M. Alemán: Guzmán, parte II, t. II, pág. I. Rivad., pág. 287 a).

Asimismo, Gracian establece una antítesis entre la sinceridad castellana y la doblez andaluza, y encarna entrambas cualidades en Valladolid y en Córdoba:

«Ahora todo está maleado, todo mudado, hasta los climas, y, según van las cosas, dentro de pocos años será Alemania otra Italia y Valladolid otra Córdoba» (Criticón, III, 6).

Con razón, pues, se formó un refrán castellano que, prescindiendo de todas las buenas prendas andaluzas, servía de consigna general entre los demás habitantes de España:

«Al andaluz, hacerle la cruz» (Estebanillo González, cap. V, Rivad. XXXIII, pág. 311).

La agudeza de ingenio de los cordobeses es tan proverbial en el siglo XVII que sirve de modelo y parangón en las obras príncipe de nuestra literatura.

Cuando Cervantes en el inmortal Quijote quiere pintar un amor extremado, sacó los dos finos amantes Luscinda y Cardenio. En el relato de sus desventuras, dice éste: Mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía... Y más adelante lo corrobora al contar: unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Los agujeros del Potro (los fabricantes de agujas, que en el siglo XVI tuvieron su más famosa sede en el inmediato pueblo de Villafranca de las Agujas, hoy de Córdoba), los manteses (cuyo nombre aún usa el pueblo bajo de Córdoba para designar a los pícaros y truhanes), y otros apelativos a gentes que de su ingenio hacían industria baja y rufianesca, son, por el contrario, designaciones deprimentes para la pro genie cordobesa.

Entre estas características de pueblo bajo, y aunque ello tenga gran tradición en otras poblaciones españolas, hay que señalar el tino en la pedrea. Conocida es la anécdota sucedida a Don Luis de Góngora, el famoso poeta, el cual, de estancia en la corte madrileña vé entrar un guijarro por el balcón y enseguida dice: eso lo ha tirado un muchacho cordobés. Se hacen averiguaciones, y efectivamente, el muchacho era de Córdoba.

En ciudades de tan lejana prosapia como Córdoba, las características espirituales, sean de nobleza, finura o elegancia, o por el contrario, de rufianería o picaresca, tienen tan abundante cita en la literatura, que su recensión constituye un curioso apartado de psicología colectiva.



Antología de Córdoba

ADIÓS A CÓRDOBA, de Muza ben Nosáir

Cuando Muza, uno de los conquistadores árabes de España, llamado por el Califa de Oriente para rendir cuentas, salió de Córdoba, al llegar al desfiladero de las Mesas, a la otra parte de Secunda, picó la mula blanca que montaba y subió a una colina para ver por última vez la capital, rodeado de los tabíes y demás gente principal que no le abandonaba, y exclamó: ¡Oh, Córdoba, qué hermosa y agradable eres, cuán deliciosas son tus noches, cuán placenteros tus días, cuán grata la templanza de tu ambiente! Inmediatamente volvió riendas a su cabalgadura y tomó el camino de Sevilla.

(Abenalcotía el Cordobés, traducción Ribera).

ELOGIO DE CÓRDOBA, por El Secundi

Córdoba fué sede del imperio, centro de la Ciencia, faro de la religiosidad, asiento de la nobleza y de la primacía. En ella residieron los reyes y los magnates de la conquista, y más tarde los reyes Meruaníes. En ella vivieron Yahia ben Yahia, discípulo directo de Málic, y Abdelmélíc ben Rabib. Sus habitantes sentían gran veneración por el derecho canónico y rivalizaban con ansia por alcanzar la primacía en esta ciencia, y que los reyes se humillaran ante los ulemas, ensalzando su rango y obrando con arreglo a sus opiniones, y no elegían ministro ni consejero que no fuera sabio. Hasta tal punto les obedecían, que Alháquem Almostansir intentó hacer desaparecer las vides de España cuando los ulemas le hicieron aborrecer la elaboración del vino, y solo desistió cuando le dijeron que también se podía obtener de otras plantas. Nunca nombraban a nadie para decidir en derecho, ni para aceptar testimonio, que no tuviese larga experiencia, gozase de la confianza de las asambleas de los sabios, y fuese rico en la mayoría de los casos, por miedo a que la pobreza le inclinase a codiciar los bienes ajenos. o vendiera por ellos los fueros de la ley.

Los habitantes de Córdoba son los más celosos observantes, en todos sus actos, de las más auténticas sentencias maliquíes, hasta el punto de que no nombran juez alguno si no es con la condición de que no ha de apartarse en sus decisiones, de la escuela de Ben Alcásim, el más ilustre discípulo de Málic.

Dijo Ben Sara al entrar en Córdoba:

¡Lorado sea Dios! Ya llegué a Córdoba, casa de las ciencias y sede de los reyes.

Ella fué el punto de reunión de los ejércitos del Islam a quienes favoreció la ayuda de Dios contra los seguidores de la Cruz. Se dice que Almanzor ben Abi Amir, una vez que hubo completado su imperio sobre los dos continentes y que aumentó los contingentes de hombres y dinero, hizo alarde de su caballería e infantería en las afueras de Córdoba, y pasaron los jinetes de 200.000 y de 600.000 los infantes. Hoy mismo residen en ella héroes y generales musulmanes que no desmayan en combatir al enemigo ni se hastían de guerrear con él.

Se dice que estaban tan pobladas las construcciones de Córdoba, Al-Zahara y Al-Zahira, que se podía caminar por ellas a la luz de las lámparas, por espacio de diez millas sin interrupción alguna.

Las lámparas de la Mezquita mayor han sido fundidas con las campanas de los cristianos y la ampliación que Almanzor hizo en su fábrica fué construída con tierra que trasportaron los cristianos sobre sus hombros, de las iglesias que aquél destruyó en sus comarcas. Habrás oído hablar de su gran puente y de la multitud de aceñas de su rio, pues se dice que pasan de cinco mil muelas.

En su campiña ha favorecido Dios su tierra con la abundancia del excelente trigo que en ella crece. En Córdoba están los montes de las rosas, de las cuales llegó a valer la arroba un cuarto de dirhem, y de tantas que había llegaron sus propietarios a considerar como un favor que aquel a quien permitían cogerlas, las cogiese con su mano.

El río, aunque más estrecho que en Sevilla, a causa de la distribución de sus arroyos y prados en sus riberas, tiene un atractivo especial, goza de mayor intimidad y menos peligro de ahogarse. En sus orillas hay jardines y praderas que aumentan su esplendor y belleza.

(*Elogio del Islam español*, por El Secundi, traducción García Gómez, 1934).

JUICIO DE VOSSLER, hispanista alemán

«En Córdoba, que tampoco conocía hasta ahora, he visto viva y representada, como en ninguna otra parte, la lucha de cristianos y musulmanes. ¡Esa Mezquita, con sus altares cristianos y sus columnas orientales!».

(*Revista Nacional de Educación*, Madrid, febrero-marzo, 1944).

ELOGIO HISTÓRICO

Reclamamos como nuestra la gloria del Califato musulmán de Córdoba. Todavía la Córdoba actual, callada, junto a su río, con los muros dorados de su Mezquita, sus praderas donde pacen potros, sus estrechas calles andaluzas, blancas y con rejas, sus colinas oscuras en que los hundidos palacios de Medina Azahara fueron como una flor de almendro, es una de las más españolas entre las ciudades..... El Califato cordobés, ha sido, no *el momento*, pero sí uno de nuestros grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un imperio español que, a no haber tenido una entraña no española, pudo haber sido ya nuestra fórmula definitiva. Porque en la cultura árabe de Andalucía hubo mucho de español. Mejor dicho, fué una cultura española bajo formas extrañas. En aquel momento España logró uno de sus instantes imperiales, meridianos, claros y fuertes. En el siglo X, embajadores de Bizancio y de Otón de Alemania vienen y contemplan admirados los esplendores y refinamientos de la corte de Córdoba, del Califato occidental, que conserva la tradición brillante y abierta de los Omeyas de Damasco frente a los heréticos Abasidas de Bagdad, que cada vez se sumen más en lo oriental, en lo oscuro de sus banderas negras, asesinas de la raza Omeya.... Alháquem II, casi como un Carlos V, pudo sentirse, en su Córdoba, emperador español.

Antonio Tovar

ORIENTALISMO DE CÓRDOBA

Paso por Córdoba después de varios años de haberla conocido, con ocasión de los actos dedicados a conmemorar el milenario del Califato occidental. En el trascurso de este tiempo he visitado varias ciudades musulmanas, desde el Magreb el Akasá hasta Istambul; he andado por los zocos de Fez, la misteriosa ciudad de los idrisfes; he

contemplado absorto la visión medieval del estupendo, único, zoco de Marrakex la roja, la que habla todavía del poderío almohade y guarda en su seno monumentos imaginados y pensados en Andalus; he visto Túnez....; he admirado en Susa el ribat, acaso el mejor conservado del mundo islámico....; he subido a la torre fortaleza de la mezquita de Cairuán, desde donde se domina la gran ciudad y se admira el famoso patio. En El Cairo me he perdido por el laberinto de callejas, he entrado en innumerables mezquitas suntuosas, en que el arte del Renacimiento venía a enriquecer los motivos constructivos y decorativos de épocas anteriores.... En Jerusalén me ha maravillado el lujo de la mezquita de Omar y me ha impresionado la sencillez de la mezquita de El Aksá.... Y en Istambul, como quiere el nacionalismo turco que se llame ahora a la antigua Bizancio, a la Constantinopla de antes, he mirado las basílicas convertidas en mezquitas, las mezquitas hechas como las basílicas, con el aditamento de los alminares turcos, enhiestos como lanzas.... Y donde más en Oriente me he encontrado ha sido en Córdoba. No sé la causa, pero al andar por sus calles limpias y retorcidas, al recorrer los soportales del mercado central, los callejones adyacentes, me parece siempre que va a surgir el tendero tocado con turbante y nos va a ofrecer ruidosamente su mercadería. Todas estas tiendecillas estrechas y apretadas por la falta de espacio, todas estas casas que ofrecen al viajero posada y comida, en cuyos zaguanes se ven todavía gentes que hacen sus tratos, soldados que recojen los encargos de sus pueblos, trajinantes que cuidan de sus bestias, son seguramente como lo eran en la época famosa de Alháquem II o de Almanzor, cuando a ellos acudían gentes de todas las partes del mundo, cuando las caravanas traían a la ciudad de la Mezquita todos los productos que la industria humana ponía en circulación, y se llevaba hasta los puntos más remotos del planeta todo lo que el Andalus producía, natural o artificialmente.

Angel González Palencia

El Gran Capitán.... Un niño ve la luz entre los plateados olivares de la campiña cordobesa. Es admirable como penetra en el alma de los hombres el encanto o la aspereza de su suelo natal....

Luis María de Lojendio

(*Gonzalo de Córdoba*, Madrid. 1942).

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
la benéfica llama.

Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente
El Arcángel dorado, que corona
de Córdoba la torre.

(*El Duque de Rivas*, Malta, 1828).

Córdoba insigne.... ¿dónde tu grandeza?
¿Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo a los mármoles pregunta
Y a las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan.

Pregúntalo también al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
las extensas llanuras donde fueron
los jardines y alcázares de Zahara.

(*El Moro expósito*, Duque de Rivas).

IMPRESIÓN LÍRICA

Córdoba. Una voz estentórea deja oír este nombre mágico que hace evocar en el recuerdo la adorable música de Albéniz, con algunas variantes del tema, sobre el cual bordó el artista tan maravillosos arabescos:

«En el silencio de la noche, que interrumpe el susurro de las brisas aromatizadas por la fragancia de los jazmines, suenan las guzlas acompañando las serenatas y difundiendo en el aire melodías ardientes y tan dulces como el cimbreo de las palmeras en los altos cielos».

Y palabra alguna sienta mejor aquí, evocando el caprichoso enlace de volutas y de follaje, tal como los árabes lo concibieron.

Se experimenta la primera impresión que revela el verdadero carácter de la tierra española, y se empieza a saborear en toda su amplitud esta sensación, que no lograron producir ni San Sebastián ni Madrid.

Córdoba, capital donde parece haberse trasladado el Oriente entero. La que con sus atractivos puede rivalizar con Sevilla, aunque sean de diferente índole. Córdoba, la del cielo azul, tan intensamente azul y tan dulce, la de las casas rientes y alegres, empavesadas con verde follaje, matizado de rosa y naranja; la de las callejuelas empedradas con guijarros, surcadas por su tradicional arroyuelo. Córdoba, cuyo nombre resuena como el sistro y los címbalos. Córdoba, la que encanta, fascina y entusiasma desde el primer momento en que se pisa su suelo.

Jacques Grandchamp



BIBLIOGRAFIA

Historia de España. Gran historia general de los pueblos hispanos. Instituto Gallach, Barcelona, 1942.

En el tomo I de esta magnífica obra, titulado «Epocas primitiva y romana» por D. Luis Pericot, entre otros detalles aislados de prehistoria referentes a la comarca cordobesa, se describe con gran detalle la batalla de Munda (Montilla) en la época romana.

En el tomo II, dedicado a la Alta Edad Media, tras el período visigodo, «La España Musulmana», por D. Ángel González Palencia es un verdadero alarde de erudición y datos, con grabados magníficos, que forman un tratado completo del asunto. El conjunto histórico del Califato cordobés, la Mezquita y Medina Azahara, el arte, las costumbres, etc., están estudiados con la maestría acostumbrada en el autor. Termina el tomo con la Reconquista.

En los tomos siguientes, Baja Edad Media, la Casa de Borbón, la Casa de Austria, y la Edad Moderna, escritas por competentes especialistas, se contienen las naturales referencias a Andalucía y Córdoba, con magnífica profusión de grabados.

Historia del Arte hispánico, por el Marqués de Lozoya, Barcelona, Salvat, 1931-1945.

En una recensión de obras generales, en la que se desarrollan temas cordobeses, no podemos silenciar la monumental historia del Arte, escrita por D. Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, actual Director general de Bellas Artes, la cual, en su tomo primero, trata en sendos capítulos del arte musulmán en España, la arquitectura hispano-africana: las artes industriales en la España musulmana, el arte cristiano durante el predominio musulmán, y otros, llenos de incitaciones a la cultura cordobesa, que la hacen fundamental para nuestros estudios. En los tomos siguientes, y engarzados en la historia artística de la península y dominios hispánicos, hay numerosas referencias a obras y autores cordobeses.

La música hispano-musulmana en Marruecos, por el Padre Patrocinio García, de las Misiones hispano-franciscanas. Prólogo de D. Tomás García Figueras, director del Instituto General Franco Artes Gráficas, Larache, 1941.

El Instituto General Franco para la investigación hispano-árabe, de Tetuán, ha emprendido una serie de publicaciones (textos originales, traducciones, reseñas, comentarios, obras modernas, etc.), con gran munificencia y lujo, entre las que descuella la serie musical.

El P. Patrocinio García, que desde hace tantos años viene estudiando la música marroquí, en su herencia española, especialmente granadina, en sus derivaciones y en sus relaciones exóticas, da en esta obra que comentamos una espléndida muestra de su saber en tan interesante rama. Desde los orígenes de este arte hispano-musulmán, hasta el Congreso de música marroquí celebrado en Fez en Mayo de 1939, en el que tan preponderante papel desempeñó nuestro autor, la obra está cuajada de datos, explicaciones y matices a cual más interesantes, terminando con unos esperanzados capítulos sobre el renacimiento de la música en Marruecos.

De ahora en adelante, para quienes emprendan el conocimiento y estudio de estas cuestiones, la obra del P. Patrocinio se á imprescindible. Con ella, además, se ha dado a la historia de la música musulmana en España una espléndida aportación.

El legado del Islam, editado por Sir Thomas Arnold y Alfred Guillaume. Traducido del inglés por Enrique de Talia. Madrid. Ediciones Pegaso, 1944.

En esta popular serie, referente a diversas culturas, emprendida por profesores de la Universidad de Oxford, el libro que nos ocupa contiene referencias y grabados de la Córdoba musulmana y mozárabe y de sus momentos y personajes más notables. Recoje la más importante aportación española contemporánea, aunque pequeña, como casi todo lo extranjero relacionado con nuestro país, de poca detallada documentación. Por ejemplo, dice de Medina Azahara que es «un grupo de edificios en los que las modernas excavaciones no han podido encontrar otra cosa sino alcantarillas» (pág. 11). Se equivoca cuando señala la fecha 1068, en Córdoba, como la más antigua en fabricación de cerámica de reflejo, ya que en Medina Azahara ha sido hallada, de un siglo antes, que el autor señala, a posteriori. (pág. 17). Pero, en general, la mayoría de las cuestiones están tratadas con criterio moderno y de manera clara y demostrativa. Pongamos por ejemplo el estudio del averroísmo. Cuando habla del monje Gerberto dice «El gran erudito del siglo X, Gerbert d'Aubergne, que fué Papa en 999

bajo el nombre de Silvestre II, se consideró que había estado en tratos con el demonio durante su permanencia en Córdoba. a causa de sus conocimientos astronómicos», con otros curiosos detalles. En resumen, es una hermosa obra, de gran valor para el erudito que desee ponerse al corriente en cuestiones islámicas, y de interés para la cultura islámica cordobesa.

Glosario de voces Romances registradas por un Botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI-XII), por don Miguel Asín Palacios. Madrid-Granada, 1943.

El estudio del manuscrito que guarda la Real Academia de la Historia, de Madrid, atribuido a un árabe oriental, pero cuya filiación española traza el maestro del arabismo hispano, es de un enorme interés para la historia de la Botánica peninsular, por lo cual esta obra ha sido comentada en todos los tonos que merece su ilustre autor. No deja de ser aún más admirable que, siendo la especialidad del señor Asín en los campos del arabismo otra muy diferente, aunque en él haya destacado siempre el filólogo, haya desbrozado la maraña difícil de la sinonimia y de la filiación botánicas con el acierto que solo a los espíritus geniales les está permitido. El fallecimiento de don Miguel Asín, del que damos cuenta en este mismo número, hace deplorar aún más su pérdida, ya que estaba, como esta obra lo demuestra, plena madurez de producción.

Un Alfaqui español, Abu Ishaq de Elvira. Texto árabe de su Diwan según el manuscrito escurialense 404, publicado por primera vez, con introducción, análisis, notas e índices, por Emilio García Gómez. Madrid-Granada, 1944.

Con la notable competencia traductora y comentarista del señor García Gómez, el poema del agudo satírico granadino cobra nueva vida para el lector contemporáneo.

La corporación de los poetas en la España musulmana. Por el R. P. Dom. Rafael Alcocer Martínez, monje benedictino. Publicaciones del Instituto General Franco para la investigación hispano-árabe. Tetuán, 1940.

Es una obra llena de jugosidad y erudición, muy interesante para la divulgación de costumbres islámicas de la España literaria musulmana.

Capitulación de Granada y emigración de los andaluces a Marruecos. Texto árabe y anotaciones del Profesor Alfredo Bustant, y versión española de D. Carlos Quirós, director del Centro

de Estudios marroquíes de Tetuán. Publicaciones del Instituto General Franco. Tetuán, 1940.

Relaciones hispano-marroquíes. Por Ricardo Ruiz Orssati. Publicaciones «Africa». Madrid, 1944.

Qasidas de Andalucía, puestas en verso castellano Por Emilio García Gómez Madrid, 1944.

Con las brillantísimas imágenes que caracterizan al autor, en este librito se recojen seis qasidas de cuatro brillantes poetas andaluces: Mutamid, rey de Sevilla, y tres poetas cortesanos que giraron en su órbita, Ben Zaidún, de Córdoba, que canta el Amor; Ben al-Labbana, de Denia, que canta la gratitud; y Ben Ammar, de Silves, que canta la ambición. Las dos del cordobés, son la famosa qasida en nun, en la que Ben Zaidún llora desesperadamente ausencias de la Princesa Wallada, y aquella otra en la que Ben Zaidún, oculto en los jardines de Madinat Al-Zahra, evoca antiguos días de amor, pasados con Wallada. Estas famosas poesías, además de ser traducidas al castellano con la maestría del catedrático madrileño, tienen la novedad de ser versificadas, cosa a la que hasta ahora se había resistido el ilustre traductor de la poesía árabe española.

Ali-Bey. Vida, viajes y aventuras de Domingo Badía. Por Augusto Casas. Barcelona, 1943.

Viajes por Africa y Asia. Realizados y explicados por Domingo Badía y Leblich, utilizando el nombre de Príncipe Ali Bey el Abbasi. Prólogo de Guillermo Díez Plaja. Barcelona, 1943.

En estas dos biografías del célebre viajero catalán se encuentran numerosos detalles del personaje y de su época. Para nosotros tiene el especial interés de que Badía residió en Córdoba, durante su juventud, y como Prefecto durante la dominación francesa. Por él están firmados los Estatutos fundacionales de nuestra Academia. En ambas biografías, de carácter general, si bien muy detalladas, hay pocos datos de su estancia en Córdoba.

Criaderos de Hierro de las provincias de Córdoba y Jaén. Por D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa. Madrid, 1944.

En las Memorias del Instituto Geológico y Minero de España, aparece este hermoso estudio, valorado con numerosos datos, planos y gráficos, en el que, una vez más, demuestra sus profundos conocimientos en la materia el ilustre investigador del suelo y el subsuelo de la comarca cordobesa y distinguido miembro Numerario de nuestra Academia.

Lagartijo el Grande, por Enrique Vila. Ediciones Tauro, Escelicer S. S. 1944

La Reina mujer, novela por Eduardo Marquina. Ediciones Betis, Barcelona. Contiene pasajes noveados de los Reyes Católicos en Córdoba.

Fidelidad, novela por Jacques Grandchamp (Charlotte Phoyeu, de Rennes). La Novela Rosa, Editorial Juventud, Barcelona, 1932. Impresiones líricas de Córdoba.

Julio Romero de Torres en su Museo de Córdoba, por Alfonso Patrón de Sopranis, Marqués de Casa Vargas Machuca. Cádiz, 1943

Interesante obra con valorización estética de la obra pictórica del genial cordobés y bellísimas ilustraciones de sus principales obras.

Córdoba. Motivos turísticos españoles. Conferencias radiadas por el Marqués de Santa Rosa. Prólogo de Federico García Sanchiz. Madrid, 1943.

Es una serie de líricas evocaciones cordobesas, iluminadas con bellas fotografías, y escritas en un tono elegíaco muy acompasado con la melancolía típica de la ciudad.

REEDICIONES

Antología de poetas líricos castellanos. Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1944.

En el tomo II Juan de Mena (1411-1456) y Antón de Montoro, El Ropero de Córdoba.

REVISTAS Y ARTÍCULOS

«En torno a los orígenes del feudalismo. I Fideles y gardingos en la monarquía visigoda. II Los árabes y el régimen prefeudal carolingio. Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII. III La caballería musulmana y la caballería franca del siglo VIII», por Claudio Sánchez Albornoz. Mendoza, 1942.

Menéndez Pelayo y Córdoba, por Daniel Aguilera. «Córdoba», 10 Septiembre 1944.

Séneca y la Esclavitud, por Santa Cruz Teijeiro. «Anuario del Derecho Español», Madrid, 1942-43, pág. 612.

Les Calendriers Mozárabes D'après Dom Ferotim, por Mateo del Alamo. «La Ciudad de Dios», 1944, pág. 200.

Nuevos datos sobre el Gran Capitán, por R. P. Luciano, Abad de Sijos. «Hispania», Madrid, X, 1943.

Erfahrungen Über Schwefelkohlen toffschadigungen bei der Olivenölbereitung in Andalusien mit Einigen Diesbezuglichen Tierexperimenten, por Juan Dantin Gallego, «Archiv für Gewerbe-pathologie und Gewerbehygiene», Berlin, 1937.

NOTICIAS

Fallecimiento del Secretario de la Academia

El día 17 de Agosto de 1944 falleció, de una afección cardiaca, Don Antonio Sarazá Murcia, Académico de Número y Secretario de nuestra Corporación.

Había nacido en Granada, pero muy joven vino con su familia a Córdoba, y llegó a compenetrarse con el espíritu de la ciudad. Era Jefe de Telégrafos, y dedicaba gran parte de sus laboriosas actividades a la literatura y la investigación. Deja publicado: «Arte industrial: guadameciles»; «Colores y Notas»; obras turísticas «Por tierras de Andalucía», «Córdoba, ciudad de los Califas», y diversos folletos. Había publicado una hermosa revista titulada «Andalucía».

Fué organizador de diversas Exposiciones de Fotografía y Arte celebradas en nuestra capital, y gozó de la confianza del régimen actual que lo designó Delegado provincial de Prensa.

Su discurso de ingreso en nuestra Academia se publicó en el número 39 de este BOLETIN y aclaró un importante suceso histórico de nuestra ciudad.

Pertenecía a las Academias de Toledo, Cádiz y Málaga, y fué Presidente de la Real Sociedad cordobesa de Arqueología y Excursiones. Nuestra corporación ha experimentado una sensible pérdida. D. E. P.

Don Miguel Asín Palacios

El 14 de Agosto falleció, en su retiro veraniego de San Sebastián, el ilustre catedrático y arabista, Director a la sazón de la Real Academia de la Lengua, don Miguel Asín Palacios. El mundo internacional de la cultura se conmovió con la inesperada pérdida, y España y el arabismo perdieron uno de sus investigadores más excelsos. Nuestra Academia se honraba contándole entre sus Correspondientes, ya que con sus trabajos acerca de la cultura hispano-musulmana había acrecentado aún más las glorias de la Córdoba eterna. De las numerosas biografías que con motivo de su fallecimiento vieron la luz destacamos las hechas por sus discípulos y hoy notables continuadores de la cultura arabista; destacamos las redactadas por don Angel González Palencia («Arbor», Madrid, Julio-Octubre 1944) su sustituto en la dirección de la Escuela de Estudios Arabes, y por don Emilio García Gómez («Al Andalus», IX, 2, 1944) D. E. P. el sabio español que añadió nuevas coronas de laurel a las que ostenta la inmarcesible frente de Córdoba.

El Abad de Silos

El 17 de Julio de 1944, falleció el Abad de Silos R. P. Dom. Luciano Serrano. Entre numerosas obras deja publicada la obra, hasta entonces inédita, del presbítero cordobés Leovigildo titulada «De habitu clericorum».

Composición de la Real Academia de Córdoba

Académicos Correspondientes con residencia en Córdoba en 1.º de Enero de 1944

	Fecha de su elección	
1.—D. Antonio Gutiérrez Sisternes	14 Octubre	1905
2.—Itmo. Sr. D. Salvador Muñoz Pérez	17 Noviembre	1915
3.—D. Vicente Serrano Ovín	28 Febrero	1920
4.—D. José Hidalgo Barcia	11 Febrero	1922
5.—D. José Pérez Guerrero	25 Marzo	1922
6.—D. Félix Hernández Jiménez	20 Enero	1923
7.—D. Aurelio Rodríguez Díaz	22 Mayo	1926
8.—D. Luis Ornilla Larrazabal	25 Mayo	1926
9.—D. Francisco Arévalo García	4 Junio	1927
10.—Itmo. Dr. D. Mariano Ruiz-Calero y Alcántara	18 Mayo	1929
11.—Dr. D. Perfecto García Conejero	25 Octubre	1930
12.—Dr. D. Germán Saldaña Sicilia	9 Febrero	1935
13.—D. Antonio Ramírez López	3 Diciembre	1938
14.—D. Alfonso Cordón y del Cubillo	25 Noviembre	1939
15.—D. Laureano Teófilo Pérez Cacho	3 Febrero	1940
16.—D. Vicente Flórez de Quiñones y Tomé	12 Abril	1941
17.—D. Aureliano Fernández y González	22 Noviembre	1941
18.—D. Ventura Arias Vivanco	4 Diciembre	1941
19.—Itmo. Sr. D. Francisco Blanco Nájera	13 Diciembre	1941
20.—D. Juan Gómez Crespo	24 Enero	1942
21.—D. Julián Roldán Arquero	14 Febrero	1942
22.—D. Francisco Gutiérrez Barbudo	14 Febrero	1942
23.—Itmo. Dr. D. José Eguilaz Castillejo	28 Marzo	1942
24.—D. Rafael García Guijo	23 Enero	1943
25.—D. Rafael Bernier Soldevilla	23 Enero	1943
26.—D. Rafael Díaz Peno	23 Enero	1943
27.—Srta. Maria Teresa García Moreno	6 Marzo	1943
28.—		

